



LA  
SEGUNDA  
VIDA DE LAS  
FLORES

NOVELA

JORGE  
FERNÁNDEZ  
DÍAZ

se

Lectulandia

Un legendario seductor, a punto de entrar al quirófano y con miedo a morir o quedar postrado para siempre, sale por cafés, clubes y milongas a conquistar una última mujer. Compartirá esa larga noche con su amigo y discípulo, un periodista que se acaba de separar y que se llama Fernández. El protagonista de «Mamá», «Fernández» y «Corazones desatados» le cuenta al viejo seductor las vicisitudes y los reveses sentimentales que le sucedieron desde que regresó al barrio de Palermo para empezar de nuevo. Aparecen así una serie de mujeres inquietantes. La Colorada, que quiere abandonar a su marido y a sus hijos, y que se enamora por Internet de un hombre que le miente. Lola Bianco, que se casa con el hombre ideal... pero sin amarlo. Mora, una adicta al romance, que además es una madre narcisista. Nerina, una manipuladora enigmática que tiene un objetivo siniestro. Y finalmente, Milagros, la fotógrafa mexicana de la que Fernández se enamora perdidamente, y con quien termina involucrado en un asesinato. Un fresco que nos hace reflexionar sobre el mal del no vivir, los difíciles meandros amorosos, la tiranía de la pasión y la atracción irracional por lo resbaloso e inestable. Pero «La segunda vida de las flores» no es solo eso. Es también un *thriller* sin respiro, que sumerge al lector en una intriga conduciéndolo de sorpresa en sorpresa hasta la resolución del misterio.

**Lectulandia**

Jorge Fernández Díaz

# **La segunda vida de las flores**

ePub r1.0

diegoan 05.10.2018

Jorge Fernández Díaz, 2009

Editor digital: diegoan  
ePub base r2.0



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

La segunda vida de las flores

1. La última seducción

2. La Colorada

3. La vida sensual

4. Piedras preciosas

5. La Guapa

6. Nerina

7. Lindísima Amapola

8. Objetos perdidos

9. Álbum de fotos

10. Las chicas del Montecarlo

Sobre el autor

Para Paula



**1**

## **La última seducción**



**E**l viejo seductor llamó una tarde para pedirle que lo acompañara en su gira final. Tenía ochenta años y se retiraba de la vida sensual y de los salones. Iban a operararlo de la cadera en dos semanas y tenía la impresión de que podía morir en el quirófano o quedar confinado para siempre a una silla de ruedas. Era bastante realista con estos asuntos: varios de sus amigos ya estaban fuera de circulación o habían muerto en intentos similares. Cuando uno se ha acostumbrado a los achaques propios y a las desgracias ajenas, no elude cierto fatalismo crepuscular. *Si no muero de esto muero de alguna otra cosa en poco tiempo más* —le dijo a Fernández—. *Pero no quiero morir sin picar una vez más la flor*. Se llamaba Frangolini, todos lo llamaban Leno, y cuando hablaba de picar estaba hablando de tres cosas a la vez: bailar un tango, levantarse una mina y llevársela esa misma noche a la cama.

Leno había sido uno de los grandes seductores de todos los tiempos. Al menos en el área de Palermo, donde el hombre tenía consultorio con casa al fondo. Frangolini era médico dermatólogo, bailarín y solterón codiciado. Jamás mezclaba el placer con el trabajo y, por lo tanto, podía revisar la piel de mujeres excitantes todo el día sin pensar en ellas como objetos del deseo. Pero después de las ocho de la noche, cuando cerraba el consultorio, el doctor salía impecablemente vestido de traje y corbata a cazar con su irresistible aire quijotesco. Le gustaban mucho el *champagne* y la farra, y sostenía que tocar la piel de una mujer fuera de su sagrada camilla era un lujo superior al que proporcionaban los diamantes, los zafiros y las telas más delicadas. Tenía un tacto legendario en mi barrio, y unas manos largas y sedosas. Era alto y bien puesto, lucía ojos verdes y una cabellera obstinadamente firme que ochenta años después no había sufrido mucho deterioro. Era famoso en las tanguerías, ágil en las pistas, generoso en las propinas y magistral en las seducciones. Portaba siempre una hembra deslumbrante, que le duraba temporadas de dos o tres años, y jamás se jactaba ante los amigos de su refinado arte. A pesar de que amigos de todas las edades, entre los que se encontraba el propio Fernández, le tiraban de la lengua en el bar Montecarlo, donde le servían un Campari.

Era relativamente sencillo descubrir por qué tenía tanto arrastre y cómo manejaba la coreografía de la seducción, pero resultaba todo un misterio entender cómo lograba dejar a las mujeres con tanta caballerosidad y tanta



delicadeza: ellas luego hablaban bien de Frangolini, lo recordaban con la nostalgia de quien les ha regalado los mejores ratos de su vida y actuaban con esa especie de resignación melancólica, jamás resentida, de quienes saben que él era mucho para ellas y que, afortunadamente, jamás sería de alguna.

No se trataba, hay que precisarlo, de un seductor profesional, un mujeriego a quien solo le interesaba el sexo y que renegaba de los enamoramientos. Leno creía en el romance y en el amor, y decía haberse enamorado en serio no menos de veinte veces. Las otras mujeres eran meros divertimentos, recreos entre amores profundos. Aunque esos amores crecían, se desarrollaban y morían en ciclos más o menos fijos, que respondían a una suerte de reloj biológico muy personal y arbitrario. Y que jamás alcanzaban la intensidad suficiente como para atarlo de por vida. Frangolini no quería atarse para siempre a nadie, y no le gustaba sacarle eternamente la punta al mismo lápiz. Era un nómada del amor: amaba muchos países y pasaba un tiempo en cada uno de ellos, conociéndolos bien y disfrutándolos a fondo, pero luego migraba en busca de otros. Tenía un código bastante estricto: nunca prometía casamiento y jamás discutía con ellas.

A medida que avanzaba el siglo y mermaban sus fuerzas, Frangolini se ajustaba a un régimen estricto de comidas y a una serie de ejercicios diarios. Eso y el advenimiento del Viagra lo mantenían, a sus ochenta, en capacidad semiplena de satisfacer a cualquiera. Igualmente, Leno no elegía a cualquiera: seleccionaba a damas maduras entre la grey de sesentonas «bien paraditas», como él las calificaba. En esa manada, todavía la seducción del geronte resultaba efectiva: nadie le daba los ochenta que vestía y calzaba. Aparentaba sesenta y monedas, a lo sumo setenta flamantes y bien plantados. Y aunque para el resto del mundo femenino ya era invisible, las más lúcidas admitían que de joven aquel veterano seguro rajaba la tierra. La rajaba, claro está, y por más que parecía ahora un espécimen envarado y atlético, muy poco azotado por las arrugas y con voz joven, Leno Frangolini no podía dejar de ser lo que tristemente era: un viejo jubilado. Había cerrado el consultorio y había derivado sus pacientes hacia una dermatóloga de Osde. Ahora se lo pasaba caminando todas las mañanas por los bosques de Palermo, charlando con gomías; después almorzaba una ensalada nutritiva y dormía una larga siesta. Tomaba mate y leía novelas históricas hasta el atardecer, y ahí se ponía alguno de sus trajes de campaña y salía a tomar algo en el Montecarlo o en dos o tres cafés de la avenida Santa Fe donde se encontraba a conversar con sus camaradas de armas. Cenaba un té con leche acompañado por unas galletas marineras, hacía veinte abdominales y se iba a acostar temprano. Los viernes y sábados rompía la rutina, visitaba los clubes y bailaba un rato, y los domingos sacaba del garaje su impecable Chevrolet 57 Bel Air y lo conducía hasta San Antonio de Padua, donde vivían sus tres hermanas mayores.

El día que cumplió ochenta años le hicieron un homenaje en el Montecarlo y luego Fernández lo acompañó hasta su casa: le encantaba hablar con el periodista acerca de la historia universal y recordar los caprichos ocultos de los grandes personajes y las escenas más paradójicas que habían sucedido en aquellas famosas batallas. Lo invitó a pasar un rato y se tomaron un *whisky* en el *living*. *Te confieso algo* —le dijo—. *Tengo ochenta años y hace dos que no pasa nada*. Ya me gustaría poder decir lo mismo a los setenta, le devolvió Fernández. *No es que no haya dormido con algunas chicas* —dijo todavía, para su asombro—. *Pero no eran verdaderos desafíos. No eran hembras inolvidables. Y yo tengo mucha memoria: las inolvidables no se me olvidan*.

A Frangolini le lloraban un poco los ojos, y siempre tenía a mano un pañuelo de seda, pero esa noche no le lloraban por un defecto mecánico sino por una tristeza punzante. El hombre se sentía viejo y se daba cuenta de que esta función maravillosa tocaba a su fin. Era de ese tipo de caballeros con clase que no quería la decrepitud, y que aspiraba a hacer con la vida lo que haría al final de una larga noche de copas: *Camarero, qué se adeuda*. Y se acabó. Pero la muerte no da tantas oportunidades: te agarra donde te encuentra y que Dios te ayude. Leno no creía en Dios, ni aun en esas vísperas, pero sentía que alguien le había echado una maldición. Como los pescadores profesionales que no lograban pescar, Frangolini era supersticioso y creía estar engualichado. Muchas noches había asistido a esos bares y salones, y aunque había pasado veladas divertidas y hecho algunos contactos circunstanciales, hacía ya dos años que no se llevaba a la cama a una buena moza. A una mujer de rompe y rasga, a una dama que valiera la pena. Leno sospechaba que estaba acabado y no se resignaba. Cuando le dieron la noticia de que debía operarse de la cadera, sintió que se haría por última vez a la mar. Y le pidió a Fernández que le sirviera de ladero porque le temblaban las piernas.

Traía un traje azul oscuro con una corbata al tono, un pañuelo asomando por el bolsillo superior y unos zapatos finos y lustradísimos que apenas arrastraba. Frangolini no necesitaba bastón, caminaba con energía, pero esa tarde estaba frío y acerado, y precisaba de algún tipo de sostén. Le pasó un brazo sobre los hombros y caminaron por la vereda hasta la esquina, donde había dejado el Bel Air después de haberlo llevado a lavar. El auto también relucía: tenía motor original e interiores fielmente recreados, llantas nuevas y tazas plateadas. Leno era tan prolijo y cuidadoso que cuando manejaba parecía que estaba manipulando instrumental quirúrgico. Dieron vuelta a la manzana y tomaron Santa Fe derecho. Los colectiveros y los taxistas reprimían el deseo de tocarle bocina para que se apurara porque quedaban maravillados con aquel carromato antiguo y elegante que se iba abriendo paso por la modernidad sin mirar hacia los costados.

Pasando el Botánico, el doctor metió su coche en una playa de estacionamiento y dijo: *Vamos a tomar un chocolate con una gente amiga*. La cita era en una confitería recargada, con un toque *for export*, donde sonaban de fondo Pugliese, Troilo y D'Arienzo. Lo saludaron damas pintadas y caballeros canosos desde distintas mesas, y Frangolini se ocupó de besarlas y abrazarlos uno por uno, y de presentar a su acompañante como su «ahijado». Nadie bajaba de los sesenta, y Fernández trataba de mirar con los ojos de un galán de la tercera edad esas caras y esos cuerpos. Había rubias, morochas y pelirrojas; decentes, arruinadas y bonitas; viudas, separadas y solteras; amas de casa, profesionales y jubiladas. Ninguna de ellas parecía retirada del asunto. Tal vez Fernández estuviera muy atento y sensible, pero podría jurar que todas y cada una miraban a Frangolini con cariño. Era comprensible: los demás hombres de su edad parecían quince años más viejos. Algunos eran sordos, muchos eran panzones y la mayoría presentaba dentadura averiada o notoriamente postiza. En cambio, Frangolini sabía escuchar, era delgado y tenía dientes originales perfectos y blanquísimos. Varios de sus amigos se defendían: eran hombres cuidados y bien vestidos, con modales caballerescos y prosa interesante, y había que admitir que estaban envejeciendo muy bien. A todos, Leno les pasaba el trapo, pero lo hacía sin énfasis ni fanfarronerías, como un artista que practica la modestia del genio y el asombro de no entender muy bien cómo es que los hados le habían prodigado tantos dones.

Las conversaciones se iban superponiendo y entrecruzando. Se hablaba de política y de libros, y también se contaban anécdotas graciosas y se intercambiaban noticias de personas que Fernández no conocía. Había muchas sentencias y carcajadas, y Leno de vez en cuando le sostenía la mirada a una dama, o introducía un piropo sutil: nunca caía en la obviedad.

Fueron juntos al baño a vaciar el tanque, y Fernández le preguntó si había pique. *Las mejores son las tres del fondo —le dijo—. ¿Las ubicás? La morocha de ojos rasgados que fuma en boquilla, y las dos rubias de la columna. El problema es que salí con las tres, y yo nunca vuelvo al mismo plato*. A Fernández le parecía una pretensión que no se correspondía con su situación ni con su edad, pero ¿cómo decirle a un cazador de tiburones que ya no está para el Gran Blanco? Allí parado, frente al espejo, peinando su mechón, Leno Frangolini parecía haber recuperado la confianza en sí mismo. Ya no le temblaba nada. Era como esos cantantes o esos toreros que se consumen de nervios antes de empezar la función pero que, en cuanto pisan el escenario o la arena, retoman la calma y se lanzan con acalorada precisión a su objetivo.

Al volver al salón lo abordó una dama que acababa de llegar. Se dieron un gran abrazo, parecían viejos amigos. Por lo que escuchó, ella había estado

casada con un compañero de facultad de Leno. Ese compañero tan querido había muerto hacía dos años. Mientras Fernández pedía un café en jarrito, *Ginger and Fred* se habían quedado parados en un costado, conversando muy cerca el uno del otro. Ella era una dama generosa en el área del pecho y las caderas, y tacaña en la cintura. Estaba toda enojada, pero no le quedaba mal el dorado porque combinaba de algún modo con la melena plateada y el vestido negro. Tenía ojos del color de la jalea de durazno y, aunque las manos manchadas develaban la edad, parecía estar todavía en muy buena forma. Se la veía graciosa y expresiva, y lo miraba a Leno directamente a los ojos, a medio metro de distancia. Era obvio que aún se creía bella, sin duda lo era, y que Frangolini le trabajaba con esmero las supuestas resistencias. En un momento le tocó el codo y le propuso que se sentaran en una mesa solitaria. Ella le estaba narrando una larga historia, y él comentaba las incidencias. Se fueron juntos a una esquina y pidieron un *whisky* y un Campari, ajenos al mundo exterior. Fernández comenzó a sonreír por dentro. *Qué maestro, por favor* —se dijo—. *Tengo que escribir alguna vez sobre estas cosas por el bien de las futuras generaciones. Leno Frangolini es el Picasso de los galanes maduros.* En esas pavadas pensó mientras simulaba que oía las charlas cruzadas de aquella reunión ensordecedora de viejos en edad de merecer, pero pendiente en realidad de cada mínimo gesto que sucediera en la mesa del rincón.

La dama y el caballero estuvieron hablando y hablando veinticinco minutos, durante los cuales Leno le tomó una mano para elogiarle una sortija, le limpió una mancha invisible en un hombro y le rozó varias veces el brazo desnudo con tal sutileza que ella no hubiera podido acusarlo de nada. La estaba tocando, le estaba transmitiendo algo por la piel, le estaba modificando el inconsciente del deseo. La estaba hipnotizando.

Un gordo desmesurado con dos *whiskies* encima se apareció de pronto, arrastró una silla y se les sentó en el medio parloteando un «cuento imperdible» que los haría llorar de risa. La mujer reaccionó con exquisita alegría, Leno con levísimo fastidio. El gordo contaba escenas presuntamente cómicas que arrancaban carcajadas de la chica y sonrisas entristecidas del chico. En un momento, ella miró su reloj y se levantó asustada: se le había hecho muy tarde. Besos a Leno y al gordo, besos al aire para todos, y la rubia platinada avanzó entre las mesas y se perdió en la vereda. El gordo siguió todavía hablándole un buen rato a Frangolini, que lo escuchaba con elegante consideración, y después él también miró su reloj y dio las excusas. Varios le pidieron que no se fuera, pero Leno tenía una cena. Llamó a Fernández con la cabeza y salieron a Santa Fe, que a esa hora estaba encendida. Pareció que al doctor le fallaban de nuevo las piernas porque volvió a pasar el brazo sobre los hombros de Fernández mientras caminaban hasta la playa de

estacionamiento. Cuando estuvieron sentados dentro del Chevrolet, Fernández se descargó contra aquel intruso que lo había arruinado todo. *Usted la tenía hipnotizada, doc —le dijo—. Y el gordo asqueroso ese le rompió el hechizo.* Frangolini comenzó a asentir con una media sonrisa, pero de repente se puso serio y prendió el motor. *No, no —dijo—. No fue el gordo. Yo nunca la tuve en la ganchera.* Esa afirmación cansina dejó perplejo al alumno fiel. Leno maniobró despacio y siguió hablando como para sí mismo: *Ella dejó de ser viuda hace mucho tiempo, hizo el duelo y salió con algunos hombres, aunque ahora no anda con ninguno. El subtexto que nos estábamos diciendo era: nena, me gustás mucho y puedo hacerte sentir algo maravilloso. Nene, me caés bien pero no me pasa nada. El gordo nos vino a salvar de la encerrona. Créeme, fue así. Yo he aprendido a escuchar los subtextos, las cosas que se dicen sin decir, esa corriente inaudible que va por debajo de una conversación entre un hombre y una mujer. Desde muy joven escucho esa segunda voz. Y no le pasa nada conmigo no porque haya sido tan amigo del finado. No le pasa nada conmigo porque yo soy un viejo. Un hombre demasiado achacoso y agrio para una mujer tan joven y llena de glamour. Vos la viste. ¿No es divina?*

Ver derrotado al héroe barrial duele como una herida de arma blanca. Duele acá en el costado. Trató Fernández, como un atolondrado, de oponer argumentos. Pero era como discutir política con Sartre o pesca de altura con Hemingway. Había una comida en un club de San Telmo, así que salieron al Bajo y atravesaron la ciudad. En un momento, sin entender cómo, Leno le estaba dando ánimos a su discípulo. *No hay que desanimarse en la primera, Fernández —decía—. Aunque te admito que hubo muchísimos años en los que yo acertaba de una. Y épocas en las que no tenía que trabajar nada; solo tenía que dejarlas trabajar a ellas. ¡Pero eso pasó hace tanto!*

El club tenía un patio, un salón de fumar y un restaurante majestuoso. No se bailaba, pero flotaban en el ambiente músicas de Bebo Valdés. Había muchas parejas, mesas colectivas y reuniones misóginas, pero también racimos de damas solas. De nuevo lo saludaron desde distintos lugares, pero Leno declinó ofrecimientos y eligió estratégicamente una mesa redonda con un póquer de princesas. La menor tendría sesenta y era agraciada, la mayor tendría ochenta y era un monstruo. En el medio quedaban dos señoras adorables que conocían a Frangolini desde el período cuaternario y una damisela atemporal con facha de guerrera. Las cinco empezaron a ametrallarlo a preguntas, como si Fernández fuera de vidrio. El dermatólogo les respondía con gracia y picardía, y el discípulo trataba de adivinar en quién concentraría fuerzas. Quiso que probaran, como excepción a la dieta, una trucha a la manteca negra y que cenaran con *champagne*, pero Fernández se refugió en el malbec y en un bife de lomo. Frangolini, por alguna razón que

todavía no imaginaba, comenzó a explicarles que su compañero era escritor y periodista. Y entonces las damas giraron su foco de interés y empezaron a hacerle la corte a Fernández, que tragaba con dificultad. Estaban muy entusiasmadas, querían saberlo todo, desde las intimidades de la cama presidencial hasta la novela que estaba escribiendo. Jugando simultáneas, Fernández pasó parte de la cena despejando dudas, sin lograr terminar el bife y sin darse cuenta de que Leno tenía una conversación paralela y sinuosa con la sesentona agraciada de la punta. Lo había ofrecido de señuelo, como elemento de distracción, y había abierto un camino alternativo para acometer contra esa belleza rezagada.

El interés del cazador hizo que su socio se fijara mejor en la mujer, que era levemente castaña y tenía buenas piernas. *No cualquiera luce los remos de esa manera, ¿te fijaste los tobillos?* —le preguntaría luego Frangolini—. *¿Y los brazos firmes, y el cuello? Esa veterana no se rinde, muchacho.*

A Fernández le habían impactado cosas menos prosaicas, como el busto operado pero no evidente, los labios suaves y los ojos de incendio. En esa segunda revisión le parecía más agraciada aún de lo que le había parecido en el primer vistazo, y no supo si eso le pasaba porque había sido demasiado superficial la primera vez, si era porque ahora había adoptado el gusto de su maestro o, simplemente, si no se trataba del efecto submarino. Ese efecto del encierro hace que a uno le parezcan más lindas determinadas minas solo por el hecho de que no hay otras con quien compararlas. Suele suceder en las oficinas opresivas y en las redacciones: *De tanto ver veteranas esta noche a mí me empiezan a gustar —qué escándalo— algunas de ellas.*

Al llegar a los postres se enteró que en el salón de fumar tocaría un trío cubano. A Frangolini le causaba gracia que interpretaran tangos pasados por Bebo y Cigala. *Vamos a Madrid y a La Habana a escuchar Nieblas del Riachuelo y volvemos a tiempo para el café,* bromeaba. Pero el trío de covers resultó realmente muy bueno, y los tuvo a todos aplaudiendo y pidiendo besos un largo rato. Cuando en medio de los entusiasmos Fernández dio vuelta la cabeza, comprobó que Leno y su pretendida habían desaparecido. En cuanto terminó el espectáculo retrocedió cautamente hasta el patio y los encontró apoyados en una baranda charlando bajo la luna. Eran dos efigies sin edad merodeando desganadamente el beso, que parecía inminente y a la vez imposible. Se fue sin hacer un ruido, y aquella guerrera lo interceptó en un pasillo y le encajó un mojito. Estaba ebria y lo miraba con descaro. A ella sí se le notaban las tardías siliconas. *¿Cuánto me das, muñeco?*, le preguntó a Fernández. *Yo a vos no te doy nada,* le dijo él. Ella se empezó a reír. Y Fernández estuvo haciendo equilibrio larguísimos minutos, mientras la guerrera decía pavadas y las demás, un poco abochornadas, intentaban sacársela de encima. En eso estaban cuando la piba de Frangolini cruzó sola el

vestíbulo y pidió su cartera en el guardarropas. Se iba. ¿Qué estaba pasando? Cuando se dio vuelta para saludar con una mano, Fernández notó que tenía corrido el rímel y que los ojos castaños estaban caídos. *Perdón*, se excusó, y salió en sentido contrario. Frangolini estaba sentado en la baranda mirando hacia el jardín trasero. Fernández no pudo ver su semblante en la oscuridad, pero lo adivinó taciturno.

Al sentirlo llegar Leno lo descolocó: *¿Así que tu novela trata sobre el Montecarlo?*, preguntó sin volver la vista. Lo tomó tan por sorpresa que tardó todo un minuto en parar, rebobinar y volver a empezar. *Sobre las chicas del Montecarlo*, le respondió Fernández, sabiendo que Leno quería hablar de cualquier otra cosa que le evitara el disgusto de comentar su error de cálculo. Había escuchado con la otra oreja su plan de obra y lo estaba colocando entre ellos como una barrera o un paragolpes. *No sabía —dijo—. ¿Qué chicas? Contame*. Tener que narrar una trama literaria en ese momento era como tener que recitar el Preámbulo en una orgía. Fernández resopló un poco, buscó monedas inexistentes en los bolsillos, se movió para tomar una dirección y rebelarse, y al final, con cierta resignación y vergüenza, le contó que la idea había surgido de su propia separación. Cuando para volver a sí mismo había decidido volver a ese barrio tan cambiado y cuando había convertido las mesas del anticuado bar de Ravignani y Paraguay en su oficina de escritor. Había conocido, en aquella época, a muchas chicas en el Montecarlo. *Vayamos al grano*, le dijo Frangolini volviéndose por primera vez: *Me tomé diez mil camparis en el bar Montecarlo, pero nunca me levanté una mina*. Trató Fernández de restarle importancia, temiendo haber cometido un sacrilegio y en la paradoja de haberle tirado sal en la herida abierta en lugar de aliviarle la pena. Detallarle una seducción a Leno Frangolini era una herejía, como relatarle un partido de *paddle* a un campeón mundial de tenis. Quiso preguntarle por el incidente de hacía un momento y llevárselo de aquella derrota, pero Leno encajó los codos en la baranda y lo desarmó: *Te escucho, Fernández, te escucho*. Lo decía en tono firme, limpio y macanudo, sin vestigios de ironía ni de dolor. Estaba interesado en algo que no era nada. Solo encuentros casuales entre corazones heridos y desatados.



## 2

# La Colorada





**E**n una mesa de ese bar, justo sobre la esquina y contra los ventanales, Fernández solía sentarse por las mañanas, con un americano en vaso de vidrio y una medialuna insípida, a leer los diarios que dejaban los clientes, a observar el incesante trajinar de los autos y a bosquejar en su libreta una novela que no iba para atrás ni para adelante. A esa misma hora, de vuelta del gimnasio, la Colorada se tomaba un jugo de naranja, y ambos pujaban diplomática y silenciosamente por el suplemento de espectáculos. Se tenían vistos del barrio pero nadie los había presentado; el asunto es que una cosa llevó a la otra, y una mañana compartieron la misma mesa. Y cinco mañanas después estaban en la misma cama, aquel ruidoso somier que Fernández se había comprado de apuro cuando tuvo que irse con lo puesto.

La Colorada no era, en verdad, técnicamente una pelirroja. Era más bien una trigüeña pero con reflejos rojizos y pecas oscuras. No se le notaban en el cuerpo el paso del tiempo ni los embarazos, y su fuerte estaba en el escote, que permanecía joven y obsequioso. Eso sí: se la intuía más triste y aislada que una viuda. Era, para sintetizar, un clásico: necesitaba alguien que le prestara atención y la deseara. Fernández la deseó de inmediato, y tuvieron tres o cuatro encuentros de considerable intensidad. Pero ella estaba casada con un agrimensor y tenía armada toda su vida, y Fernández no andaba con cabeza como para atracar en un solo puerto y meterse en un gran quilombo. De manera que ella se fue un fin de semana largo a Cariló con el cónyuge y la prole, y luego si te he visto no me acuerdo. No hubo más encuentros, ni llamados ni coincidencias en el bar. Amores de cuatro días, escaramuzas memorables que se lleva el viento. Nada más.

Dos meses después la Colorada reapareció con un llamado telefónico: *Estoy en el Montecarlo, necesito hablar con vos*. Era la media mañana, pero Fernández había estado cerrando la edición del diario y había trasnochado por culpa de una extensa «cena de camaradería», de modo que recién abría los ojos, con mal aliento y muy mal palpito. Se duchó rápido, se vistió así nomás y la encontró en la mesa de siempre: tomaba un mocaccino amargo y un agua sin gas; tenía acomodados a un costado una valija y un bolso. *Me fui de casa*, le dijo al verlo, y le dio un fugaz beso en la mejilla.

Fernández tuvo una reacción parecida a cuando se nos viene encima un tren: hay una fracción de segundo en la que nos vemos muertos y la vida

entera pasa delante de nuestros ojos. Se sentó despacio imaginando lo que la Colorada diría a continuación. Diría que se había enamorado en aquel somier y que estaba segura de que a él le había pasado lo mismo. Que no se podía sentir amor por dos personas a la vez, y que algo resultaba más que obvio: hacía rato que había dejado de amar a su esposo. En aquel fin de semana largo había intentado refloatar la relación, pero evidentemente no lo había logrado. Al contrario, el intento la había persuadido de que estaba negando con la razón el honesto dictado de los instintos. Y ahora se venía a instalar en su departamento porque había entendido que eso era lo que, en realidad, Fernández anhelaba sin atreverse a confesarlo. Él había dado señales inequívocas al respecto, y ella había sintonizado la onda.

Todo eso pensó Fernández en esos segundos de pánico, pero la Colorada no acusaba recibo. Tomó la taza con las dos manos y bebió un sorbito de mocaccino con la mirada perdida. Luego suspiró hondo, ante un Fernández demudado, y dijo mirándolo directamente a los ojos: *Me voy a la casa de mi vieja en Mar del Plata, ¿me llevás a Retiro?* A Fernández su pobre alma, que había salido corriendo a la calle y era ahora arrastrada como una serpentina por el viento, le volvió de pronto al cuerpo con un largo resoplo de alivio. Le bebió la mitad del agua como si la angustia fuera una sed y le preguntó qué había pasado. Tenía gusto a níquel y a bromuro en la boca.

Al final de un larguísimo hastío sin escape ella había preparado minuciosamente, como todos los días, la mesa con el desayuno para sus dos hijos adolescentes y para su marido. Les había dado con el café unos brownies de pan y canela que habían sobrado de un servicio: la Colorada tenía una modesta empresa de *catering*. Luego los había acompañado hasta la puerta, trémula como estaba, y los había despedido con un gesto. En cuanto se fueron, subió a su cuarto y sacó una valija y un bolso. Metió su ropa de invierno con movimientos rápidos y decididos, y después abrió la ducha y lloró bajo el agua caliente. Lloró a los gritos. *A veces hay que irse al carajo*, le dijo Fernández no pudiendo decir otra cosa. El carajo —le recordó— era aquella maldita canastita del vigía que traían las carabelas: *Desde el carajo se veía mejor*.

La Colorada amaba a sus hijos, a pesar de que cada vez le daban menos bolilla y que se trezaba con ellos a los gritos por el colegio, las desprolijidades domésticas y las salidas nocturnas. Y sentía realmente «cariño» por aquel agrimensur desatento, que era bueno porque no había matado a nadie, pero que la trataba como a una hermana asexual e insignificante. Les iba bien, tenían una linda casa y formaban una familia normal, pero ella no daba más: se sentía atrapada en aquel corralito dorado y tenía la impresión de que se estaba volviendo loca.

No sabía cómo afrontar a sus amigos ni a sus parientes, para los cuales ella integraba la pareja perfecta. Nunca resulta fácil la comprensión de los demás, que tratan con la superficie, siempre ven lo que quieren ver y no desean reconocerse en el espejo de un drama. El asunto de sus hijos sería, en esos momentos previos, un fuerte punto en contra. Y, además, el agrimensor abandonado se quedaría en la ciudad y haría su campaña de victimización. Ella no estaría allí para contrarrestar esa versión y perdería imagen y relaciones valiosas por esa ausencia. Íntimamente entendía que sus hijos eran grandes y que les vendría bien que ella los dejara una temporada a merced de su propia responsabilidad: solo bajo ese *shock* y con ese sufrimiento sorpresivo podrían dejar el autismo y encaminarse un poco. El caso del agrimensor era bien distinto: con él no había cálculo ni histerieos. Solo telón. Telón final.

Pasado el mediodía, la Colorada tenía mejor aspecto. Comieron una ensalada a pedido de Fernández, que quería hacer tiempo para convencerla de que volviera atrás con aquella alocada fuga. Y cuando los oficinistas del barrio vaciaron el bar y terminó la hora del almuerzo, la Colorada pidió otro mocaccino y se entregó al llanto. Fernández cruzó hasta un puesto de flores y le compró un ramo de clavelinas. *Me gustan más las gerberas* —le dijo ella, desagradecida—. *Compro rojas, amarillas y naranjas todas las semanas, y después, cuando se van apagando, les corto el tallo y las pongo a flotar en agua para que vivan su segunda vida.*

A Fernández le asustaba todo aquel arrebató y era partidario de hacer las cosas bien: *Uno no se escapa; uno se separa como ha vivido*, decía. Extremó su rol de abogado del diablo, utilizó argumentos de variada índole y empezó a hacerla entrar en razones cerca de las cuatro. A las cuatro y media, ella tuvo un estremecimiento. *Es muy tarde*, dijo, enjugándose las lágrimas. Fernández cargó con el bolso y la valija, y la acompañó hasta su casa. Luego supo que metió todo en la baulera, se lavó la cara y se puso a preparar el té con scones y bizcochuelo de chocolate y nuez. A las cinco y media llegaron el esposo y los hijos, y merendaron todos juntos como si nada hubiera ocurrido. Y nada ocurrió.

Pero Fernández y la Colorada tuvieron al año y medio una breve recaída. Ella había arrastrado al agrimensor a una terapia de pareja que incluía cambios de rutina, sorpresas sexuales y viajes a lugares paradisíacos. También algunas sesiones de terapia grupal con los hijos, y una oportuna derivación con una psiquiatra infantojuvenil que colocó a los descarriados sobre rieles más seguros. Al cabo de seis meses, la Colorada había conocido a un chef de Acassuso que le arrastraba el ala y se enfrascó con él en un intenso y muy caliente intercambio digital: *e-mails* y chateos en un amor virtual que, por una cosa u otra, nunca terminaba de consumarse. Un pálido día de junio

la Colorada volvió a sacar de la cama a Fernández para contarle que finalmente le había comunicado al agrimensor la mala nueva y que se había armado la de San Quintín.

Todo había sucedido durante un almuerzo temido y premeditado. Los chicos tenían *sports* y luego la abuela paterna los llevaba directamente del campo de deportes al cine del Tren de la Costa. El agrimensor se pasó la mañana jugando al tenis, y ella pudo acondicionar la casa, cortar los tallos de las gerberas y ponerlas a flotar en un centro de mesa, colocar a mano pañuelos de papel y ensayar mentalmente su discurso mientras cocinaba con paciencia oriental un risotto con almejas y calamaretas, cebollas, hinojos y zucchinis. Se tomó dos vasos de vino blanco para echarle uno al risotto, y sobre todo para darse coraje, y después condimentó el arroz con pimienta negra, ajo y perejil.

Cuando el agrimensor se sentó a la mesa comenzó a contarle en detalle los tres sets que había jugado, y ella siguió en silencio el relato mientras comían. Al final, levantó los platos, los colocó en la mesada y se echó a llorar. El agrimensor no entendía nada, se le acercó creyendo que ella estaba descompuesta, y le alcanzó los pañuelitos. Fue entonces que la Colorada se rehízo de repente y le pidió que volviera a sentarse. Por el tono de voz y por la expresión grave, el agrimensor tomó conciencia en un instante por dónde venían los tiros. Se dejó caer lentamente en la silla y escuchó los argumentos de su mujer, que hablaba sin mirarlo, la cara toda mojada y accesos de llanto y verborragia.

El hombre le objetó tres o cuatro puntos de su razonamiento crítico, pero ella le había señalado treinta. En aquellos meses, en muchas noches de insomnio, la Colorada había cavilado acerca de la separación y había llegado a la conclusión de que todo podía explicarse con una frase corta. Pero era una frase impronunciable. Cuando el agrimensor tomó la palabra e hizo un largo monólogo lleno de buenas intenciones y razones cartesianas, la Colorada rompió el vidrio de emergencias y pronunció la frase: *Ya no te quiero más*. Sobrevino así un larguísimo momento sin palabras: el agrimensor se mudó a su sillón, junto a la chimenea, y su inminente exmujer abrió la canilla y comenzó a lavar los platos. Luego oyó que el agrimensor se movía hacia la puerta de calle con la llave de la camioneta en la mano. Escuchó la cerradura y también su voz seca: *Está bien, te podés ir cuando quieras, porque te recuerdo que esta es mi casa*. La Colorada se dio vuelta como tocada por un rayo. El agrimensor no le dio chances de una discusión, se subió a la 4×4 y salió marcha atrás arando la vereda.

Se abrió a partir de ese día una guerra cruel donde no faltó nada. El agrimensor usó a sus hijos para generarle remordimientos, a su madre para horadarle la conciencia, a sus amigas para hacerle cambiar de opinión, a un

técnico en sistemas para hackearle la computadora y rescatar los diálogos calientes con el chef, y a un abogado divorcista para convencerla de que su defendido pretendía quedarse con todos los bienes y ser relevado de los alimentos a cambio de retirar una demanda por infidelidad y daño moral. Y no solo se negaba a irse de casa, sino que también reclamaba para sí, mientras durara la disputa, el cuarto en *suite* y la cama matrimonial. La Colorada había estado durmiendo tres meses en la habitación de servicio. Adelgazó seis kilos, empezó a tomar pastillas para dormir, cambió su psicóloga por un psiquiatra y contrató a una dura litigante para defenderse de los ataques.

En aquellos días aciagos no tenía libido para el chef ni para nadie. Sentía que su vida había sido arrasada por un maremoto y que había dormido dieciséis años con un monstruo frío y despiadado. No tenía razón, claro está: el agrimensor era simplemente un hombre dolido.

Los abogados de las partes tuvieron varios encontronazos y al final llegaron a un principio de acuerdo. A cambio de todo, el agrimensor había abandonado hacía dos meses la casa. ¿Qué era exactamente ese «todo» que había destrabado la negociación? Camioneta, chalet de fin de semana, inversiones, ahorros y pago en cuotas mensuales de la totalidad de la casa, que un hermano arquitecto había diseñado y construido en persona, y de la que se consideraba por lo tanto «moralmente propietario». *Hiciste negocio*, le dijo Fernández con sorna. *¿No era que uno se separa como vive?*, le respondió ella con el mismo tono. *Y... se vive como la mierda*, dijo Fernández y le pidió al mozo otro americano.

Los hostigamientos del agrimensor, puntualmente narrados por la Colorada a su madre y a sus amigas, lograron atenuar en parte los horribles regalos que, como minas explosivas, el exmarido iba plantando en los terrenos comunes: ella era alternativamente una mujer infiel, una caprichosa, una frígida imban cable, una mala madre y, a pesar del laborioso *catering*, hasta una mantenida. Fue así que muchos no supieron dónde ponerse y a quién darle la razón, algunos tomaron partido por uno y le declararon la indiferencia al otro, y la mayoría asumió que cuando los dos tienen la culpa ninguno de los dos la tiene. La Colorada pudo así identificar quiénes eran sus verdaderos amigos y quiénes simulaban serlo. También se dio cuenta de que, al mirar el naufragio de su pareja, cada uno de sus amigos inevitablemente pensaba en su propio matrimonio y reaccionaba según los problemas asordados que tenía, los pecados que había cometido, los hechos que había negado o los pactos tácitos que había establecido para seguir sobreviviendo.

*Hablame del chef*, le dijo Fernández. *Llévame a tu casa*, le respondió ella: *Tengo frío*. Llovía a cántaros y estuvieron toda la tarde en la cama. *El chef es un amor*, le dijo la Colorada en un recreo: *Pero no sé, las relaciones virtuales rara vez se concretan, ¿no?* Fernández y la Colorada no volvieron a verse

hasta dos años después, aunque cruzaron *e-mails* castos y cariñosos, y saludos por cumpleaños y navidades. Se encontraron por penúltima vez en el Montecarlo, como si fuera un ritual. La Colorada llegó cambiada, vestida con colores fuertes y un resplandor de felicidad en el rostro. Después del largo abrazo inicial, se sentó frente al mocaccino y le dijo, totalmente excitada: *¡Estoy tan contenta! Me caso.*

La noche más importante de su vida, según confesaba, no había sido su primer casamiento en la iglesia del Rosario, sino aquella comida casera que preparó con tanta ansiedad durante un mes entero: tenía que sacar al chef de la clandestinidad y presentárselo a los chicos, y había estado limando las asperezas en el hogar y armando la pista de aterrizaje. Esa noche les pidió ayuda emocional a los dos adolescentes y cocinó tagliatelle al funghetto: hongos, oliva, tomate y parmesano. Destapó un Catena Zapata y puso un disco donde Eleonora Eubel interpretaba suavemente a Duke Ellington y a Cole Porter. El chef llegó temprano con las uñas carcomidas, y la cena duró dos horas. Los adolescentes mudos habían recobrado de pronto el habla.

La cosa no había sido nada sencilla. Desgastada y entristecida por la batalla jurídica y psicológica que le había planteado el agrimensor y abrumada por una mudanza homérica a Belgrano R, la Colorada había tardado bastante en volver a escribirse con el chef. Pero al fin una noche retomó el contacto y estuvo horas chateando. A partir de ese momento y a lo largo de tres meses, todas las noches después de cenar, la chica de Belgrano R y el chef de Acassuso se contaban las penas. Él también estaba en situación precaria: había roto con su mujer y vivía provisoriamente solo en los altos de una *trattoria*. La Colorada sentía una afinidad total con aquel hombre sensible, y el chef le correspondía con evidencias escritas, pero eludía prolijamente el encuentro de los cuerpos. La chica estaba un poco ofuscada, y encima un sábado leyó en una revista de peluquería que muchos hombres flirteaban en la web sin buscar el contacto físico: un coqueteo virtual que levantaba la autoestima pero que era aséptico y completamente inocuo. La Colorada le hizo algunas trampas para precisar bien sus coordenadas, se tomó el tren en la estación Lisandro de la Torre y lo fue a buscar al restaurante italiano antes de que empezara el trajín del anochecer. El chef se sorprendió cuando un mozo le dijo que una mujer lo esperaba. Habían intercambiado fotos y, al reconocerla, el chef sintió que el tren se le venía encima y que su vida entera pasaba delante de sus ojos.

Pero como intuyó que no había escapatoria, tomó coraje, se sentó frente a ella y le dijo que le había mentado. Seguía casado, pero tenía toda la intención de terminar con aquella relación marchita. La Colorada se echó a reír mientras él se derretía en explicaciones y excusas, y proclamaba su honestidad y su amor. Ella tomó la cartera y regresó al andén, y viajó sentada

hasta Belgrano llorando de rabia, y caminó veinte cuadras de frío y se sirvió un *whisky* doble. Después borró al chef de su computadora, y estuvo semanas y semanas evitando llamados telefónicos, mensajitos, *e-mails*, cartas y encomiendas de aquel farsante.

A los tres meses, el chef le cruzó su Ford K y se le arrodilló ridículamente en la vereda. Le provocó una sonrisa, muy a su pesar, y le concedió un café. El chef tomó un cortado y ella un mocaccino en el bar de una estación de servicio, y entonces la Colorada supo que ahora el chef sí se había separado, que estaba dispuesto a ofrecer todas las pruebas para ser perdonado y que quería empezar una relación verdadera. Con mucha prudencia, la Colorada examinó las circunstancias, viajó con él hasta Acassuso sin tocarlo, revisó su piso de soltero y se metió en su cama.

Cuando se confirmaron con la piel las afinidades que se habían tejido con la palabra, los dos avanzaron a una velocidad de miedo. El chef se involucró en el *catering*, amplió rápidamente el negocio, presentó credenciales ante el psiquiatra de ella y conoció y le cayó en gracia a cada uno de sus amigos fieles. La Colorada lo atrajo hacia su vida con pasión desconocida, pero siempre preocupada por la reacción de sus hijos. Al final, como se ha dicho, la noche de los tagliatelle al funghetto fue un éxito, el chef pidió cómicamente la mano de la novia y todos brindaron con Catena Zapata y Coca diet. *Un momento, un momento* —pidió Fernández, algo molesto—. *¿Y el agrimensor?*

La Colorada se limpió de crema y moca el labio superior y declaró, sin ninguna emoción manifiesta: *Se metió con una empleada de una escribanía y se fue a vivir con ella a Laguna del Sol*. La bocina despertó a Fernández del estupor; la Colorada amplió su sonrisa y saludó con la mano. El intrépido chef en su veloz Ford K la esperaba en el cordón de Paraguay. La Colorada obligó a Fernández a saludar a la distancia. El chef era un petiso pelado de ojos alegres. Parecía un buen tipo. Le devolvió el gesto desde el coche con simpatía y sinceridad. Fernández sintió una punzada de celos. *Nos vemos cualquier día, me alegra que andes bien*, le dijo la Colorada poniéndose de pie, sin el menor interés por la vida ni por la obra del periodista, apuradísima por marcharse.

Fernández la retuvo un momento, y sacó del costado una flor. Una gerbera enorme color naranja que había comprado en el puesto de siempre. *Ay, qué amor, muchas gracias*, dijo ella y tomó el tallo carnosos y olió la gerbera como si fuese a encontrarle un perfume supremo. Después le dio un beso levísimo en el pómulo izquierdo y salió corriendo a los saltitos. Cuando llegara a su casa, la colocaría en un florero, y cuando se fuera doblando y muriendo, no se resignaría: la Colorada le cortaría cuidadosamente el tallo al ras y la pondría a flotar en un simple y cristalino vaso de agua.







# 3

## La vida sensual



**N**adie es culpable de sus sentimientos. Pero cómo arden y cómo pesan. Fernández, tres meses antes de conocer y perder a la Colorada y tres años antes de aquella última gira de Leno Frangolini por los circuitos de la seducción, estaba intoxicado de culpa en una garúa helada. Era una noche de suicidio, y andaba a ciegas con el gorro hasta las cejas, la bufanda enroscada y las manos metidas en los bolsillos. No significaba que fuera a suicidarse, aunque en su dolor algunas veces había pensado dejarse morir: un lento deslizarse por una suave pendiente hacia la nada oscura.

En aquella noche dominguera y prehistórica, sin embargo, el dolor no era de un negro azabache ni de un rojo rabioso. El dolor era de un curioso y pálido azul. Se le antojaba que el azul y la palidez tenían que ver con la melancolía. Y que la melancolía era el estadio superior de la resignación. Caminaba entonces resignado por aquel domingo lluvioso, sorbiendo mocos y ardores, sin buscar otra cosa que una puerta en la amargura.

Recién pareció encontrarla en la esquina de Ravignani y Paraguay. Se sintió sorprendido al descubrir que había caminado en redondo por la ciudad, sin brújula ni conciencia, desde su departamento de Belgrano hasta Juan B. Justo y más allá, y que de pronto estaba de nuevo en las coordenadas donde había nacido. Llovía y llovía, y llovía finito, pero desde allí se veía la vieja calle, la casa de su tío abuelo, la fantasmal imagen de aquella mujer ensangrentada de 1971, las huellas de una pelea de puños con la barrita de Voltaire. Y sobre todo el bar Montecarlo, donde había crecido comentando leyendas barriales, escuchando historias de amor, hablando de libros y rumiando estúpidos odios contra la vanguardia. El mítico bar Montecarlo, el café que permanecía cerrado e incólume a la noche, al frío y, sobre todo, a la modernidad *fashion* de Palermo Hollywood.

Fue como si Fernández mirara todo por primera vez, y como si el escenario lo hubiera estado esperando. Parpadeó en silencio, no había un alma: solo corrían ríos de agua turbia junto a los bordes de las veredas. Fernández notó que le llovían también los ojos, pero así y todo sacó su celular y marcó automáticamente el número de Patricia Masquelet. Era tardísimo, y su editora seguramente iba a matarlo. Pero necesitaba hablar con alguien, y Patricia era una especie de hermana mayor. Lo más parecido a alguien que le quedaba a Fernández en aquella hora y en aquel domingo injusto y desierto.

*¿Qué te pasa?*, escuchó que le decía ella. Tenía la voz pastosa, se había tomado solita un Luigi Bosca cabernet sauvignon, estaba tapada hasta el cuello en la cama y devoraba chocolate amargo con almendras mientras veía por quincuagésima vez *Sunset Boulevard*. Fernández, embozado, le dijo: *¿Sabés dónde estoy?* Patricia no tenía la menor idea, y tampoco estaba segura de que la información fuese a desvelarla. Fernández le contó detalladamente dónde estaba y qué hacía. *Si tuviera que empezar de nuevo, ¿no sería este el mejor lugar?* Le gustaba esa frase novelesca. Era reconfortante pensar que de algún modo narraba, y también que de algún modo era narrado.

Dos días después, se presentó en la oficina de su jefa con dos bolsos y tres valijas. Y ella dejó las reuniones de sumario, suspendió su agenda y le ordenó a su secretaria que la pusiera en contacto de inmediato con tres inmobiliarias de Palermo. A Patricia le encantaba ser madre de los hombres que quería. Y aunque no había entre Fernández y su jefa más que una amistad profunda, ella le tenía un notorio afecto, se sentía siempre responsable por él y le gustaba ser su mecenas y protectora. Utilizaba, desde luego, un simpático autoritarismo de sargento de caballería, pero en el fondo se derretía por aquel penoso antihéroe que se había separado después de veinte años de apacible matrimonio. *Hay dos departamentos para ver ahora mismo*, dijo muy resuelta mientras hacía chirriar las gomas de su Mini Cooper por la playa del subsuelo. Uno quedaba en la calle Carranza y era una celda de clausura con cantero; el otro estaba razonablemente bien. Patricia regateó el precio, se anotó como garante y firmó un cheque. Después cruzaron la ciudad y se metieron en una mueblería de la avenida Santa Fe. Le hizo probar a Fernández un somier de la vidriera y le dijo que se quedara tumbado mientras ella le elegía los muebles: no quería que el mal gusto de aquel hombre arruinara su tarde de compras. Tardó tres horas en comprar, con la tarjeta de crédito de Fernández, un juego completo de *living-comedor*, una cómoda, tres bibliotecas, y una mesa con sillas para la cocina. Cuando caía la noche entró arrastrándolo a una casa de electrodomésticos de la avenida Córdoba y preguntó por una heladera. *¿Qué marca, modelo y tamaño?*, le preguntó el vendedor. *La más barata*, respondió ella. Veinte minutos después había comprado la heladera, el horno microondas y el televisor más berretas del mercado.

—No es que no tengas la guita para algo mejor —le explicó a Fernández, en la zona del embalaje—. Pero cuando un hombre cambia de vida, al principio todo debe ser provisorio y desechable.

—¿Incluso las mujeres?

—Principalmente las mujeres, querido.

Desde el celular le pidió a su secretaria que le pasara las novedades, estuvo dando directivas un buen rato, dijo que ya no volvía al diario y ordenó que le

enviaran a su casa los bolsos del naufrago. Después lo llevó hasta su dúplex de la calle Dorrego, que Fernández conocía porque su benefactora realizaba allí todos los meses fiestas y encuentros con actores, pintores y periodistas, y le sirvió un *whisky* doble. *Contame todo, y hacelo bien despacio, tenemos tiempo*, le dijo mientras comenzaba a revisar los armarios y los placards. *Este pobre desgraciado necesita vajilla y ropa de cama*, le dijo a su mucama, una salteña arrugada que miraba torcido. Empezaron por separar un tercio de todo, y pronto la operación se convirtió en una inacabable limpieza y en una puesta en orden generalizada, que incluía escandalosos comentarios sobre objetos inútiles y que olvidaba el origen de todo. El origen era Fernández, que hacía *zapping* contra la pantalla plana, bajando y subiendo por los canales una y otra vez, sin ver nada y ya sin contar ninguna vicisitud. Algo se había soltado y estaba a merced del viento. Nunca en toda su vida se había sentido igual.

Cenaron tarde, y Patricia Masquelet no se privó de hacerlo llorar, de consolarlo, de darle instrucciones, de llenarle varias veces la copa, de suministrarle una dosis alta de Alplax y de indicarle el cuarto de invitados.

Fernández se durmió pesadamente y al despertar no supo dónde se encontraba. Tenía malos presentimientos. No lograba recordar sus pesadillas, pero pensaba que se abatirían sobre él toda clase de calamidades. Todavía no podía imaginar, en ese mediodía pastoso, que el destino le deparaba un amor, un desconcierto, una lucidez y un asesinato.

De vez en cuando, Fernández tenía la levísima intuición de que por fin entendía el misterio de la vida. El milagro podía ocurrir mientras se afeitaba, o en el taxi mirando por la ventanilla, o en esos lánguidos epílogos del sexo, donde uno está desnudo en cuerpo y alma. Fernández tuvo, en una de esas mañanas de nueva y amarga soltería, una de aquellas intuiciones. Estaba en la mesa del Montecarlo y trató de atrapar en pocas líneas la idea antes de que se esfumara con la racionalidad del día. *Dios o la Naturaleza, que vienen a ser casi lo mismo, son amigos de los detalles y amantes de los trazos gruesos*, escribió. Crearon al hombre y a la mujer, y les colocaron un cebo esencial para garantizar su continuidad. El cebo del sexo. Un placer irresistible y adictivo que pueden darse los unos a los otros hasta el fin de los tiempos. Después los hombres crearon, alrededor de los rituales del cortejo, la cultura y la religión que los reglamentase. Crearon incluso la palabra «amor» para llenar los inexplicables anhelos bajos que les habían concedido. «Te quiero» es te quiero tener para mí, dándome y dándote ese placer para siempre. La palabra más popular en América latina para describir el coito es un sinónimo español del verbo «agarrar». Y coger o agarrar se vincula con «poseer». «Yo te poseo» para usufructuar el placer, para morder el cebo. Hemos sido programados para eso. Y de eso derivan muchas cosas. También Dios o la Naturaleza, que

son inteligentes pero nunca caprichosos, nos programaron para alimentarnos y hacernos fuertes. Debíamos sobrevivir y reproducirnos. Nuestro cuerpo ama así todo lo nutritivo e hipercalórico. Es por eso también que, como dice el refrán, «todo lo rico engorda». Nos hicieron vulnerables a los placeres del sexo y la comida para mantenernos vivos. Luego vinieron los sacerdotes y los científicos y pusieron normativas, y nacieron las palabras «lujuria», «infidelidad», «sobrepeso» y «colesterol». Nuestros creadores nos concibieron como mamíferos bípedos racionales, y nos colocaron el microchip del envejecimiento. Nos inocularon de esa manera la muerte. Y nosotros desarrollamos contra ella todo tipo de talismanes y refugios: el paraíso, el más allá, la reencarnación, el sueño eterno.

Luego de pensar esa mañana en todas aquellas sandeces, Fernández salió a caminar y vio dos perros abotonados en la calle sin salida de Paraguay y Arévalo. Una gorda en batón y chancletas los miraba, morbosa pero impávida, mientras se comía un Cofler de chocolate blanco. De los grandes. Después, en la estación Carranza, un tullido trató de venderle a Fernández una Biblia usada.

Patricia le advirtió que había reglas: *No toques a mis amigas y no te enredes con las tuyas*. La editora presumía que Fernández necesitaría un período de aventuras sin compromiso y no quería que les rompiera el corazón a sus compañeras ni que se metiera en el berenjenal del sexo con chicas por las que él guardaba cierto cariño histórico. *No es buena idea mezclar la amistad con la cama, querido* —lo sermoneaba—. *Si andan bien las dos cosas se crea una sensación tan parecida al amor que puede confundir al más experimentado, y vos no tenés gran experiencia práctica: dejarlas te va a costar muchísimo, y te va a hacer pelota. Nada tiene que ser demasiado permanente ni serio en estos momentos. Alejate de las grandes marcas, recurrí a los outlets y comprá todo por dos pesos. Vos tenés puro presente, hoy no hay futuro. Por lo menos hasta que te cures. Y no tratés de enamorarlas, por favor. No hace falta. Entrás y salís. Nada de hacerte el noviecito. Un noviecito es un novio, y a vos por ahora solo te da el cuero para ser amante. Que ellas no se hagan ilusiones. Entrás y salís. Entrás y salís. Nunca pronunciás un te quiero, ni proyectás ni prometés, ni cosa parecida. Entrás y salís. ¿Me entendiste? Y un día, alguna vez, Dios dirá, cruzaste el río y la herida cicatrizó, y entonces sí, entonces sentás cabeza.*

A pesar de las muchas historias de amor que había escuchado y escrito a lo largo de todos aquellos años de fiel matrimonio y fértil periodismo narrativo, Fernández se sentía completamente oxidado. Compró utensilios de cocina y cacharros en oferta, e invitó torpemente a su departamento a una estudiante holandesa de grandes tetas que merendaba en el Montecarlo. La chica estaba estudiando español, y Fernández consiguió que fuera a cenar *pizza* en su casa.

Pero cuando trató de abrir el vino, se le partió el descorchador, y cuando quiso concretar, no logró tener una erección razonable. *Es el síndrome del viudo* —lo consoló Patricia partiéndose de risa—. *Te lo juro. El marido fiel enviuda o se separa, y al intentar después de tanto tiempo una incursión sexual falla irremediablemente en el debut. Está en los manuales de psicología, querido. Te lo juro. Y digo yo: ¿esa tetona te dará una segunda oportunidad o creerá que ya sos un caso perdido? Mirá que algunas minas no resisten que les fallen en la primera y abandonan, pero otras se obsesionan con «curarte» y no paran hasta que se te para.*

Fernández estaba tan avergonzado que le dio a la holandesa cinco clases gratis de español y le hizo un regalo, aunque por una secreta superstición nunca intentó nada más con ella. Se reivindicó rápidamente con una deslenguada que le contaba su vida todas las mañanas mientras corrían en la cinta del gimnasio mirándose a través de los espejos. Un día se fueron juntos y trenzados en una conversación, tomaron un agua sin gas en el Montecarlo y cambiaron teléfonos. Cuando Fernández había recorrido veinticinco metros por la vereda de Paraguay, recibió un mensaje en su celular: *¿Puedo ducharme en tu casa?* Tuvieron encuentros sudorosos en el somier durante tres mañanas sucesivas. Pero un día, de buenas a primeras, la deslenguada se alejó para trabajar los cuádriceps en una máquina de otro salón y entró en conversaciones íntimas con un musculoso. A Fernández le encantaba pensar que se la había sacado de encima tan fácilmente y ni siquiera le dio celos ni pena: siempre temía que las chicas quisieran amor serio y certificado, y fue más o menos por esa época en la que se cruzó con la Colorada, que por cierto le dio un flor de susto.

Luego de aquel fin de semana largo que los separó la primera vez, Fernández trabó relación por fin con algunas de las amigas de Patricia en el dúplex de Dorrego. Fue durante una fiesta donde se servía *champagne* del bueno y donde se comía *sushi* de pie. A Fernández le gustaba mucho una lánguida actriz de Ideas del Sur, que no le daba calce, pero se conformó con una contadora que había pasado los cuarenta y cinco y que estaba muy bien. Se llamaba Lola Bianco. Estuvo hablando con ella un buen rato, a pesar de que Masquelet se la llevaba a la cocina cada quince minutos supuestamente para que ayudara con las bandejas y las bebidas. En realidad, quería alejarla del lobo feroz y ponerla a salvo. Fernández se sentía incómodo en esos cócteles, un injerto antediluviano en una fiesta tecno, y ahora también un vampiro de mujeres. El ágape estaba lleno de diseñadores de ropa, productores de cine, actores de televisión, guionistas, pintores, poetas y estrafalarios turistas *snoobs* que provenían de Europa y los Estados Unidos. Las fiestas de la reina Masquelet eran una maqueta de Palermo Hollywood, Palermo Queen y Palermo Soho. Fernández pertenecía a Palermo Pobre, es

decir, al pasado. Al barrio imaginario que poblaban familias de clase media baja y francamente baja, un territorio cercado por las canchas de Fénix y de Atlas, el Mercado, y, sobre todo, la villa miseria de Dorrego. En el bar Montecarlo, de joven, Fernández escuchaba conversaciones recias: colectiveros y taxistas hablaban de motores, de minas y de burros. Los otros días había escuchado que una chica de una mesa cercana le decía a otra: *Mi papá está reneura, y yo en terapia me doy cuenta de que sublimo la mala onda.*

Era un cambio gigantesco. Ahora las hijas de Bush paraban en un hostel de Palermo y Francis Ford Coppola abría un estudio para filmar películas de bajo presupuesto. El viejo barrio proletario se había convertido en una Babel cultural, sofisticada y caprichosa, una ciudad dentro de otra ciudad, un lugar surrealista donde los viejos vecinos eran casi una minoría étnica que miraba la comparsa con una mezcla en partes iguales de irritación y apasionamiento. Esa minoría podía recordar, en una alucinación del oído, los silbidos del afilador y los gritos del colchonero. Eran lo que podían ser: nostálgicos de mala leche sumados de prepo a la burbuja inmobiliaria.

Una tarde de sábado, Lola Bianco se lo encontró en el supermercado de los coreanos que hay camino a Guatemala, y le reveló que ella había nacido en la calle Soler. Esa contraseña, y la ausencia censurante de Patricia Masquelet, los llevó a deleitar unos capuchinos que tomaron en la vereda de una tarde templada. Fernández le contó entonces lo que contaba la leyenda. Que había unos túneles secretos que pasaban por debajo de la calle Soler y unían dos colegios religiosos. Todas las noches, los curas cruzaban las entrañas de Palermo y dormían con las monjas de la otra escuela. Era una soberana tontería pero durante el ocaso de la pubertad imaginar esas noches de desenfreno y amor entre monjas y curas le producía espectaculares olas de calentura.

Lola se reía de un modo encantador, pero le vigilaba cada palabra y le seguía muy de cerca cada mueca, como si estuviera diseccionando su discurso masculino.

—Creo que la mujer es el hogar —le dijo Fernández sin saber muy bien por qué se metía en esos laberintos—. Cuando uno se separa y es un caballero, abandona la casa sin chistar y alquila un departamento. Ese bulín primero es una oficina, luego un dormitorio y al final, como máximo, una casa. Nunca será un hogar. Porque el hogar es la mujer. No puedo explicarlo, pero es así. Nosotros, los nacidos y criados en cautiverio, los que pasamos sin transición del hogar materno al hogar matrimonial, no soportamos la intemperie. Y nos sentimos tremendamente solos. No podemos decir que nos joroben demasiado la comida o las diligencias del ama de casa: podemos incluso tener una excelente mucama que sepa cocinar, que haga brillar todo y que planche

perfectamente las camisas. Así que créemelo, Lola, lo que extrañamos en verdad es tener un hogar. Pero te repito, como el hogar es la mujer resulta entonces que nos amancebamos más rápido que ustedes. La mujer es un hogar portátil, y puede permanecer en ese limbo sin desesperar.

—No te creas —lo interrumpió la contadora—. No te creas. Sé que suena a lugar común pero el mercado de los hombres está colapsado. Nos están empujando al lesbianismo.

A continuación se tomaron una cerveza. Y ella dijo que estaba estudiando matemáticamente el asunto, pidiendo índices poblacionales y haciendo extraños cálculos.

—Puede que haya más mujeres que hombres, y que ellos se vuelvan a casar más rápido —aceptó Fernández—. O al revés, que le huyan al compromiso hasta tanto decidan qué mujer es verdaderamente su hogar. No sé. Nunca fui bueno en matemáticas ni creo en la psicología como religión. Pero alguna ecuación les juega feo a las mujeres que buscan, y una extraña orfandad acosa a los hombres solos. El resultado tiene levemente amargada a nuestra amiga Patricia.

—Es cierto —asintió—. Pero el otro día Patricia pasó de la angustia a decir que no pretendía mucho de un hombre, aunque ahora estaba buscando un judío. Un judío intelectual. Sí, un judío intelectual pero que tocara el violín.

Cada vez que Fernández se tropezaba con el recuerdo de Lola Bianco pensaba en Vinicius de Moraes. Su traductor norteamericano un día tuvo que llamarlo por teléfono porque no podía descifrar el significado real de un verso. Aquel que dice: «Prefiero vivir a ser feliz». Es que no resulta concebible en la cultura occidental la idea de que el objetivo primigenio de la existencia no sea la felicidad. Vivimos para ser felices y, con distintos grados de solidaridad y omnipotencia, hacer felices a los demás por medio de gestos individuales o colectivos. Pero la preferencia de Vinicius se engarzaba elegantemente con la enfermedad psicoanalítica del momento: el mal del no vivir. *Así como hay un no lugar en la sociedad posmoderna, hay también una no vida* —escribió Fernández en su cuaderno—. *Le temo a todo, no cambio nada, o cambio una cosita para que todo siga igual, prefiero el confort de la desdicha a los riesgos de la libertad, no busco desafíos, no me juego por ninguna causa, no canjeo aburrimiento protector por el riesgo de luchar a brazo partido por lo que quiero, no sé lo que quiero porque si me entero presiento que todo se derrumbará, soy un cobarde sanito, soy un moderado trasgresor de la nada, espío vidas paralelas y tengo sueños inconfesables pero todo queda en el terreno masturbatorio de la inacción, no tengo sueños verdaderos porque los dioses castigan a los hombres cumpliéndoselos. No me atrevo, no puedo, no soy. Moriré en perfecto estado de salud.* Eliott se preguntaba: «¿Me atreveré a perturbar el universo?». Yo



*prefiero vivir a ser feliz*, pensaba Fernández cuando recordaba a Lola Bianco. Y a su propio padre, que había muerto hacía cuatro años.

Cada vez que Fernández se miraba en el espejo de su casa le parecía estar viendo sus facciones serenas pero dolientes. Como el progenitor de Paul Auster, que se había inventado su propia soledad, el padre de Fernández huía hacia refugios de ausencia que durante décadas el hijo confundía con el abandono. Fernández tardó todo ese tiempo en darse cuenta de que a veces nos apartamos de lo que más amamos porque no podemos lidiar con su resplandor y su incertidumbre. Su padre lo quería tanto que le resultaba insoportable la idea de perderlo o de verlo derrotado por la vida. Se sentía tan indefenso y vulnerable ante el destino del hijo, se imaginaba una y otra vez perdiéndolo por accidente o fatalidad, le parecían tan demoledoras todas esas alternativas que inconscientemente tomaba distancia de él para no tener que convivir con ese miedo hondo e inconfesable. Como si una vocecita susurrara en su interior: *Si no lo veo mucho, no dependeré tanto de su vida, y entonces seré más libre.*

El padre de Fernández era extremadamente sensible y le entraban todas las balas. Era hipocondríaco, pero comía fritos y consumía colesterol como si fuese inmortal. Tenía los pulmones arruinados por una silicosis de viejo dinamitero. Todos sus camaradas de entonces habían muerto de silicosis diez años antes, pero él se mantenía entero. Hasta que el corazón comenzó a fallarle. Fue entonces cuando tuvo que internarse y someterse a un triple bypass. Sabía que iba a morir. La última noche vieron juntos un partido en la televisión. Los dos en silencio: él acostado en la cama y con suero; Fernández a su lado cosido de pena. La operación fue exitosa pero nunca pudieron destetarlo: los pulmones no tomaban el control y así fue deshaciéndose durante treinta y tres días en coma, atado a un respirador mecánico. Su madre, sentada en la sala de espera, dijo un día gritando de bronca: *¡Nunca se cuidó! Si llega a sobrevivir lo mato. Te juro que lo mato.* Ella fue al Regimiento de Patricios de Palermo y, a veinte pesos por cabeza, capturó dadores de sangre. Al final, el viejo era un esqueleto desconocido. Murió una tarde, y Fernández tuvo que ir a reconocerlo. Y se vio a sí mismo, dentro de pocos años, en ese mismo lugar: los hijos de Fernández irían a reconocerlo, y él estaría definitivamente dormido sobre una camilla idéntica. Fernández escribió una línea: *Perdón por la tristeza, pero ese día decidí cambiarlo todo. Todo.*

Lola tenía un hermano médico, y al escuchar su relato le dijo:

—A los treinta años trabajaba en terapia intensiva, y cada día se le morían dos o tres pacientes. Y el pobre convivía con eso: comía, jugaba cartas y hacía chistes de cirujanos. Una noche se fue a dormir temprano y cuando se despertó eran las seis de la tarde del día siguiente. Se sentó en la cama y dijo:

*Ah, claro, yo también me voy a morir.* También mi hermano tomó conciencia de su finitud. También cambió por completo.

—¿Y qué fue de su vida?

—No tengo idea. Nunca más lo volvimos a ver.

La extraordinaria conjunción de damas lanzadas y poco tímidas con su necesidad de acogerlas en su sacrosanto somier había dado buenos resultados con la holandesa, con la deslenguada y con la Colorada, pero resultaba nula en el difícil caso de Lola Bianco. La contadora de Soler era franca y directa pero no tomaba la iniciativa, y los mecanismos sin aceitar de Fernández no conseguían desenredarse y avanzarla. Lola Bianco quería que el caballero se jugara, aun a riesgo de quedar desairado. De manera que lo dejaba todo en esas pantanosas ambigüedades de la cortesía y la falsa amistad. Si Fernández quería tener algo con ella, estaba obligado a dar el primer paso. Un viejo amigo del bar Montecarlo, que se jactaba de llevar las memorias de Leno Frangolini, trató de actualizar al periodista en el arte de la seducción. El entrenamiento fue en vano, y lo único que le dejó fue una anécdota que Fernández incluyó en su diario de separado.

Resulta que su amigo, tres veces casado y divorciado, permanecía enamorado de su flamante mujer, una profesora de francés llamada Gisella. Eso no le impedía practicar el deporte inofensivo de marcar a otras mujeres, sostenerles la mirada y decirles cosas con los ojos. Este intenso contacto visual suele darse en salas de espera, en colectivos o en cafés, y casi nunca pasa nada. Lo practican en breves interregnos ociosos muchos hombres y mujeres, no importa su verdadera intención ni su estado civil. Decía el amigo de Fernández que los ojos son siempre solteros. Y que esos cruces son simples proyecciones de fantasías inútiles y que incluso son benéficos: cuando no molestan, levantan la moral. El tipo se entregaba a esa praxis día tras día, e iba aprendiendo los códigos: cuándo una mujer reaccionaba de veras, cuándo solo histriaba, qué quería decir esa intermitencia y esa caída de pestañas, cuándo apartar la vista. Una vez venía jugando ese jueguito en el subte con una rubia que lo observaba con ojos entrecerrados y expresión despectiva. Como si dijera: voy a ver hasta dónde llegás. Aquel otro aprendiz de Leno se esforzaba a fondo porque quería doblegarla, y porque la rubia estaba buena. Había algo de íntimo reto en ella, y de aceptación del convite en él. Subiendo la apuesta, el amigo ya la estaba desnudando con la mirada cuando llegaron a Tribunales, y la rubia tomó la cartera, se levantó y le dijo al oído: *Soy prima hermana de Gisella. Y la adoro, pedazo de hijo de puta.*

Mientras se tomaban un helado en Capricci, en esas largas charlas que tenían a espaldas de Patricia Masquelet, la inquisidora de Dorrego, Fernández se dio cuenta de que le entraba al trapo o Lola empezaría de un momento a otro a sospechar que era homosexual. En un impulso desarticulado la besó

con la boca llena de tramontana y, al apartarse, ella lo miró como si fuera a matarlo. Transcurrieron diez segundos de tensión y parálisis, uno frente al otro, los labios embadurnados, y de pronto, Lola se quebró en una carcajada, y Fernández se agarró el entrecejo como si tuviera sinusitis. Luego Lola dejó de reír, tiró su helado a la basura y lo besó abierta e intensamente. Los vecinos de Fernández se escandalizaron: esa noche no solo se escuchaban los gritos de la contadora; el somier entero caminaba por el cuarto y golpeaba la pared y taconeaba en el piso. Fernández salió rengueando de la experiencia. Lola Bianco era fogosa y multiorgásmica, y vivieron tres meses increíbles llenos de deseo, transpiración y divertida clandestinidad. Al cabo de ese tiempo, Patricia llamó a su esclavo a la oficina del diario con vista al río y le ordenó que la dejara. Lola le había confesado, a moco tendido, su relación con el periodista y la imposibilidad de continuar siendo su amante.

—Vos no la tratás como amante sino como novia —le dijo—. No le decís que la querés, pero es como si se lo dijeras. Al principio, Lola creía que la ocultabas para que yo no me diera cuenta, pero después se avivó de que era un error. La escondés porque no estás verdaderamente enganchado y porque no estás preparado para salir de verdad con nadie a la luz del día. ¿Sí o no?

—Supongo que sí.

—Vos sabés bien que a los tres meses hay una encrucijada: la relación sigue y se fortifica, o se muere. Y esto se muere, ¿no?

—Supongo que sí.

—Entonces, el ciclo terminó.

Patricia tenía un rictus ácido en los labios finos y pateaba nerviosamente el escritorio con una pierna cruzada. En un momento de silencio tomó su lapicera y le apuntó a Fernández con ella.

—¡Te dije que no tocaras a mis amigas! —le gritó por lo bajo—. Te lo dije. Y además vos no servís para amante. No sabés entrar y salir. Vos querés enamorarlas. Como si para tener sexo fuese necesaria la coartada del amor. ¿Sabés lo que sos vos, Fernández? ¿Sabés lo que sos? ¡Sos una mina!

—Supongo que tenés razón.

—¡Por supuesto que la tengo! —volvió a estallar sin levantar la voz, gruñendo como un perro—. Confundís a Don Juan con Casanova. Solamente tenías que entrar y salir. Entrar y salir. Pero no. Además, tenías que engramparle el corazón.

¿Hay amistad después del amor? Fernández no podía pensar en Lola sin pensar en su cuerpo. Y hasta que esa obsesión malsana no se le quitara de la cabeza, lo mejor era mantenerse a distancia. Ella, con menos prejuicios, aceptó la clausura física pero no dejó de enviarle *e-mails* cariñosos todas las semanas narrándole eventos laborales, problemas filiales y anécdotas amistosas. Como el tiempo todo lo cura y como Fernández estaba culposo y le

escribía con mucho tesón, resulta que un día Lola se encontró ratificándole una vez más que no había hombres, que esa matemática maldita la estaba empujando al lesbianismo, que se llevaba chascos increíbles en los sitios de citas y que soñaba con un hombre protector, sensible y sensual. Con un hombre perfecto que jamás llegaría. Cada vez que ella detallaba las exigentes condiciones de su deseo, Fernández se presentaba a sí mismo como un tipo desaprensivo, insensible y asexuado en relatos sobre terceras, que dejaba caer para que ella perdiera toda ilusión. Lola no le creía, pero demostraba sincero olvido sentimental hacia el periodista del bar Montecarlo. Así pasó el tiempo, y fue de esa manera que Lola Bianco cayó en depresión crónica y comenzó a tomar pastillas de diversas propiedades y colores. Fernández estaba un poco asustado por ese apetito. Escribió en su cuaderno: *¿Por qué estamos todos hechos mierda? Se sospecha que si hubiera un lockout en todas las farmacias de Buenos Aires habría choques masivos y escenas de pugilato en las calles y en los negocios, y que muchas cosas dejarían de funcionar, principalmente los diarios, las radios y la televisión en vivo. Es que la revolución química nos ha empastillado de un modo inédito, y esa práctica resulta directamente proporcional al miedo y a la desdicha. Son contadas las personas con las que me encuentro e íntimo que no muestren rápidamente su temor o decepción. Los sufrientes quintuplican a los gozantes y tienen incluso mayor prestigio: ¿cómo ser feliz en un mundo horrible, cómo ser dichoso cuando los niños mueren de hambre, cómo vivir tranquilo si sabemos que nos pueden arrasar miles de desgracias? Como decía el caníbal, el precio de la imaginación es el miedo. Quien carece de imaginación no vislumbra todo el tiempo lo que puede sucederle, el yunque que puede caerle del cielo, el monstruo que sobrevuela con alas negras su pequeña suerte. La radio, la tele e Internet nos tienen sobreinformados de los horrores y de las posibles miserias y trampas que nos esperan. En la Edad Media, esa información no existía, y claro, teníamos a los dioses. Ellos nos premiarían en el más allá, y en el más acá regirían nuestro destino. Hoy que Dios ha muerto, la ilación se ha roto, las perlas del destino se han desparramado por el piso y el caos del universo nos gobierna. Nacimos del caos y del Big Bang, y vamos hacia el caos y hacia el fin de fines: después de la muerte no hay nada, y tenemos que vivir el paraíso en los pocos años que nos quedan. Aquel dios, al menos, nos exigía apenas diez mandamientos. Ahora la sociedad nos exige cien: hay que estar delgado, no fumar, fornicar mucho y bien, ser exitoso, formarse permanentemente, cuidarse del colesterol, hacer gimnasia y ser siempre joven y vital, estar informado, leer muchos libros, ver las películas clásicas, y todavía te tiene que alcanzar el tiempo para otras setenta y siete leyes indiscutibles. Es así como corremos todo el día tratando de cumplir, como siempre estamos en falta y como se nos va la vida. Y es así que al llegar la*

*noche tomamos una pastilla para dormir, y otra para la presión, y un complejo vitamínico y un antidepresivo para que la vida nos perdone y siga siendo tan, pero tan, pero tan, tan maravillosa.*

Cuando Lola Bianco recibió por *e-mail* aquella digresión, le respondió con dureza que ella no pedía otra cosa que el amor. Y que no le interesaban los demás mandamientos de la sociedad moderna, y que vendería su alma al diablo con tal de conseguir un hombre verdadero. *A veces me levanto y estoy sola, los chicos salieron y la casa se me viene encima —escribía—. Estoy harta de estar sola, de tomar todas las decisiones, de haber perdido el tren. Patricia me recomienda que me enamore de mí misma. Que busque mi centro y me amigue con mi soledad. Dice que tengo mucho más de lo que necesito. Y quiero creerle, ¿sabés? Pero siempre llega mi mamá y me recuerda que soy una desgraciada, y todo vuelve a empezar.*

La mamá de Lola se llamaba Mora, y era una «madre narcisista». *¿Qué es eso?*, preguntó Fernández.

—Cuidate de las madres narcisistas, Fernández —le respondió Lola Bianco por escrito—. «Doctor, ¿por qué a mi mamá le duele mi panza?», le preguntó una vez un chico a mi hermano en una guardia. ¿Por qué a mi mamá le duele mi panza? ¿Te das cuenta? Al principio, toda madre narcisista es una heroína abnegada. Sin embargo, en el otoño de la vida, esa misma madre puede haber cometido el error de vivir solo por medio de los hijos, y entonces si una se separa, ella tiene amnesia. Si una tiene hipertensión, ella se rompe la pierna. Si una perdió el trabajo, a ella le robaron en la calle la cartera. La madre narcisista cae en la perversión inconfesable de intentar dominar eternamente a su hija (no importa qué edad tenga ella) y de ser siempre primera actriz de la gran obra de teatro. Bajo la apariencia de actos de amor maternal, se esconde un protagonismo voraz y cierta voluntad tiránica. El tirano puede ser, efectivamente, muy amoroso. Patricia me contó que, cuando ella estaba de novia (tenía treinta años) y a meses de su primer casamiento, su madre le decía que no se casara y que no la dejara sola. *Mamá —le respondió ella, un poco enojada—, aunque te mueras me caso igual.* Cuarenta días antes de la boda se murió solo para no dar el brazo a torcer y para seguir manipulándola desde la tumba. Los otros días escuché a otra amiga, acosada por una madre narcisista, decir: *La voy a seguir cuidando y asistiendo, la voy a acompañar siempre, pero ¿sabés una cosa? Dejé de quererla.*

—Ay, qué declaración tan tremenda —le devolvió Fernández—. Ningún hombre hubiera podido pronunciar esa sentencia. Lacan decía que no existía la mujer. Que existía el hombre, como generalidad: los varones tienen un mismo patrón. Pero la mujer no existe. Existen muchas mujeres, y cada cual es distinta de las demás.

—Puede ser —terminaba Lola Bianco—. También debe existir más de una madre narcisista. Pero mientras exista una sola, a ella le dolerá nuestra panza, ocupará nuestro trono y dispondrá de nuestro destino.

La madre de Lola la perseguía con el matrimonio. La taladraba día y noche con los errores maritales que había cometido en sus anteriores nupcias, le señalaba sutilmente los rollitos o la celulitis que tenía, la trataba como una pobrecita y como una paria, y la presionaba para que conociera al sobrino de una prima lejana. El sobrino resultó un cuarentón bien plantado que administraba campos y que había sido abandonado por su mujer hacía diez años. Desde entonces se había hecho cargo de sus hijos y de su estancia, y no se le conocían más que relaciones ocasionales.

Salieron juntos un par de veces, y Lola retomó los orgasmos y se declaró alegre ante Patricia Masquelet, que fiscalizaba sus movimientos con mayor detalle que la madre narcisista. Durante ocho meses, Fernández dejó de recibir noticias y *e-mails* de la contadora de Soler. Al año, Patricia le dijo que estaba invitado oficialmente a su despedida de soltera.

La reunión se haría —dónde si no— en el dúplex de la calle Dorrego. Fernández asistió casualmente vestido de negro, como si guardara una suerte de luto, y se le aceleró el corazón al ver lo joven y radiante que estaba Lola Bianco. No hay amistad después del amor, confirmó en silencio, mirándole los pechos y la sonrisa de labios carnosos. El novio, como exige la tradición, no se había hecho presente, pero era el gran protagonista de la noche, el comentario obligado de todos. Era protector, sensible, sensual, inteligente y pudiente. ¿Qué más se le podía pedir? *Y no solo eso* —dijo Mora, la madre narcisista, en rueda de prensa—. *Además se hizo cargo de mis nietos. ¡Y los chicos están chochos! Tienen un nuevo padre.*

Hubo de todo: un *show* de *strippers*, una cantata de viejos clásicos del *rock*, cartas emocionantes de sus amigos y, al final, unos enganchados de los ochenta. Hacía mucho calor, y entonces Fernández salió al balcón y se apoyó en la baranda, entre las plantas y las flores que Patricia Masquelet cuidaba con tanto esmero. Su empleada salteña de cara torcida vino a ofrecerle una caipirinha, y Fernández aceptó a condición de que Lola aceptara otra. Lola Bianco, vestida de azul, con una gargantilla de oro, unos aros de esmeraldas y los zapatos de taco aguja en la mano, lo había seguido hasta el aire puro. Chocaron los vasos y brindaron por el destino, mirando las luces de Palermo. Era una noche magnífica. Y en un momento, sin mediar ningún comentario o chicana, la contadora de Soler se agarró fuerte de la baranda, cerró los ojos y se largó a llorar.

La no vida consiste en una parodia trágica de la vida. Hacemos las cosas que la convención indica debemos hacer para ser felices, pero no conseguimos serlo, y entonces continuamos apegados por miedo a ese simulacro general,

desconcertados y llenos de culpa. *Soy un desagradecido: lo tengo todo y no soy feliz. El problema no es el mundo sino yo mismo. ¿Alguien tiene un Prozac?* La soledad se había terminado: Lola Bianco había encontrado al hombre perfecto. El hombre que Fernández no podía ser, el hombre soñado. Escaneado de arriba abajo, el sobrino de la prima lejana de Mora, su madre narcisista, encajaba milagrosamente en el hueco de su existencia. No tenía ningún reproche que hacerle. Era bueno en la cama, estaba atento a sus necesidades, había seducido a sus hijos y quería compartir con ella lo mejor que tenía. Y ella había aceptado razonablemente esa situación idílica. Todo resultaba bien, salvo una sola cosa: la novia no estaba enamorada. Y se iba a casar porque no tenía escapatoria. Porque no podía explicarse a sí misma, y mucho menos a su madre, esta ridiculez, y porque, al fin y al cabo, qué mierda es el amor, como decía aquella canción triste. Qué amor ni qué ocho cuartos. El amor vendría solo. *Todavía podés dar marcha atrás*, le dijo Fernández, cuidándose de no abrazarla. Ella no podía dominar el llanto. Iba y volvía del llanto para explicar su alfombrado y radiante callejón sin salida.

En la mañana siguiente, con la resaca a cuestas y frente a un vaso de agua helada servido piadosamente por el mozo del Montecarlo, Fernández escribió varios párrafos: *Conozco a un tipo que después de brillar como seminarista fue a ordenarse como cura, y luego de dar su primera misa, saludar en el atrio a su familia y maestros, y pasar a la sacristía, se quitó la estola bendecida, la dobló en tres partes, levantó la vista al cielo raso y se dio cuenta de que todo había sido un grave error. Que su verdadera vocación no era el sacerdocio. Y, si debía ser honesto con Dios y consigo mismo, tenía que renunciar de inmediato. Tardó bastante en lograr salirse de la institución, puesto que, como hacían con los desertores de conciencia en el Partido Comunista, esa otra iglesia, al tipo lo cuestionaron una y mil veces, lo enviaron al psiquiatra, le torturaron el amor propio y al final lo mantuvieron en un limbo varios meses hasta la baja. El otro día, en una reunión de ejecutivos, escuché una historia parecida. Un gerente se había casado con una bella y buena mujer, había tenido hijos, había levantado una enorme casa en un country, tenía un Audi descapotable y un empleo bien rentado cuando una mañana se subió al automóvil y se quedó un rato sentado frente al volante. Fue un instante apenas. Pero en ese instante se dio cuenta de que había cometido un tremendo error. Que había sido llevado por la inercia del deber ser, y que él no quería seguir viviendo esa vida. Ni residiendo en esa casa ni pernoctando en ese country ni conduciendo ese coche ni trabajando en esa empresa ni durmiendo con esa mujer. Al tipo también lo mandaron al psiquiatra, lo cuestionaron una y mil veces, le torturaron el amor propio y lo mantuvieron en un limbo burocrático de donde salió divorciado y sin un céntimo. Vidas, lógicas y supuestos que se*

*quiebran de un momento a otro. Muchachas y muchachos que luchan contra la corriente buscando ser otros, es decir, ser ellos mismos. Algunos lo logran, unos mueren en el intento y otros se ahogan en la orilla.*

Lola Bianco se casó un mes después en Capilla del Señor. Hubo fuegos artificiales.

Una mañana, Fernández se despertó y se dio cuenta de que había una desconocida en su somier. Era una pendeja de veintisiete años que dormía desnuda y que él no recordaba haber traído a casa. No se preguntó, boca arriba, quién era aquella misteriosa chica que no volvió a ver. Se preguntó quién era él, en qué se estaba convirtiendo.

Al martes siguiente conoció a Milagros. La conoció en el bar Montecarlo, cuando ella se le acercó para pedirle que la ayudara con un ensayo fotográfico. Era imposible darse cuenta entonces de que esa morocha aindiada y esbelta, peinada con raya al medio y dotada de piernas largas y tostadas por el sol azteca, podía conducirlo hacia la desesperación y hacia el dulce horror de un crimen premeditado.





# 4

## **Piedras preciosas**



**L**eno se limpiaba las lagrimitas con su pañuelo de bolsillo mientras retomaba prudentemente la avenida Córdoba con su Chevrolet 57 Bel Air. Tenía el lagrimal flojo, pero resulta que ahora además se estaba riendo de buena gana con los sainetes románticos que a media voz le contaba Fernández. El atribulado periodista le había hecho a regañadientes un resumen en el jardín del club y luego le había relatado de manera panorámica, sin tantos desvíos literarios ni discursivos, las desventuras de su vida de separado. El asunto seguía teniendo algo de patético, como si un torpe aficionado le estuviera narrando a un plomero diplomado las chapucerías y roturas desenfrenadas que había producido en la cañería de un edificio. Leno Frangolini se reía como un niño ante la inexplicable puerilidad técnica de aquel *amateur*, y de vez en cuando le tocaba cariñosamente la mejilla y le decía quedamente «*pero muchacho, muchacho*». Fernández pensaba tomar aquella tragicomedia, transfigurar los nombres y algunas circunstancias, y luego novelarla. Le parecía que aquel derrotero significaba algo y soñaba con descubrirlo en el proceso mismo de la escritura. Fernández escribía para viajar y para llegar a un lugar inexplorado que estaba muy adentro suyo: solo sumergiéndose con los ojos bien abiertos podría encontrar lo que buscaba.

—Las mujeres son más inteligentes que nosotros —dijo Leno—. Pero tienen un problema con los tiempos verbales. A veces cuando decís «te quiero» puede no significar que la querés para siempre sino que la querés acá y ahora. Y no se dan cuenta de que evitamos avanzar sobre algunas de ellas, las más sensibles y vulnerables, porque tenemos miedo a herirlas. Simplemente.

—Cuenta la leyenda que usted jamás hirió a ninguna —le respondió Fernández.

—También cuenta la leyenda que nadie puede enamorarse más de tres o cuatro veces en una vida. ¡Macanas! Yo me enamoré más de veinte, y a pesar de que mis exnovias me siguen apreciando, las heridas quedaron. No hay forma de amar sin herir y sin ser herido. Lo que pasa es que conmigo se resignaban.

—Suenan a que usted era demasiado fachero y que ellas, hasta la más linda y vanidosa, se sentían feas a su lado.

—Nunca salía con vanidosas, pero es curioso eso que me decís. —Leno paró en un semáforo y se quedó contemplando la pantalla invisible de su propia memoria—. Una sola vez quise reincidir con una y fue casualmente en el Montecarlo. ¡Mirá vos!

—Me dijo que en el Montecarlo nunca le había pasado nada, doc — protestó Fernández con afecto.

—No fue un levante, muchacho. Fue algo peor.

—Aun así le digo que ahora las mujeres cambiaron mucho —quiso explicar Fernández pensando en el axioma Masquelet—. Ahora también ellas entran y salen. Entran y salen, y te rompen el corazón.

—Esa mina me lo rompió —asintió Leno arrancando despacio y mirándolo con melancólica picardía, como si aguardara a ver su reacción—. Se llamaba Mora Merle de Bianco y de joven cortaba la respiración, muchacho.

—¿Mora Bianco? —se sorprendió, y de repente puso el grito en el cielo—. ¡La madre narcisista! No puedo creerlo.

—Creelo —respondió con toda la dentadura, y de inmediato se puso serio y levantó un dedo flaco y largo—. Pero no te equivoques, muchacho. Narcisista fue siempre.

Antes Mora era una fábrica perpetua de pecas y lunares sospechosos. Vivía con su pequeña hija única en una casa reciclada de Soler y Carranza, y aunque no reconocía vocación ni oficio ni trabajo estable, jamás sufría privaciones. En parte gracias a los alimentos primero, y a la indemnización moral después, que su generoso y algo culpógeno exmarido le depositaba mes a mes en su caja de ahorro. Y en parte también porque los sucesivos novios de Mora siempre le estaban haciendo regalitos. Bajo presión logró que su hija Lola se recibiera de contadora pública nacional y aportara en el hogar los morlacos que ganaba. Luego pasó a presionarla en otros temas hasta que logró, como se sabe, que Lola Bianco —su marioneta— fuera una profesional próspera casada en segundas nupcias con un príncipe encantado a quien no quería.

Pero Leno la había conocido en la flor de la vida, cuando ella era considerada la hembra más impresionante de Palermo Pobre. Frangolini la atendía minuciosamente en su consultorio, sin confundir nunca la ciencia con el deseo. Pero tuvo que quemarle varios lunares, analizarle algunas manchas y operarle tres o cuatro epitelomas. Por lo tanto, hubo biopsias y suspensos angustiantes de por medio, y algunos cafés amistosos en el bar Montecarlo para festejar los resultados y la buena relación entre el médico y su paciente.

Una tarde Leno se sorprendió a sí mismo pidiéndole que se quitara la ropa y se acostara sobre la camilla. Era una solicitud genérica, ni siquiera tan insólita para un dermatólogo, pero sin duda excesiva. Mora tenía el pelo ensortijado y una piel irresponsablemente tostada. No era altísima, pero le miraba de frente, y no desde abajo, los ojos verdes. El cuerpo era perfecto sin

serlo, y tenía unos pies ligeros y elegantes y unos pechos en el límite justo entre lo respetable y lo portentoso.

Mora se quitó la ropa de calle, el corpiño y la bombacha, y después de cinco segundos eternos se acostó boca abajo. Leno, que estaba enviciado por las mujeres, acusó de todos modos el impacto. Después atrajo hacia sí la gran lupa y cuando fue a acercársela a la espalda magnífica, Mora se dio vuelta de pronto y quedó de cara al cielo. Traía los ojos brillantes y la boca entreabierta en una mueca indefinible. Leno apartó la lupa, se sacó los lentes y se metió en el entrevero. Pero lo hizo con la maestría acostumbrada, pasándole un brazo por debajo de la cintura y alzándola en una comba mientras la besaba sin desenfreno, como si no tuviera ninguna prisa. Con esa misma seguridad lenta y delicada, bajó detalladamente por sus pezones y por su ombligo, y ella empezó a gritar antes de que llegara al centro del universo. Luego gritó sin parar durante dos horas y media de camilla, sofá, cama, piso y cocina. De tanta práctica y tanto tacto, Frangolini tenía un sexto sentido en la piel y un gran dominio de sí mismo. Una combinación que habitualmente resulta mortal.

Mora se quedó a dormir y al día siguiente llamó a la vetusta secretaria del consultorio y pidió tres turnos por semana, siempre el último de cada tarde. Fue así que los siguientes lunes, miércoles y viernes la secretaria fue relevada de sus labores antes de horario, y Leno se dedicó al cuerpo de Mora con disciplina y gran deleite.

A la tercera semana, comenzaron a salir a cenar y al cine. A la cuarta y quinta, ya iban juntos a la milonga. Y a los dos meses, el noviazgo era visible y oficial. *Nos habíamos enamorado*, dijo Leno como si fuese algo rutinario e insignificante.

La madre de Lola Bianco había sido una seductora serial con la costumbre de castigar los abandonos de su esposo ocupadísimo manteniendo amantes de diferentes tonos y pelajes. Luego se había divorciado y había hecho uso intensivo de su libertad. Incluso se había enamorado unas siete veces a lo largo de tres décadas, aunque se había acostado con sesenta y tres hombres distintos en igual período. A todos retrataba en sus diarios íntimos. De manera que estableció con el mítico Leno Frangolini una milagrosa relación de iguales, si bien es cierto que, aunque no lo admitía, la mejor hembra de Palermo Pobre anhelaba secretamente el amor duradero, el casamiento en regla, el hogar tradicional y bien constituido. Enredarse con Leno implicaba un desafío tremendo, como si una alcohólica se casara con un ebrio para curarse y curarlo del vicio.

Había entonces un pequeño matiz entre lo que sentían ambos. Un sutil problema de tiempos verbales: Leno garantizaba el amor y la fidelidad solo hasta que se acabaran; Mora aceptaba racional pero no emocionalmente el

convite, y apostaba en su fuero interno a convertir esos tesoros frágiles en imperecederos, quizá sin terminar de entender que el nomadismo amoroso es más adictivo que la heroína.

La pareja de nómades vivió, sin embargo, una tregua de tres años de pasiones, viajes, bailes, salidas y otros ritos de la dicha. Hasta que de repente, como tantas veces, la energía amorosa del dermatólogo comenzó a descender. Experta en esas cuestiones, Mora observó el fenómeno como quien mira la caída del mercurio dentro de un termómetro. Hizo un atisbo de detener la caída, pero su orgullo le impidió tomar en serio el timón del salvataje. *¿Qué es el amor?* —escribió Mora en su diario íntimo—. *El amor es una energía, la fuerza motriz que nos hace querer estar con otra persona. ¿Cómo se detiene un bajón energético? No se detiene. ¿Y para qué detenerlo? Si Leno no quiere estar más conmigo, ¿por qué voy a querer retenerlo en mi cama? ¿Para qué, para tener un prisionero? Nos aferramos desesperadamente a lo que se nos escapa. Pero si se nos escapa por algo será, ¿no? Que se nos escape entonces. ¡Y a la puta madre con todo!*

Se alejaron sin llantos ni conflictos, como si fueran dos profesionales y no dos seres humanos lacerados por el desgaste de la vida. Ella tenía mucho amor propio, y buscó con vehemencia el ajeno en las zonas de Palermo y Belgrano. Leno siempre tenía su pecera: le daba de comer a varios peces para que le siguieran rondando y para tenerlos a mano en caso de emergencia.

—Muchos hombres hacen lo mismo —dijo Fernández.

—En eso, como en los umbrales del dolor físico, nosotros somos más cobardes que ellas —le respondió Frangolini, atento al tránsito de la noche—. Mantenemos redes de mujeres expectantes porque tenemos terror al abandono, queremos asegurarnos siempre de tener a mano un remedio contra el mal, una mina donde ahogar penas. Las mujeres saben sufrir mejor que nosotros. Son más valientes y asimilan mejor los golpes. Con más seriedad y autoconciencia. Nosotros somos más animales y negadores, muchacho. Afortunadamente.

Veinte años después de aquella ruptura, Mora Bianco regresó un atardecer al bar Montecarlo. Luego se le hizo costumbre ir todos los martes: pedía un té de boldo, abría un cuaderno con espiral y escribía largo rato mirando distraídamente la calle por la ventana del oeste. A esa hora, Leno Frangolini daba cátedra, Campari en mano, a sus amigos del café. El primer día que la vio sintió una extraña electricidad en el bajo vientre y en el área del esternón. Mora era ahora una anciana joven y bien provista. Se teñía el pelo, que seguía ensortijado pero menos exuberante, y llevaba la cara lavada y lisa, casi sin arrugas, y por supuesto sin cirugías. Su cuerpo se mantenía bastante duro pese a la edad, seguramente a fuerza de una hora diaria de gimnasia con aparatos. Era posible que se hubiera puesto siliconas para mantener en alto la

pechera, pero el resto se presentaba natural y sostenido, aunque cuidadosamente escondido en ropas más sueltas y discretas. *Hay piedras preciosas y piedras semipreciosas* —sostenía Leno en esas tertulias—. *Yo antes me dedicaba a las primeras. Pero con el tiempo preferí las segundas. No por resignación de vejete, sino porque las semipreciosas ponen más voluntad. Las preciosas son demasiado conscientes de que lo son, y no meten garra. En la cama, las menos agraciadas son las más ardientes.* Mora había sido una excepción: era preciosa y aguerrida a un mismo tiempo. Y era dos décadas más tarde una hembra semipreciosa pero aún lujuriosa y masticable, pensó Leno, y de inmediato quiso acostarse con ella. Sin embargo, no quería romper su regla más estricta, y entonces la saludó con un beso en la mejilla, intercambió algunos datos y después volvió a su mesa. En los martes sucesivos se saludaban de lejos con la mano o con la cabeza, pero cada vez que Leno levantaba la vista tenía clavada en los ojos la mirada de la señora. Mora lo marcaba con la lapicera entre los dientes, y cuando el dermatólogo le descubría el avistaje, la madre de Lola volvía a concentrarse en su diario íntimo y seguía escribiendo.

Un martes de mesa raleada, Leno pidió disculpas a dos de sus amigos y se acercó a Mora. *¿Puedo sentarme?*, le propuso. Su regla más estricta había volado en pedazos.

Estuvieron hablando dos horas, riéndose de los viejos tiempos y poniéndose al tanto de la vida, hasta que en un momento de euforia Leno le habló de su piel, que ahora ella cuidaba del sol, y le propuso revisarla detenidamente en su viejo consultorio. *¿Todavía tenés aquella lupa gigante?*, le preguntó Mora. *Y anda mejor que nunca*, le respondió Leno Frangolini en un acto reflejo; de inmediato se arrepintió de haberlo dicho: no estaba a la altura de su propia reputación. La chica podría pensar que en aquellos años se había convertido en un mero viejo verde.

Pero la chica lo estuvo mirando un rato, con los mismos ojos brillantes y la misma boca entreabierta en aquella mueca indefinible, y al final negó con la cabeza. *No, Leno querido* —le susurró—. *Estoy retirada. Cerré la cocina.* Frangolini se quedó mudo. Como si le estuvieran revelando que se transformaría esa misma noche en un licántropo. Parpadeó varias veces, y ella lo ayudó: *No tengo cuerpo para exponerme más.* Al dermatólogo le pasó una imagen por la mente y trató de rehacerse con una frase. Antes una frase le bastaba para convencer a cualquier mujer. *Ya no necesito irme a la cama con la luz prendida*, dijo. *Yo sí* —le respondió ella, rápida y segura—. *Y prefiero que me recuerden de otra manera. Ya pasó mi turno. Ahora es el turno de mi hija. La estoy apoyando, ¿me entendés? Se casó primero con un pelotudo, pero pronto se va a divorciar y va a conseguir un tipo como Dios manda.* «Un tipo como yo no conseguí», podría haber agregado, pero no fue

necesario: Leno leía los subtextos. Nunca en toda su vida, hasta ese momento, una mujer lo había rechazado. Y la sensación se le presentaba ácida y desequilibrante. Algunos años después comenzaría la sequía y se sucederían los errores de cálculo propios de la edad y de la maldición que lo perseguía de manera implacable, pero aquel martes, aquella mujer, aquel té de boldo, aquellas palabras entredichas serían un hito en su carrera.

A lo largo de todo un mes no salió de su casa ni se quitó el pijama ni se afeitó. Luego de pronto recuperó las ganas, se vistió de punta en blanco, sacó el Bel Air, se levantó una veterana en el club de San Telmo y le hizo el amor con potencia juvenil.

—Es lo más parecido a un desplante que tuve jamás —le confirmó a Fernández estacionando lentamente el Chevrolet sobre Niceto Vega—. No creo que Mora estuviera mintiendo. Algunas señoras cierran de verdad la cocina mucho antes de lo que debieran. Se les acaba la libido y abandonan la cancha. No saben lo que se pierden. Pero te confieso algo: más allá de su retiro, ella tenía la necesidad de vencerme. Fue al bar Montecarlo todos aquellos martes para que yo la encarara y para poder decirme que no. Solo una mujer puede servir la venganza en un plato tan frío. Cuando comprendí que ella pensaba «ahora estamos a mano», me afeité, me empilché y salí a encamarme con otra.

—Las mujeres narcisistas están enfermas de protagonismo —dije con letra de Lola—. Esta no era una película suya, doc. Era una película de ella.

—Que cada uno se haga la película que quiera.

Frangolini abrió la gaveta de su auto y extrajo una caja de remedios. Sacó un blíster y se quedó con una pastilla. Metió la pastilla en un bolsillo del traje y le dijo: *Vamos, muchacho, hay una mina en ese bailongo que no me puede fallar.*

La pastilla contenía cincuenta miligramos de Viagra y la mina en cuestión se llamaba Cecilia. Leno se tomaba la dosis una hora antes de entrar en acción. Lo hacía para despreocuparse del asunto y no acumular nervios pensando si «el amigo» lo iba a acompañar o no en las últimas cruzadas. Cecilia era una sesentona que había vivido años de pobreza voluntaria por los circuitos de la bohemia europea y argentina. Cantaba y tocaba milongas jazzeras maravillosas, pero nunca había logrado traspasar el *under* ni parar la olla con su evidente talento. En Europa había pasado directamente hambre, había sobrevivido en tugurios y había llegado a dormir en un placard. En Buenos Aires nunca había encontrado su destino, era como si no encajara bien en ningún lado. Había sufrido muchos males de amor, y después de leer cientos de manuales de autoayuda se decía a sí misma que jamás lograría aprender verdaderamente el oficio de vivir. Hacía ya unos años que había entrado en la religión del tango, y que había quedado flechada por esa danza

erótica y melancólica que se bailaba de noche. Ella era una muñeca bien proporcionada, y tenía toda la voluntad de aprender los secretos del asunto. No le resultaba nada fácil.

Leno Frangolini era, por lo contrario, un bailarín excelso e inalcanzable. Las mujeres planchaban con gusto mirándolo evolucionar por la pista y soñaban con que el caballero se fijara alguna vez en ellas y las invitara a bailar. Aunque Frangolini, como todo experto, era muy exigente. Cecilia lo sufrió en carne propia. Al principio, ignorando los códigos, ella se colocaba escotes pronunciados o se vestía con faldas de tajos impúdicos para que aquel Sean Connery de la milonga la sacara a bailar. Pero Sean era un profesional, y desdeñaba esos cebos. Todo lo que buscaba en esos circuitos era una compañera que supiera ser llevada, y Cecilia tenía pinta de aprendiz.

Otros aprendices se le atrevían, pero no había gracia en danzar con ellos. Cecilia bailó con muchos y gastó zapatos en firuletes, cortes y quebradas. Y como no tenía un peso partido por la mitad, pedía prestado zapatos de tango con taco aguja y pulsera, pero al final del año iba a bailar con chatos y nadie le daba calce.

Fue igualmente progresando, y se hizo adicta a ese narcótico potente: estaba obsesionada con el tango. A veces soñaba con movimientos, giros y técnicas, y en duermevelas pensaba en profesores y cachafaces. Dentro de todos sus sueños y cavilaciones de vigilia estaba Leno Frangolini, aquel viejo irresistible que nunca se dignaba a mirarla.

Solo una vez, recordaba ella, el dermatólogo se había equivocado y la había invitado a bailar. En realidad, lo había hecho porque alguien le había soplado que la muñeca se derretía por el viejo seductor, y este de repente se apiadó de ella y quiso darle un premio consuelo. Salieron a bailar, y Cecilia temblaba de emoción. *Sean Connery* hizo todo lo posible, pero a la mitad de una pieza la devolvió amablemente a su silla. La muñeca no daba el rango mínimo, y Leno no quería seguir haciendo papelones.

Al año y medio, un productor la oyó hacer karaoke en un festival de tango donde nadie escuchaba a nadie, y la contrató para cantar en unos bares de Palermo. Entre ellos, el bar Montecarlo, donde Fernández la había escuchado desgranar con guitarra criolla sus canciones dolientes.

Cecilia comenzó entonces a nivelar su economía doméstica y a tomar clases. Era, hacía ya rato, una gran bailarina, y llevaba los mejores tacos en el salón de Niceto Vega. Leno se daba cuenta de que él representaba para ella una asignatura pendiente, y que no le costaría nada sacarla a bailar, hechizarla y llevársela a la cama. Es por eso que la había guardado como último recurso en esa última noche.

Estaba vestida de rojo y usaba el pelo oscuro peinado hacia atrás, con la frente despejada y unos aretes blancos. Leno la tomó de la cintura con su



brazo derecho, y Cecilia le apoyó su mano izquierda en la espalda. Fernández estaba acodado en la barra, mirando a la tetona holandesa que él no había podido alegrar en aquella primera y lamentable refriega del somier. La holandesa estaba rodeada de holandeses, alemanes y norteamericanos que observaban el espectáculo con turística atención. Veinte parejas dibujaban figuras en el piso, embelesadas por la música de Pichuco.

Desde la posición inicial, Leno y Cecilia hicieron los ocho tiempos de una salida simple mirándose a los ojos. Fue una evolución grácil y aterciopelada, una obra de arte. De inmediato, practicaron el ocho con elegancia y armonía, con una sincronización sobrenatural, como si se conocieran desde el principio de los tiempos y hubieran practicado mil veces cada paso. Ella iba en trance, como si flotara; él la guiaba concentrado como si estuviera manejando una compleja maquinaria. Apareció entonces un blanco: Leno inició un retroceso y un paso lateral, y en ese instante se apartó bruscamente de Cecilia tomándose la cintura. Cecilia se quedó congelada, con expresión de sorpresa, y Fernández avanzó hasta Frangolini y lo sostuvo por la espalda: *¿Qué pasa, doc?*, le preguntó al oído. *La cadera*, respondió con voz gutural, se pasó la lengua por los labios y sacó su pañuelo del bolsillo para barrerse la frente. *Ya estoy, ya estoy bien*, le dijo a Fernández para calmarlo, y se deshizo como pudo de su abrazo. Se paró de nuevo frente a Cecilia y le dijo: *Perdóneme, ¿podemos seguir?* Lo dijo sin decirlo, con subtextos. La muñeca vaciló unos segundos, pálida del susto, y después tomó aire, asintió brevísimamente y se puso en posición de tango. Fernández reuló con los testículos en la garganta, como si estuviera viendo a un equilibrista, borracho y sin red, haciendo piruetas en un alambre ubicado a mil metros del suelo.

Leno flexionó las rodillas y retrocedió con su pie derecho en una abertura de cuarenta y cinco grados. Era una cadencia en ocho tiempos, y el dermatólogo estaba atrayendo a la muñeca hacia su lado y luego, ciñéndola con más ahínco, le cruzaba su pie izquierdo. Estaba poseído en esa lentitud sensual cuando lo descoyuntó una punzada. Fue como si una cebra galopara lánguidamente por una colina y de pronto recibiera el disparo de un fusil. Frangolini se revolvió y Cecilia lo soltó como si quemara. El viejo se vino al piso girando en espiral y se quedó en cuclillas y en extraña posición, todo retorcido. Fernández corrió a socorrerlo por segunda vez. *La puta cadera*, repetía por lo bajo. *Vamos al baño, doc*, lo instaba su discípulo. Como pudo lo alzó para cruzar el salón y entonces vio que Cecilia lloraba. Había tanta comprensión en su mirada dolorida que Fernández también estuvo a punto de soltar el llanto.

Llevó a su héroe hasta el baño, le quitó el saco y lo sentó en un inodoro. *No me siento bien*, dijo Leno: parecía un cadáver. *Voy a llamar a una ambulancia*, le advirtió Fernández. *¡No, llevame a casa!* —exclamó—. *A casa*,

*por favor.* Fernández dudó un minuto entero, pero el doc volvió a la carga, con un hilito: *Voy a estar bien, no te preocupes, voy a estar bien.* Hablaba en capicúa, arrastrando las sílabas, jadeando un dolor que iba más allá de los huesos.

Fernández no manejaba un auto desde la conscripción, cuando chocó un Unimog, estuvo a punto de morir, fue a parar tres días al calabozo del Comando del Primer Cuerpo del Ejército y se prometió no volver a tocar nunca más un volante. Pero las circunstancias eran dramáticas y a esas altas horas de la noche no había mucho tránsito en las calles. Acomodó a Leno en el asiento trasero del Chevrolet, prendió el motor y arrancó a los tirones por Niceto Vega. Estaban a pocas cuadras del consultorio del doc, y Fernández no dudó en buscar Ravignani y bajar por esa calle de su infancia, en segunda y a treinta kilómetros por hora.

Frangolini parecía malherido, como si hubiera sufrido un infarto o una fuerte indisposición intestinal. Transpiraba de frío y se tomaba la cadera. Respiraba agitadamente como si le faltara el aire y tenía la expresión del pánico. *¿Llamo a una ambulancia, doc?*, insistió Fernández. Negó con la cabeza. No quería saber nada. Los médicos son omnipotentes y los periodistas guardan por sus diagnósticos respeto reverencial. *Otra noche volvemos, doc* —dijo Fernández—. *Esa chica está madura. Se muere por tener algo con usted. Otra noche volvemos.* Leno volvió a negar con la cabeza. Fernández giró para mirarlo y un 39 pasó a su lado a los bocinazos. *No hay otra noche, muchacho* —creyó escuchar Fernández en medio del batifondo.

Dobló muy cautamente por Guatemala y luego por Carranza, y al final estacionó desmañadamente en el cordón de la vereda. Bajó a Frangolini, lo metió por la puerta casi sin esfuerzo —pesaba menos que un ángel— y lo recostó en el sofá de la vieja sala de espera. *Fíjate en el armario: hay una manta y un almohadón de plumas*, le dijo Leno aflojándose la corbata. Fernández le quitó los zapatos y le propuso: *¿No sería mejor que lo llevara hasta su dormitorio?* Por tercera vez negó con la cabeza. *En este sofá pasé algunos de los mejores momentos de mi vida* —dijo—. *Y eso que pasé buenos momentos, eh.* Le colocó el almohadón bajo la nuca y lo tapó hasta la barbilla. Frangolini tenía los ojos cerrados y una sonrisa triste y acompasada.

Fernández se sirvió un *whisky* y se sentó a su lado. Tomó tres o cuatro tragos hasta que estuvo seguro de que Leno dormía. Entonces dejó el vaso y fue a pararse. *No, no* —imploró Leno: tenía los ojos empequeñecidos—. *No, muchacho, no te vayas. Quedate.* Lo tenía agarrado por un brazo. *Me quedo, me quedo*, le devolvió sentándose de vuelta. *Contame algo, dale, contame un poco de esa novela que estás escribiendo*, dijo el seductor y de repente Fernández lo escuchó más viejo que nunca. Por fin, Leno Frangolini tenía ochenta años. *¿Qué más quiere que le cuente, doc?*, le preguntó con una

pelota en el estómago. *Una historia de amor* —dijo Leno—. *Me contaste muchos chispazos pero nada serio. No hay novela si no hay amor.*

Estuvo tres minutos en silencio, decidiendo si podía confiar en Leno Frangolini, si tenía que correr ese tremendo riesgo. Y también si le daba el pellejo, en esa madrugada glacial, para contarle a su viejo maestro que se había enamorado de una asesina.



# 5

## La Guapa



**E**l mozo del bar Montecarlo le avisó que una fotógrafa mexicana, recién llegada del Distrito Federal, quería conocerlo. El mozo tenía predilección por Fernández, pero tendía a creer que un escritor era una especie de celebridad y no podía dejar de divulgar a la primera de cambio sus «hazañas» y recomendar fervorosamente sus libros. La chica en cuestión estaba realizando una investigación histórica sobre los recovecos sociales y culturales de Palermo con la idea de hacer un ensayo fotográfico para cumplir las bases de una beca. Ese subsidio tenía un inconfesable propósito: viajar y conocer el sur. El mozo lo presentó a Fernández como un especialista en recovecos y como un cronista de leyendas urbanas, y entonces la chica, que tenía tiempo y era muy aplicada, se compró dos novelas del crédito local y una guía ilustrada de la zona. Fernández le preguntó al mozo qué tal estaba la mexicana, y este levantó los brazos: *¡Guapísima!* Fernández no estaba muy seguro de que fuera para tanto, pero a partir de ese momento aceptó que comenzaran a llamarla irónicamente la *Guapa*. Su nombre era Milagros, y su apelativo cariñoso era Mili. Tenía el pelo renegrado y reluciente, y en su cara aindiada destacaban sus extraños ojos grises. Parecía más alta de lo que en realidad era, y mucho de esa ilusión óptica se debía a los huesos largos y a la forma en que se sentaba. Se sentaba siempre sobre una pierna, no importaba dónde o con quién estuviera. Era esbelta y flexible, y caminaba con un contoneo natural que a Fernández le asombraba. *¿Quién te enseñó a caminar?*, le preguntó una tarde en el Jardín Japonés. *Nadie*. E igual que ocurría con su oficio, su conocimiento sobre las religiones orientales, su erudición sobre la historia del arte o los cinco idiomas que dominaba con despreocupación, a Mili nadie le había enseñado nada. Todo lo había aprendido sola. Provenía de una familia muy humilde de los confines de Yucatán y no le gustaba hablar de ella. Era todo curiosidad y sonrisa blanca. Vestía *jeans* ajustados y blusas de bambula amplias y coloridas; llevaba el ombligo al aire, mochila y sandalias, medio kilo de collares variados que iban desde la plata hasta las mostacillas, unas pulseras con curiosos talismanes y media docena de anillos. De lejos, Fernández la hubiera confundido con una artesana de Plaza Italia. Pero de cerca había un halo exótico, un perfume absolutamente raro y desconocido, una cosa en la piel oscura que no pertenecía a este mundo.

Cuando finalmente se vieron, Fernández sintió algo parecido a una fría ola de mar que te sorprende seco, acalorado y desprevenido. El respingo, sin embargo, no le impidió percibir que aquellos ojos ya no eran inocentes. Resultaba notable el contraste entre la *hippie* mansa y armoniosa y esa mirada inesperadamente astuta. El mozo hizo la presentación de rigor y le sirvió a Fernández un café con un tostado, y a Milagros una jarra de cerveza y unos daditos de jamón y queso. Cerca del mediodía, él estaba desayunando y ella tomando un aperitivo; él era un búho, ella una alondra: se despertaba todos los días a las seis, meditaba, hacía ejercicios de tai chi, se preparaba un jugo de frutas y salía a correr alrededor de los lagos. Había ganado una medalla en DF y le gustaba considerarse una «atleta dormida». En cualquier momento, algo o alguien la obligaría a meterse en una carrera de alta competición, y ella «despertaría» y no haría un mal papel. Mientras tanto, se entrenaba como si la convocatoria fuera inminente: dos horas por la mañana y dos por la tarde. De solo escucharla, Fernández ya estaba agotado.

La *Guapa* alquilaba un cuarto en un hostel para estudiantes que quedaba en la calle Costa Rica, y pensaba quedarse dos o tres meses en el país apretando su Canon Mark III y disparando contra todo lo que se moviera. *Estuve leyendo tus novelas y me gustó mucho que fueran tan autobiográficas* —dijo para tomar un atajo—. *¡Qué malvado más interesante ese abuelo ebanista, por Dios!* Fernández sonrió al escuchar el tono y la alusión. El tono era fresco y a la vez melodioso. La alusión denotaba cierta inteligencia: teniendo la opción obvia de elegir a las heroínas de la historia familiar, había elegido a un canalla. Su abuelo ebanista había sido un mujeriego incurable, un hombre cruel y un individualista feroz. Labraba la madera con genio de escultor, y fabricaba altares, imágenes religiosas y muebles de cualquier estilo y época. Con el tiempo aprendió a realizar bocetos técnicos, a dibujar e interpretar complejísimo planos de conjuntos con perspectivas y sistemas de despiece, a copiar a mano formas del siglo XVII, a desarrollar un exquisito trazado artístico y a dominar por completo todas y cada una de las vetas de la artesanía.

Pero esas virtudes, aunque valoradas, no rendían muchos frutos en las penurias de la posguerra civil española. Y el abuelo de Fernández debía sostener una familia creciente y hambrienta, y mantener además sus romances paralelos, una tarea habitualmente ardua y costosa. Se le conocían, al menos, dos novias en La Riera, y enemigos enconados, por celos y dinero, y a veces por política, en varias aldeas de Asturias. Unos labriegos, bruscamente adscriptos a la Falange, comenzaron por reclamarle una faena que él había cobrado por adelantado y que nunca había concluido. Uno de los seis hermanos era un hombre rudo y se fue de lengua en una taberna. El ebanista le mostró los dientes, rompió una botella contra un borde y lo invitó a pelear.

Dos o tres parroquianos intentaron persuadirlos para que el asunto no pasara a mayores, y de hecho sacaron al labriego a la rastra, mientras le gritaba que pagara la deuda o pidiera la extremaunción.

El abuelo de Fernández se rio un buen rato, pero con el paso de los días los rumores de una represalia fueron corriendo de pueblo en pueblo, de taberna en taberna y de casa en casa, hasta que todos tuvieron seguridad plena de que los seis hermanos bajarían del monte para cortarle el cuello. El ebanista utilizó esa información como excusa perfecta para escapar. Les dijo a sus novias que era un asunto de vida o muerte, y que nunca las olvidaría. Persuadió a su familia de que le adelantara parte de la paupérrima herencia. Convenció a su esposa de que partía para hacer la América y para sacar a sus cinco críos de aquella miseria. Y convenció finalmente a sus amigos de que lo ayudaran en un operativo nocturno para huir en las tinieblas de una noche sin luna. Se embarcó en Vigo y desembarcó en Buenos Aires, donde se olvidó para siempre de sus amigos, de sus hijos y de su mujer. Y donde hizo fortuna y mantuvo largos romances sin preocuparse jamás por su familia ni por guardar para el futuro: en sus últimos días no tenía ni siquiera obra social, solo tenía un revólver 32 para volarse la tapa de los sesos. *La sombra de ese malvado nos persiguió durante años —dijo Fernández—. Mi abuela, su tía, mi madre y sus hermanas han buscado y siguen buscando en nuestros genes los genes del abuelo desalmado: todos hemos estado bajo sospecha de egoísmo y de falta de compasión. Y yo durante años quise indagar por qué el ebanista nos había abandonado, qué diabluras había cometido durante su autoexilio, por qué había quemado documentos, efectos personales y cualquier pista sobre su pasado antes de espichar. Me parecía un enigma fascinante, pero la novela nunca se dejó escribir.*

Tardó todavía quince minutos más en deshacerse del tema del ebanista porque la fotógrafa lo interrogaba con rigor periodístico, como si quisiera comprender hasta lo que Fernández no comprendía. Un poco abrumado, él comenzó a preguntar quién era y qué hacía ella en Palermo Hollywood. Y entonces la chica respondió lo mínimo de manera telegráfica, como si no tuviera la menor importancia, y volvió a la historia familiar y a las anécdotas del barrio y de la niñez.

Meses después, Fernández intentaría recordar cuándo había comenzado a enamorarse de ella. Pero era siempre un intento vano: solo podía reconocer ante sí mismo que mientras Mili se manchaba el labio superior con la espuma de la cerveza y dejaba caer en la mesa aquellos escasos datos sobre su visita a la Argentina, él evaluaba rápidamente sus formas e imaginaba en un pestañeo cómo sería en la penumbra de la cama. Fue un sondeo intuitivo y fatal, y Fernández se recordó pensando: *El mozo está equivocado. No es guapísima. Es una india flaca con tetitas de nena, pero es un animal insaciable. Te coge*

*y te mata*. Nada tenía que ver esa revelación con el amor, pero lo cierto es que desde ese instante dejó de pensar con la cabeza y comenzó a pensar con otras partes del cuerpo. Y se dio cuenta de que ella se había dado cuenta, puesto que las mujeres leen con facilidad el fondo de los ojos de los niños grandes, y también porque en ese momento la *Guapa* se sonrió levemente, como si estuviera reprimiendo una carcajada triunfal.

Mostraba avidez por recorrer las calles de Palermo con un buen baquiano y escuchar los mitos que escondía cada esquina. No tenía plata para contratar a nadie, pero le sobraban entusiasmo y seducción. Fernández le mostró ese mismo día la casa donde había nacido y donde habían sucedido aquellos sordos dramas de emigrantes pauperizados, las veredas donde se había trezado a puñetazos con los chicos de la villa Dorrego y con la barrita del pasaje Voltaire, la cortada donde una mujer se le había acercado, con la cabeza rota y sangrante, pidiéndole ayuda porque su concubino había querido asesinarla con un cuchillo de carnicero. También la vereda a la que se había arrojado desde un quinto piso aquel marido adúltero y a la vez engañado. El antiguo conventillo con parra y jaulón donde había dormido un taxista que se había autoinculpado, en un crimen que no había cometido, para salvar a una rubia perversa que lo amaba. La vieja zapatería donde vivía y trabajaba una pareja de ancianos que decía haber descubierto la fórmula del amor perfecto, pero que había renunciado al sexo hacía cuarenta años.

Los espectros de Palermo Pobre con los que Fernández convivía se negaban a ser fotografiados, pero Mili los encuadraba tercamente con su Canon Mark III. Al final del día lo único que obtenía de todo eso eran fachadas, edificios, veredas, adoquines, esquinas y arboledas; imágenes estáticas, sin rastros de risas, gemidos ni sufrimientos; escenarios sin actores, sin manchas y casi sin ecos.

Llegó muy tarde al diario y Patricia le dijo, en voz alta y delante de muchos: *¡Vení cuando quieras, eh!* Fernández dejó pasar el lanzazo; después de un rato, subió a la oficina vidriada y le propuso escribir una serie de crónicas noveladas sobre los ritos de un barrio donde habían vivido Rosas, Borges y el Che Guevara, y donde se encastraban las historias mágicas con el materialismo consumista de la dudosa modernidad. Masquelet le preguntó qué le había picado. *No te vas a arrepentir*, le respondió él, contemplando el río. Patricia lo miró de arriba abajo, con los ojos entrecerrados, y le dijo lentamente: *¡Cómo cambiaste! Antes las mujeres no te perdían*. Fernández no cedió a una confesión y se fue de la oficina vidriada con una media promesa.

A partir de ese momento ocurrieron dos cosas: los paseos por el barrio se convirtieron en una agradable rutina y el cuaderno de separado dejó las anotaciones de la novela frustrada y las reflexiones sobre la vida y el amor, y



se fue llenando de historias realistas o fantásticas sobre Palermo, que a veces le leía en voz alta a Milagros mientras comían. Enseguida Fernández supo que, como la Sherezade en *Las mil y una noches*, debía seguir contando cuentos para salvarse. Una noche la acompañó hasta un domicilio determinado en la calle Malabia y le mostró una casona convertida en un templo evangelista. Le habló de su primo Beto, que ahora vivía en Bahía Blanca. Y luego en Hermann, frente al Jardín Botánico, mientras comían un bife jugoso, Fernández le leyó a Milagros los secretos de la Sociedad de los Hombres Felices.

El primo de Fernández fue toda su vida un hijo abandonado, y cuando su padre amaneció muerto en una olvidada pensión de la calle Honduras, tuvo que hacerse cargo de los gastos y de los trastos que dejó para los acreedores y la posteridad. Entre tanta ropa anticuada y tanta cosa inútil, el primo descubrió una tarjeta de admisión para un club.

Se llamaba Norberto, pero Fernández le decía simplemente Beto. Era un tipo aburrido, capaz de relatar con minuciosidad, durante una hora y media, un simple trámite bancario. Huérfano, solitario y solterón, nunca le había ocurrido nada importante como no fuera haber llegado en 1987 a una final de básquet en el descascarado club Palermo. Pero al volver del cementerio se vio tentado por una pequeñísima travesura: tomó el teléfono y marcó el número que figuraba, con letra de oro, en aquella enigmática tarjeta, y fue entonces atendido con deferencia e invitado con cierta pompa a una velada inolvidable. La cita era el sábado por la noche, y Beto tuvo que alquilarle un *smoking* al tintorero de Ravnani y Guatemala. Se presentó engominado en un club español de barajas y mampostería ornamental, y trabó relación con un viejo ceremonioso que parecía una réplica de Narciso Ibáñez Menta. El tío de Fernández había sido, al parecer, socio vitalicio y prestigioso en esos salones de caballeros asturianos, gallegos y andaluces, y Beto ocupó el asiento de honor de su propio padre en un tute cabrero, y luego otro en la majestuosa cabecera de una paella valenciana. *¿Es usted un hombre feliz?*, le preguntó el viejo llenando una y otra vez su copa con vino de Rioja. *¿Se atrevería verdaderamente a serlo?* Beto, que no solía tomar, siguió tomando hasta la madrugada y se quedó dormido como un pobre diablo en un sillón junto al fuego. Despertó bien avanzado el día junto a dos mujeres desnudas en una *suite* nupcial, y el viejo apareció en bata de seda y fumando con boquilla, y a un chasquido de sus dedos, tres mucamos sordomudos les sirvieron en la cama francesa un desayuno continental en bandejas de plata. El primo de Fernández no salió de su asombro hasta la noche, cuando el viejo caballero español lo paseaba en Rolls-Royce descapotable por la Costanera. *Tu padre fue un hombre feliz. ¿Cuánto estarías dispuesto a hacer tú para ser*

*igualmente feliz, Norberto?* Cualquier cosa, pensó el infeliz, que había mal leído el *Fausto* en cuarto año del Nicolás Avellaneda.

Muchas cosas le sucedieron en esos dieciséis inimaginables meses de festichola. Se hizo adicto a la negación, a las sorpresas y a las mentiras, a los juegos de rol, a las orgías, a los viajes exóticos, al turismo sexual y al turismo aventura, a la cocaína y al peyote, y finalmente, a la cacería humana y a la cleptomanía. Vivía en la *suite* nupcial, en los altos del club, con todo pago y con aquel guía manchego y meticuloso que lo conducía por los caminos de la dicha desenfrenada.

Una tarde, Beto despertó como siempre y se extrañó del silencio y de la soledad. Cuando corrió las cortinas de la ventana descubrió que las persianas estaban cerradas a clavo y remache. La puerta no abría y el timbre no sonaba, y creyó al principio que era una broma. Empezó a dar voces y a no recibir respuestas. Luego sintió escalofríos y se lanzó como poseído a gritar y a insultar, a maldecir a todos, y le dio patadas a las paredes y se rompió los nudillos boxeando contra la madera. Entre rabieta y rabieta se quedaba quieto, acechando el mínimo ruido. Pero no oía más que los crujidos de las tuberías y el redoble de su propio corazón. Y le daban al rato ataques irracionales y epilépticos, y se le mezclaba todo: el síndrome de abstinencia, el pavor, la incredulidad, el llanto y la mala hostia. Pensó cualquier cosa, y tuvo por momentos la lucidez de darse cuenta de que aquello podía ser un entierro prematuro o un chiste pasajero.

Acostumbrado ya a las emociones fuertes, se lavó la cara y se prometió entereza, pero le volvieron en seguida los chuchos y la sed, y adivinó lo que le pasaría: en algún momento vendría el hambre y terminaría comiéndose el jabón de tocador a dentelladas. Al cuarto día, amaneció como un náufrago perdido y agotado, casi demente y siempre febril: había masticado las suelas de sus pantuflas y había vomitado medio litro de bilis. Comenzó al quinto día con las alucinaciones y entró al sexto día en estado de coma. Despertó dos semanas después en la luminosa sala de un hospital privado, en terapia intensiva y con una sonda en la vena del brazo. Al poco tiempo comenzaron a alimentarlo por boca y a realizarle chequeos y rehabilitaciones. El primo de Fernández no preguntaba nada por temor a que esas maniobras fueran parte de un sueño alucinado boca arriba dentro de aquella *suite* nupcial convertida en cárcel. Pero el diagnóstico clínico resultó muy real y halagüeño: estaba limpio y desintoxicado aunque, por cierto, algo desnutrido. Nada que no pudieran arreglar un cóctel de vitaminas, una sucesión ininterrumpida de sopas calóricas y algunos buenos churrascos. En efecto, poco después, Beto caminaba rozagante y nuevo por los jardines, saboreando los perfumes, el oxígeno y los rayos de sol, cuando lo sobresaltó la sombra del viejo hidalgo que fumaba con boquilla y sonreía bajo un naranjo. *Beto, al fin se te ve la*

*felicidad en la cara —le dijo—: Bienvenido a la Sociedad de los Hombres Felices.*

Mili, un poco achispada por el tempranillo, le jugó la cena a que su primo Beto no existía y a que aquel incidente era solo una fábula vecinal, una mentira contada cien veces. Pero Fernández la llevó hasta un locutorio, hizo una llamada delante de ella y la puso al teléfono con el mártir. La fotógrafa trató de ser amable e indulgente con el primo de Fernández, pero cuando cortó parecía asustada. *Debe ser un mentiroso magistral*, se defendió todavía, yendo de un lado a otro de la credulidad. Fernández le sonrió de costado sin intervenir. Después, ella lo tomó del brazo y lo llevó a caminar por Santa Fe. Filosofaron durante tres horas de reloj sobre la puta felicidad y se despidieron como todas las noches. Aquellas jornadas terminaban invariablemente en la puerta del hostel de Costa Rica, donde ella se descalzaba y lo mantenía un largo rato en los umbrales, hablando de cualquier cosa sin hacerlo pasar. Fernández se iba silbando bajito o resoplando una bronca. Se quedaba hasta tarde, insomne, mirando viejas películas, se dormía y al levantarse lo hacía con la esperanza de poder dar vuelta ese mismo día la historia. Pero ese día tampoco se cumplían sus vaticinios.

Recorrieron juntos el Zoológico y el Parque Sarmiento, estuvieron una novecita fresca en el Hipódromo, pasaron una tarde mirando constelaciones en el Planetario, y les tocó una fogata de San Juan en la Placita Cortázar, con malabristas, magos y murgueros. Milagros se regocijó inspeccionando las obras del museo Sívori, y luego, sin solución de continuidad, durante una tarde de clima pesado y húmedo, los cuadros de Bellas Artes y la casa de Gardel. Palermo es tan vasto y cambiante que, a sus ojos de turista, le parecía un país aparte: la mexicana tendía a confundir el barrio con la ciudad. Y a veces, la ciudad con la república.

Aunque seguía sacando fotos y haciendo preguntas, y a pesar de que por momentos se dejaba llevar por el entusiasmo, la *Guapa* no perdía la mirada escrutadora e incrédula del primer encuentro. A veces, durante las cenas, y mientras Fernández hablaba tratando de seducirla, ella sufría ráfagas de narcolepsia y se quedaba dormida. Nunca dormía más de dos o tres minutos, pero naturalmente la situación humillaba al incómodo galán. Hasta que de pronto, con la misma rapidez con que se había dormido, abría los ojos, tomaba un trago y seguía hablando del barrio y de las leyendas. En ocasiones se daba cuenta y pedía perdón, y le sacaba una foto. *No te preocupes, es mi extraño magnetismo —le decía Fernández—. Soy mejor que un Valium.* Ella jamás mencionaba, ni distraída, algo de su vida en México, y cuando él comenzaba a interrogarla, Mili se lo sacaba de encima con la anécdota impensada de un pintor famoso o el destino de un cuadro holandés o, simplemente, con una pregunta acuciante sobre algún personaje de Palermo

Soho o una callecita que no figuraba en los planos de Palermo Chico o de Palermo Queen.

Quiso visitar y conocer los ateliers y las casas particulares de todos los maestros de pintura del barrio, y a sus alumnos. Darles charla a los retratistas baratos de las ferias de artesanías y a los fotógrafos callejeros, a quienes prohibía sacarle fotos junto a su pretendiente. *Ni con él ni con nadie, ni a mí sola* —le dijo a un viejo de Plaza Italia—. *En esta época de mi vida soy fea, guey*. Fernández no se creyó ni por un segundo el cuento. *Sabe que es linda y, como no me quiere, trata irracionalmente de persuadirme*, pensaba.

Dos noches se negó a cenar con Fernández aduciendo jaquecas fuertes, y una mañana plomiza de aquel invierno bochornoso, el periodista puso el despertador y fue a buscarla al Rosedal. Hacía un calor extraño y, para su sorpresa, la fotógrafa no estaba corriendo alrededor del lago sino haciendo tai chi bajo un ciprés. Al verla de lejos, enfundada en ropa apretadita y escotada, y con calzas de gimnasia, moviéndose lentamente sobre una lona, le pareció menos flaca que nunca y más pechugona que de costumbre. Vio sus caderas y sus hombros desnudos, sus curvas desprovistas de bambula, y sintió un pico de deseo puro y duro. Luego de unos minutos, ella volvió en sí, lo descubrió sentado en el césped y se le acercó con una sonrisa.

—¿Querés un diagnóstico? —le preguntó dándole un beso en la mejilla.

—¿Un diagnóstico? —Alzó las cejas.

—No estás conectado con tu propio cuerpo.

Tenía el pelo atado arriba con hebillas y con una vincha blanca. Se lo soltó por completo y le dijo: *¿Hace cuánto tiempo que no te dan un masaje?*

Hacía años. Trajo su lona, lo obligó a quitarse la remera y a acostarse boca abajo. Se arrodilló a su lado y comenzó a masajearle la espalda con fuerza y sabiduría. Fernández le escuchaba la respiración y a veces sentía su pelo negro y reluciente sobre la cara o sobre los hombros, principalmente cuando ella se le sentaba en los riñones y le trabajaba los músculos del cuello y le tocaba los omóplatos, y bajaba y subía encontrando lugares castigados. Después se dedicaba a su ruinosa cintura y a cada una de las vértebras de su columna, y también a los glúteos. Fernández se sentía cerca del desmayo o del orgasmo, pensaba que en cualquier momento perdería su capacidad de controlar esfínteres y que se mearía de placer. Era como si Dios se hubiera presentado y lo hubiera hecho pasar al corredor de las almas sin cuerpo. Almas liberadas por fin de cargar huesos largos, carne entumecida, sangre pesada, cartílagos, dolor asordinado y molestias.

Al rato, Mili le pidió que se pusiera boca arriba y que se descalzara. Y Fernández la obedeció como si fuese un autómata. Milagros volvió a su cuello y se dedicó a su cara, y después a sus brazos, a sus manos y a cada uno de sus dedos. Y más tarde bajó hasta sus piernas y trabajó los muslos y las

pantorrillas, y al final se demoró en los pies. Fernández babeaba, temía una erección y pegaba algún ronquido. Ni siquiera las gotas heladas de la lluvia lo despabilaban. Tuvo ella que informarle que el cielo se estaba desplomando y que tenían que buscar un refugio. Corrieron tapados por la lona hasta las escaleras del puente, subieron y bajaron y se sentaron en un banco de la glorieta del patio andaluz. La lluvia barría con los atletas, con los patinadores y también con los ciclistas. *Creí entender que estabas escribiendo algo sobre un profesor de ajedrez que andaba en bicicleta por estos lagos y que te contó otra historia increíble*, le recordó cuando Fernández, todavía ebrio de gozo y relax, intentó darle un beso en la boca. Estaban uno junto al otro en un banco de cemento frente a un tramo de ese lago verde y denso que da vueltas y vueltas. Ya no se tapaban las cabezas con la lona: los dos se habían colocado los buzos, pero permanecían muy juntos, como si quisieran darse calor ahora que se venía el frío.

Era cierto aquel asunto del ciclista. Con los desvaríos de un viejo amigo que ahora vivía en un geriátrico de la calle Bonpland, Fernández había escrito en su cuaderno la primera entrega de la serie de leyendas fantásticas de Palermo que le había vendido al diario. Era un borrador, y estaba seguro de que Patricia Masquelet lo sacaría carpiendo, pero le interesaba porque trataba sobre Nerina, otra mujer misteriosa e inabordable.

No pudiendo abrazar a Milagros, llevarla a su casa, desnudarla y trajinarla durante todo el día, impedido de hacer otra cosa que seguir teniéndola atrapada con sus historias de las mil y una noches de Palermo Pobre, sacando conejos de la galera, Fernández le contó a la *Guapa* la peripecia del ciclista del tiempo.



# 6

## **Nerina**



**E**l profesor Murena, que durante cuarenta años había pedaleado alrededor de ese mismo lago siguiendo el sentido de las agujas del reloj, avanzando contra viento y modorras, con lluvia o sin ella, de domingo a domingo y sin respetar enfermedades ni excusas, una noche medio viejo y engripado tuvo por desgracia tomar a la derecha y encontrar en el séptimo círculo el fantasma de su novia, muerta y rediviva, sentada en un banco de plaza bajo un farol lleno de polillas y mariposas.

Había conocido a Murena en un aula nocturna del colegio Vicente Fidel López, donde él solía inculcarle pacientemente el ajedrez y donde Fernández solía infligirle el desaliento. Era alto y huesudo; ojos marrones y pelo blanco; zapatos negros, trajes con chaleco y corbatas austeras: otro *gentleman* sin edad y sin fortuna, pobre como todo maestro, pero dueño natural de esa elegancia espartana que lucen los aristócratas del espíritu.

Frangolini le tenía un afecto especial, decía que Murena era un «señorazo», y le atendía las verrugas. Compartían la afición por la historia y a veces se veían en el bar Montecarlo, pero jamás hablaban de mujeres. *A Murena solo parece interesarle la inteligencia teórica*, decía Leno. El profesor no compartía con nadie su intimidad, y no se le conocían pasado ni mujer ni conquistas.

Fernández solo sabía que había nacido y vivido en una casa de altos que sigue a la vereda impar de Ravignani. Y que intentaba, sin el menor éxito, involucrar en la lectura de los clásicos a los industriales salesianos del colegio León XIII. Hombre riguroso y austero, enseñaba por las noches la ciencia del enroque y el alfil, y montaba su anticuada bicicleta de atleta frustrado para llevar a cabo ese maratón diario que cumplía con puntualidad inglesa desde 1955. *No me acuerdo de nada en particular, como no sea del derrocamiento de Perón y aquella lluvia de tres días* —le contaba a Fernández con perplejidad—. *Supongo que la orfandad y mi soltería me volvieron un adicto. Empezó como un ejercicio, siguió como un juego, fue alguna vez una cábala y terminó siendo un rito inexplicable, casi una necesidad fisiológica. Si no cumplía con ella, la mente se me ensombrecía y el cuerpo se me quejaba.*

Dedicaba, por lógica, muchas horas de los vacíos fines de semana a armar, desarmar y engrasar su eterna herramienta de competición que, en realidad, solo lo obligaba a competir contra su propia voluntad y contra la vejez de sus

músculos. Inclinado hacia adelante, envuelto en ropa negra y atemporal, con zapatillas de lona y gorra, Fernández lo veía girar desde los rosadales, siempre enjuto y concentrado, reconstruyendo de memoria partidas legendarias. Pocas imágenes evocaban tanto la soledad como ese ciclista demente que pasaba y volvía a pasar, idéntico a sí mismo, haciendo su rutina como quien busca algo que no puede encontrarse.

La noche que cambió todas las noches era, según confesó luego, tormentosa y desierta. El cielo estaba cargado, y el viento se arremolinaba en la tierra, inquietaba el agua y los botes amarrados, y sacudía las palmeras, las flores y los follajes. No llegaba a garuar, solo relampagueaba en el horizonte, pero la inminencia de algún tipo de desastre natural había ahuyentado a todas las almas buenas.

Rara vez el ágil cuerpo de Murena acusaba los achaques de la edad, pero aquella misma tarde se había sentido congestionado y febril. El vicio, sin embargo, podía más que el decaimiento, así que empuñó su nave y pedaleó hasta los confines del lago. Se quedó un rato allí —cosa que jamás hacía—, sonándose la nariz paspada, y borracho de gripe retomó sus ejercicios por la diestra. Solo a la tercera vuelta se dio cuenta de que, por primera vez en cuarenta años, había violado su propia ley, y le pareció que el paisaje era completamente distinto por derecha que por izquierda, y que aflojaban los temblores de la fiebre, la debilidad de sus pantorrillas y los síntomas generales de la tempestad. Cuando completaba el séptimo giro, vio a lo lejos la luz del farol y a la mujer vestida de negro. Presintió que esa mujer lo estaba esperando.

*Nerina*, se dijo, inaudible. A diez metros de distancia tuvo la intuición de que se trataba de Nerina y a los dos metros, la confirmación de que era su fantasma. Lo primero que reconoció fue el pelo largo y el rostro oval; lo segundo, el vestido que ella usaba en los bailes del club El Progreso; lo tercero, la cartera y los zapatos charolados que él le había regalado en la década del cincuenta. Habían noviado en aquellos años, habían vivido una pasión inolvidable, e inexplicablemente Murena había olvidado las razones por las que se habían dejado. Tampoco se explicaba por qué la daba por muerta, pero al verla joven como entonces, tuvo por un instante la equívoca convicción de que efectivamente había muerto. Desmontó ceremoniosamente, como si fuera a arrodillarse frente a una imagen sagrada, y ella se paró sonriente, lo abrazó sin grandilocuencias y le rozó los labios. Murena era un viejo, y se sintió a la vez obsceno, avergonzado y rejuvenecido. Nerina lo obligó a sentarse junto a ella, y comenzó a reproducirle diálogos domésticos y acontecimientos menores de esa misma mañana, como si no los separaran treinta años de desencuentro, desmemoria y desdicha.



Fue entonces cuando Murena se dio cuenta de que Nerina no vivía en el más allá sino en el pasado. La explicación, que parecía matemática sin serlo, se la conjeturó más tarde su amigo Reguera, que era astrólogo, matemático y peronista. Luego de un número determinado de vueltas alrededor de un mismo círculo de agua, en determinados períodos de días y de noches, y teniendo en cuenta la posición de los planetas, y siguiendo siempre el sentido del reloj, si se gira en contrario siete veces se retrocede en el tiempo. La teoría no era científica sino fantástica, pero había que admitir que su refutación también era imposible. Alguien tendría que pasarse cuarenta años dando vueltas alrededor de un lago, y todavía habría que esperar que los planetas tuvieran el comportamiento exacto durante ese mismo período.

La primera conversación entre Nerina y su novio fue desesperadamente banal porque el profesor no se atrevía a romper el espejismo con una pregunta racional o con un exabrupto. Dialogaron con suavidad y caminaron de la mano, como en un sueño, hasta la orilla. Murena se sentía renovado y vigoroso, y se preguntó con horror si las arrugas de su cara se habrían diluido, pero cuando fue a mirarse en el espejo del agua no se encontró, y hubo un bocinazo que lo sacó del romanticismo y de la eterna juventud. *Tengo que irme*, le dijo sin dramas Nerina, lo besó en la nariz y corrió hasta un taxi que había pasado a recogerla. Era un Mercedes Benz negro con techo amarillo, modelo 22-53: una «cucaracha».

Murena volvió a pie, empujando su bicicleta y convenciéndose de que amaba a Nerina con el mismo amor que el primer día y que las lagunas de su memoria eran patológicas. Un *heavy metal*, al cruzar Libertador, estuvo a punto de atropellarlo con su Honda de cien cilindradas. El profesor se sentía extenuado: se miró en el espejo de una vidriera y se vio tan viejo como siempre. Subió por Ravignani, tan resfriado como antes, y se topó con Reguera, que dormía en el umbral de su casa, metido en su gabán negro y remendado.

Reguera venía del nacionalismo popular, había sido amigo personal de Dardo y Armando Cabo, había participado del operativo Cóndor y pasado una temporada en el penal de Ushuaia. Fernández lo recordaba en una unidad básica de la calle Oro, mostrándole fotos en blanco y negro. Dieciocho patriotas desviando un avión de línea, bajando en Malvinas, leyendo una proclama y enarbolando la bandera; escándalo internacional, prisión en el sur y luego la gloria. A Fernández le daban convulsiones de placer las hazañas de aquel aventurero mítico, que una vez había tenido la estúpida idea de cambiar el mundo.

Hay constancias de que Reguera formó la guardia pretoriana de Perón, luchó contra los comandos civiles, se salvó por un pelo de León Suárez y después fue amigo de las 62 Organizaciones. Ni yanki ni marxista. Perdió la

razón en 1969, cuando volvió de Puerta de Hierro con la idea fija de que Perón había muerto en secreto y que había sido reemplazado por un doble exacto, a quien López Rega, Isabelita y la P2 habían entrenado hasta en los mínimos gestos para seguir adelante con el negocio del retorno. *Hay que admitir que al final el Viejo parecía otro*, lo defendían sus incondicionales. Pero casi lo expulsan del partido, y a partir de entonces todo fue barranca abajo. No quiso participar de la guerra ni volver a los colegios. Al igual que el abuelo maldito de Fernández, el padre había sido carpintero, así que Reguera se hizo ebanista. Olvidó los logaritmos, los compases y los astros, retomó el taller familiar de Victoria y se fue fundiendo, y amasó amargura y aserrín durante décadas. Vendió todas las máquinas, hipotecó diez veces el taller y le sacaba plata a Murena amenazándolo con suicidarse. Se conocían de antes pero se habían hecho íntimos en el León XIII, así que Murena, harto de la extorsión, le dijo una noche: *Si querés matarte no pierdas el tiempo y hacelo de una buena vez*. Reguera se borró un tiempo, pedía limosnas con morboso placer: no quería trabajar. No quería ni siquiera formar parte del aparato productivo que explotaba y pervertía al trabajador.

Era flaco como un tornillo, ojeroso, amarillento y desaliñado. Siempre olía a alcanfor y tenía obsesión por las monedas. Caminaba hasta ocho horas por día buscándolas por el piso, y casi siempre encontraba alguna. *Tiene que haber alguna moneda en algún lado*, se decía, y como un jornalero salía con las primeras luces a rastrear calles, avenidas, veredas y cordones. Trataba de hacer rendir la plata, y de desarrollar un método para vivir con cincuenta centavos por día. Descubrió así la comida macrobiótica. Compraba un rollo de algas, lo cortaba en tiritas con una tijera y se hervía unas sopas. Vigilaba las plantas de palta, bajaba macetas de balcones o entraba furtivamente en jardines ajenos para robar esa pera aceitosa pero nutritiva. También se dedicó al germen de trigo: le agregaba una cucharada a un vaso de agua, lo revolvía y se lo tomaba como té caliente.

Murena le sirvió aquella noche hilarante medio pollo recalentado y un vaso de Sutter, se tragó un geniol y le contó las rarísimas vicisitudes del lago del Rosedal. Al principio, Reguera se lo tomó a la risa, luego se puso pálido, al final pidió papel y lápiz y empezó a hacer cálculos trigonométricos. Le explicó lo que se sabía de la cuarta dimensión, y le dio una lección sobre la influencia de los planetas y la geometría del cosmos. De paso le recomendó algo imposible: que no siguiera con el experimento. Murena lo echó a los empujones por la mañana, cuando de los dos solo quedaban fatiga, ebriedad e insomnio, y acudió por la noche a su cita irresistible.

Dio ocho vueltas por la derecha y comprobó que no pasaba nada. Pero retrocedió una vuelta entera y volvió a encontrarse con Nerina sentada en el mismo banco de plaza, bajo el mismo farol lleno de polillas y mariposas.

*¿Vamos a una fiesta?*, le preguntó ella, excitadísima. *¿Así vestido?*, atinó él para ganar tiempo. *Pasemos por casa*, lo pinchó ella, sonriéndole con la punta de la lengua. A Murena le habían vuelto los temblores, estaba cagado encima. Dejaron la bicicleta atada a un poste con cadena y candado, caminaron cien metros y subieron a una «cucaracha». Nerina contaba que le habían comentado una escena de *El león de Francia* y que había un buen programa de jazz en la Richmond, y Murena no podía apartar la vista de esas calles empedradas y primitivas, dominadas por edificios monumentales y monolíticos, cruzadas por tranvías y hombres de gris.

Un segundo antes de detenerse en Retiro, recordó el bulín de dos ambientes que compartían en un quinto piso. Fue como si lo tocara una cierta electricidad y como si una pequeñísima parte de la amnesia de aquellos años se esfumara. Subieron por el ascensor de reja y ella le pidió que le hiciera el amor. Tampoco recordaba Murena cuánto hacía que no tocaba a una mujer y si le quedaban fuerzas para esa tarea. Nerina lo ayudó y el profesor sintió que no habían pasado las décadas, y que no había forma humana de entender cómo es que se había permitido vivir sin ese aliento y sin esa piel. Después se le pusieron los pelos de punta al descubrir en el ropero de ella toda su ropa colgada, e incluso aquellos anticuados zapatones negros relucientes. Se vistieron, y a mitad del intento volvieron a amarse, y después se bañaron juntos, y llegaron a tiempo para el brindis.

La reunión era en un *penthouse* de la avenida Quintana, y a Murena le dio otro vuelco cuando Nerina, que lo llevaba del brazo entre *smokings*, tules y uniformes, saludando funcionarios y damas adictas, le presentó de pronto al Presidente de la Nación. *Perón era más alto de lo que yo pensaba y a mí me dio una mano fofa* —le confesó un día Murena a Fernández—. *Pero la sonrisa gardeliana te partía en dos: se inclinó sobre Nerina y le besó la oreja, y poco faltó para que ella entrara en trance*. A ella todos la conocían, y Murena trataba de recordar a qué se dedicaba. Observó espantado que, cuando el General se retiraba rodeado de matones, Nerina se unía al agasajo y cantaba como todos la marcha peronista. La despidió en el bulín, volvió a Palermo, abrió el candado y regresó con su bicicleta a 1987.

Estaba agotado, y comprobó que, aunque habían pasado doce horas, no había transcurrido en realidad un minuto. La ansiedad no lo dejaba dormir y, por primera vez, pidió a Dios que la marea le devolviese a su amigo suicida, pero sus deseos no se cumplieron, y esa otra noche pedaleó solo por la izquierda. Tenía que contárselo a alguien, así que tomó en la madrugada un tren a Victoria. La puerta estaba entornada; pasó al taller arrumbado en polvo y aserrín, y se encontró con las máquinas de carpintero oxidadas e inservibles, con las maderas y los grabados, los muebles a medio terminar, los barnices y las telarañas.

Desembocó en un corredor de baldosas que daba a una cocina antigua y a una especie de comedor de techos negruzcos y mantel de hule, a un jardín trasero hundido en la maleza y, sobre todo, a una pieza lóbrega con mesita de luz, cama de dos plazas y hombre muerto. *Reguera* —pensó— *al fin ha cumplido*. Al acercarse, sus ojos tropezaron con un busto de yeso erguido sobre un aparador cuarteado: un Perón con gorra, charreteras y gesto adusto. Reguera estornudó y Murena pegó un grito. No estaba muerto, estaba de parranda. Lo cargó en brazos y lo puso bajo el agua fría. Buscó en las alacenas un poco de café, pero solo encontró un rollo de algas y un poco de cebada. Le habían cortado la luz y el gas, pero había una pava y un calentador con una gota de querosén. Le preparó una sopa de cebada y lo vio bebérsela, voraz y aterido, como si fuera un elixir. Mientras lo hacía, el profesor le preguntó por el busto de Perón, y Reguera, desconfiado y ofendido, declaró que aquella era la única de sus pertenencias que nunca había querido vender. Lucía en el vestíbulo de una escuela nacional cuando los gorilas llegaba destruyendo monumentos e imágenes peronistas, así que lo había cargado en brazos diez cuabras y lo había ocultado en el sótano de la casa de sus padres. Años después adornó algunas reuniones clandestinas, y varias veces había vuelto a la superficie, pero ante cada proscripción y cada dictadura Reguera hacía lo mismo: lo cargaba en brazos y lo escondía en algún aguantadero. *Ahora que ya nada importa, me hace compañía*, dijo el cadáver frotándose las ojeras. Murena intuyó que le mentía, pero igual lo puso al tanto de su última travesía y de su encuentro con el líder. Reguera se subía por las paredes. El profesor se percató de que su amigo estaba auténticamente aterrorizado y, con incredulidad, lo vio arrodillarse y rogarle que no volviera a tentar a su destino.

Pero era muchísimo más que una calentura. Murena volvió una y otra vez a Nerina, al desenfreno, a los bailes y a las galas, y trató de experimentar con sus propios límites. Se llevó una buena sorpresa cuando intentó traer de vuelta alguna prueba de sus viajes, como el protagonista de *La máquina del tiempo* había hecho con aquella rara flor del futuro. El objeto elegido (algún billete hallado en los bolsillos de sus antiguos trajes, un diario de época, la edición original de un libro) irremediabilmente se le perdía en el camino, y llegaba siempre a Ravignani con las manos vacías. Trató también de quedarse varios días en el pasado, pero cuando se agotaba determinado número de horas, un insoportable dolor de cabeza lo obligaba a regresar. Intentaba, finalmente, lo más difícil: cambiar el curso de los acontecimientos. Escribió, para *El Mundo* y para *La Nación*, varias cartas donde se advertían los resultados de tal o cual carrera de Fangio, los campeonatos que ganaría y perdería Racing, cómo terminaría la guerra de Corea, el nacimiento de la informática y los avatares, atrasos y adelantos que registraría la Humanidad durante el siglo xx. Pero las cartas se perdían en la burocracia postal, o eran

rechazadas en las redacciones por contener disparates. Una noche le pidió a Nerina que subiera a su bicicleta sin hacer preguntas y desandara los siete círculos, pero ella sufrió unos cólicos violentos y tuvieron que postergar el viaje. Exactamente lo mismo ocurrió en otras tres ocasiones, y Murena fue consciente entonces de varias cosas: ella era en 1955 de carne y hueso y él era un fantasma; nada podía cambiarse en el pasado porque aquella otra realidad era como una pantalla tridimensional y el profesor apenas una imagen proyectada. Y había olvidado esas vísperas felices de la ruptura porque algo horrible y traumático estaba por suceder. Es decir, había ya sucedido, y eso lo llenaba de culpa. Durante una de esas veladas en casa de Victoria Ocampo, Murena intuyó de golpe que aquel horror podía deberse a un crimen. Y el extraño sentimiento le llegó con una punzada de celos.

Buenos Aires era una fiesta, y militares, escritores y políticos libaban y conspiraban contra el régimen. Nerina se movía entre ellos con la misma soltura con que se movía entre los enemigos de la revolución. Todos la conocían y estimaban, y ella se unía a la feroz ronda de chistes sobre la depravación del tirano. Nada le costó a Murena reconocer, más tarde, a quien la festejaba en un rincón. Era un estanciero que escribía cuentos fantásticos. Se llamaba Bioy Casares, y ella lo llamaba «Adolfito». Joven, culto, rico y guapo. El profesor, con un vaso de sidra en las manos, los contemplaba a escondidas y no se atrevía interrumpirlos. Nerina estaba rara, como encendida, y el profesor dio por seguro que se entregaría al galán con premura si este llegaba a pronunciar su frase de guerra: *Madame, quítese el rouge porque voy a besarla*. Había algo de hipnótico en Bioy y algo de desfachatado en Nerina, y a Murena, como corresponde, se le subieron los colores a la cara. Fue esa noche cuando pensó en asesinarla, y al pensarlo dedujo que al final lo había hecho y el *shock* de esa abominación lo había sumido en la amnesia y en la obsesión neurótica de dar vueltas y vueltas, como un atleta senil, durante treinta años al escenario donde el único amor de su vida había tenido una auténtica oportunidad.

A la noche siguiente, para ponerla a prueba, se excusó con una jaqueca y la siguió sigilosamente hasta el cinematógrafo, donde ella entró sola y salió bien acompañada. Bioy la invitó a una lechería y a una larga tertulia que no terminó en nada, pero cuando se despidieron la besó en la boca. Nerina caminó por la sombra y se metió en un cuartel. Un soldado la acompañó por los húmedos jardines hasta un detal, y Murena la esperó boquiabierto. Al cabo de dos horas, Nerina salió a la vereda y subió a un trolebús. Murena se las arregló para llegar antes, meterse en la cama y hacerse el dormido. Cuando estuvo seguro de que ella entraba en sueño profundo, el profesor se deslizó fuera del cuarto, cerró la puerta y revisó en profundidad los cajones y la biblioteca. Detrás de la loza, descubrió una caja con papeles: el carnet de

afiliada, un papel firmado por el Partido Peronista Femenino, fotos sepia de sus padres (un contralmirante y una maestra) y tres medallas de tiro al blanco extendidas por el Círculo Naval. Dentro de un poemario de Lugones, encontró un manual de criptografía, y debajo de la cubierta de una novela de Salgari, una biografía técnica de la condesa Lydia Lova, quien en 1940 había sido reclutada en Francia para sabotear la ocupación del Tercer Reich. La condesa era, como Nerina, rubia, hermosa e inteligente, y usaba sus atractivos para infiltrarse entre los nazis y manipularlos como a muñecos.

Murena, una vez más, no podía creer lo que veía: tomó un trago para serenarse y se vistió con lentitud. Cuando cruzó la calle para volver a los rosadales, sospechó de un civil que montaba guardia en la esquina. Al pasar a su lado, las facciones le resultaron familiares, pero recién cuando llegó a Ravignani y se tropezó en el umbral con Reguera enfundado en su gabán raído, estuvo completamente seguro. *¿Qué hacías vos en 1955?*, lo increpó tomándolo de las solapas. Reguera no parecía sorprendido. *Cualquier cosa puede pasar si seguís con este juego*, le dijo: estaba borracho. Murena masticó tres genioles y se tiró en su sofá, lloró un rato y se quedó dormido. Reguera se había marchado; no volvió a verlo con vida. Solo escuchó su voz en sueños: *Nerina es infiel, salvaje, peligrosa, intensa, maravillosa e inasible. Nerina es el peronismo, amigo mío. No vuelvas.*

Pero el profesor volvió, y no una sino muchas noches de aquel año luminoso y siniestro. Ya no quería ser joven y potente, ni siquiera pretendía a esa altura ser un hombre feliz. Todo lo que Murena deseaba era saber quién se escondía realmente detrás de Nerina; qué ocultaba, por qué y para quién espiaba, y cuándo terminaría por asesinarla de un balazo. Una grieta parecía haberse abierto en su amnesia. Y por esa grieta entraba una luz y una detonación. La bala atronaba en su oreja y empujaba el cuerpo de Nerina hacia el vacío. Murena quería también evitar lo inevitable, porque la amaba y perdonaba, pero los días y las recepciones oficiales y las reuniones conspirativas, los lances de Bioy y la ambigüedad de una traición, y los dolores de cabeza propendían al infinito y lo nublaban.

Dos días antes del golpe, esas nubes se transformaron en nieve. El 6 de julio había nevado en Lomas de Zamora, en Temperley y en Adrogué, y el 18 de setiembre un trasnochado locutor radial anunció una nevada metafórica que nunca llegó. El profesor juntó coraje: *¿Vas a matar a Perón?*, le preguntó sin entenderse a sí mismo. *Vamos a matarlo juntos*, le respondió ella, seria y lúgubre. Al segundo siguiente estalló en una carcajada, y Murena se obligó a acompañarla en el brusco sentimiento. Rieron hasta que la lluvia reemplazó a la nieve prometida, y entonces se vinieron abajo juntos el amor, la ilusión, la aberración, el régimen, la omnipotencia y el cielo. Lloraba la ciudad sitiada, los generales negociaban con los rebeldes a bordo del crucero *General*

*Belgrano* y Córdoba vivaba a la patria. El teléfono del bulín no dejaba de sonar. Nerina, verborrágica, trocaba en pena o en alegría según la facción a la que perteneciera su exaltado interlocutor. Cometiéndolo un sincericidio, el profesor le relató por fin su viaje a través del tiempo, sus treinta años de desamor y de hueco existencial, y sus sospechas sobre el más negro de los desenlaces. Ella, distraída, le respondía con monosílabos y se cosía una falda. Hacían el amor, pero sin entusiasmo, con las sinfonías sacras y los comunicados alarmantes de Radio del Estado como siniestra música de fondo. Mientras ella dormía, él regresaba a su insomnio de Ravignani. Su vida, en el presente, se había destrozado: faltaba sin aviso a las matutinas clases de castellano y a las vespertinas lecciones de ajedrez. Tomaba copas de ginebra en el Montecarlo, sin lograr espantar el dolor de cabeza, y volvía no bien caía el sol. Día por medio, Nerina lo esperaba en el lago, pero esa última noche faltó a su cita. Murena encontró la llave en la maceta, abrió la puerta del departamento y alcanzó el teléfono que sonaba y sonaba.

Era Atilio Renzi, el mayordomo de Perón. Nerina no estaba. Renzi preguntó si podía dejarle un mensaje: *Embarca a las 9:45 en el puerto de Buenos Aires, sé que Nerina va a querer despedirse y que le va a dar una enorme alegría*. Se agradecieron con mutua diplomacia, y el profesor buscó en la agenda el nombre de Bioy Casares: había dos números, uno en tinta negra y otro en tinta roja. Marcó el rojo, y Adolfito atendió con voz insegura. *Deme con ella*, le ordenó Murena. Bioy ensayó una confusión y una mentira; el profesor se la desarmó con una ronca puteada. Bioy cortó, Murena llamó de nuevo. Veinte o treinta timbrazos, hasta que Nerina levantó el tubo y dijo una frase hecha: *No es lo que vos pensás*. Murena se echó a reír. Una comedia argentina de teléfono blanco. Para salir de la situación, ella preguntó por Renzi; él pasó mecánicamente el mensaje. Se hizo una especie de silencio. *Quedate en casa: está lleno de niebla y vos no entendés nada de nada*, escuchó que Nerina le ordenaba con desconocida firmeza y con una insólita autoridad moral. Quiso volver a comunicarse durante toda la madrugada, pero siempre daba ocupado. Se tomó un *whisky* triple y anduvo masticando las horas infieles en la oscuridad. A las ocho, se puso el piloto y salió a caminar.

Lloviznas oblicuas y charcos inmensos lo mojaban, pero Murena no sentía la humedad ni el frío. Caminaba por transversales hasta el río, cubierto por el resentimiento, la soledad y la neblina. Se refugió bajo un alero y vio las sombras de dos buques mercantes de bandera inglesa y brasileña, y en el medio un barco de guerra paraguayo. Había movimientos y ruidos de cadenas, pero Murena no veía porque no sabía mirar. Paseó sin rumbo fijo y retrocedió hasta la entrada del puerto. Consultó su reloj pulsera pero tenía la hora del futuro: era de día en el pasado, y de noche en el presente. De pronto,

el profesor levantó la vista y el Cadillac salió de la nebulosa, cruzó a cierta velocidad una franja de agua que obstruía el paso y el motor mojado tosió hasta pararse en seco. El chofer trató de reencenderlo, pero falló, y entonces Murena vio que el pasajero se bajaba y le pedía ayuda a un muchacho soñoliento al volante de un colectivo vacío. El profesor y el muchacho, desde ángulos opuestos, lo reconocieron en el mismo instante. El colectivero enseñó los dientes y levantó los brazos; Perón le devolvió el saludo peronista. El colectivo remolcó al Cadillac y este, exudando agua y vapor, zigzagueó por la dársena. Murena lo seguía de lejos cuando de repente se tropezó con Nerina. No fue un tropiezo de cuerpos sino de miradas. Ella esperaba, a cien metros, con las solapas levantadas de su impermeable gris. Murena tardó cuarenta segundos en acortar las distancias, pero en ese lapso descubrió que ella no cargaba un paraguas cerrado sino una enorme Colt 45. Había desesperación y furia en los ojos de Nerina, y el cañón le apuntó directo al pecho.

Nadie podía verlos ni oírlos, en principio porque no había casi nadie y, en segundo lugar, porque los protegía la lluvia atronadora sobre los techos de cinc y el alto muro de un galpón. Pero Murena se veía y se escuchaba a sí mismo, cosido a balazos, y veía desde 1987 esa cara ovalada y ese pañuelo de seda azul que a ella le ocultaba el pelo. Solo el arma y la expresión parecían completamente nuevas para el atribulado profesor de ajedrez de Fernández. Nerina, como toda mujer, era un juego de cajas chinas; Perón subiría en un minuto por la planchada de la cañonera, y Murena se dio cuenta de que habría mate en tres jugadas, y que la partida estaba perdida de antemano.

Su novia, convertida de golpe en Marlene Dietrich, parpadeó y por un momento pareció que la dominaba el espanto: un piano de cola le cayó al profesor en la cabeza y una bomba le explotó en el cerebro. Un siglo después abrió los ojos y seguía lloviendo, pero la impotencia lo cegaba. En un relámpago entrevió una pistola plateada con cachas de nácar y le pareció escuchar un disparo, pero llovían agua, lágrimas y sangre, y todo menos un tremendo dolor de nuca le daba vueltas y vueltas.

Dos siglos después, volvió a despertar del letargo, se arrastró dos centímetros y volvió a desmayarse. Cuando finalmente logró encuadrar su vida, resulta que estaba boca arriba y que su novia muerta y rediviva ahora yacía muerta para siempre: tenía un pequeñísimo orificio negruzco en el corazón, su cuerpo estaba roto y había perdido un zapato. Murena se incorporó, rebotó y cayó de rodillas, la levantó como si fuera una Virgen María y la estrechó contra su cuerpo. Quería gritar y llorar pero no conseguía siquiera destornillar su quijada, y hacía entonces todo lo que podía: la hamacaba en el desgarró final. La demolición en cámara lenta de un edificio de veinte pisos le sucedía por dentro.



Luego tampoco recordó las secuencias que siguieron, calcula que trató de moverla y que lo abandonaron las fuerzas y la lucidez, y que caminó como un zombi por arrabales y que se encontró a sí mismo, horas más tarde, en el banco del Rosedal. No había mariposas ni polillas, pero su nave permanecía anclada junto al poste y la llavecita del candado dormía en el fondo de su bolsillo. Montó despacio y pedaleó como si pedaleara engripado en un lodazal hasta que el tránsito de 1987 lo llenó de evidencias. Se apeó entonces con mucha concentración, empujó la bicicleta al lago y se puso a contemplar el espectáculo de su lento hundimiento.

No pasó por su casa, siguió de largo en tren y volvió a encontrar la puerta entornada de los talleres de Victoria. Repitió, desangelado, el mismo clima y el mismo camino, y encontró el mismo muerto sobre la misma cama. Sin embargo, tuvo el presentimiento de que algo profundo y frío había cambiado. Lo primero que vio fue la rosa. Y tuvo un estremecimiento. Pero luego se quedó alelado con la curva. La rosa era una estampilla roja, un vómito sangrante sobre la almohada amarillenta, colocada por la lógica de la providencia a cinco centímetros de la sonrisa abierta y petrificada. La curva hacia arriba era, en cambio, un detalle inesperado y perturbador, y en ese mismo momento Murena se propuso descifrarla, como si las expresiones de la muerte pudieran ser traducidas con éxito al mundo de los vivos.

Sobre la ajada mesita de luz, el profesor descubrió un vaso con una sustancia macrobiótica y seguramente venenosa, y debajo del vaso, un papel con dos signos del Zodíaco y unos versos irregulares e irónicos (*perdón y gracias, perdón y atento: la organización vence al tiempo*), y una orden política: *¡Destrozá de una vez a ese viejo farsante!*

Reguera estaba duro como una piedra, y al profesor se le ablandaban los huesos. Se quedó un rato sentado en la cama del finado, inclinado sobre sus propios nudillos, y luego fue hasta la cocina y se lavó la nuca amoratada con el agua helada de la canilla del piletón. Miró desde la ventana trasera la maleza que ahogaba el jardín y recordó milagrosamente el instante exacto en el que había conocido a Reguera: le había tocado el codo en el bar Montecarlo, se había presentado como matemático y le había magueado un contacto para trabajar en el colegio León XIII, de Arévalo y Crámer. Parecía intrigado por la amnesia selectiva del ciclista, quería congraciarse con él y acaso pagar alguna culpa. A Murena le había caído bien aquel perdedor extrañamente culposo, y como alguien les había suspendido —alguna vez y en algún tiempo que no podían precisar— la capacidad de sorpresa, fueron amigos sin sorprenderse de las increíbles circunstancias que el destino les iba deparando.

Murena se dio cuenta de que nada importante —ni su amante ni su amigo ni su bicicleta— había quedado en pie, y una corriente ácida le inundó el estómago, le subió por la tráquea y le sacudió los hombros. *Destrozá de una*

*vez a ese viejo farsante.* Buscó una herramienta con que hacerlo, y encontró sepultado en el aserrín un herrumbroso martillo de carpintero. Se acercó al busto del General, le sostuvo la mirada y le descargó con toda su furia un golpe cenital y definitivo.

Entre los pedazos de yeso, sobrevivía al óxido y al polvo, al olvido y a los remordimientos, aquella inocente y aséptica pistola plateada con cachas de nácar con la que su mejor amigo había matado, el 20 setiembre de 1955, a la frustrada asesina de Perón, a la eterna mujer de su vida.



7

## **Lindísima Amapola**



**F**rangolini siempre bromeaba sobre su gran temor: terminar sus días en el geriátrico de la calle Bonpland, que el dermatólogo y el periodista visitaban de tanto en tanto para ver cómo se extinguía el profesor Murena. No se trataba de un sitio tétrico ni arcaico. Era una antigua mansión de dos plantas con jardín al fondo, gimnasio, biblioteca y habitaciones individuales. Cecilia, aquella bailarina de tango que suspiraba por Leno y que cantaba como los dioses, iba los fines de semana a deleitar con sus canciones a los viejos, a tocarles la guitarra y a sacar algunos morlacos. Frangolini tenía varios amigos y pacientes longevos en esa casona, y Fernández se había obligado moralmente a darse una vuelta por allí dos o tres veces por año para despuntar el vicio: Murena tenía ahora más de noventa años pero seguía siendo un gran ajedrecista. Desde que había tenido un accidente cerebrovascular caminaba con un andador, pero su habilidad con las fichas y los tableros seguía intacta. Fernández lo encontraba siempre bajo una magnolia estudiando una jugada o venciendo a un compañero. Desde los supuestos acontecimientos que él mismo había narrado varias veces bajo ese mismo árbol y frente a esas mismas fichas, su cuerpo se había desmoronado y sus facciones habían retrocedido. Fernández recordaba la primera vez que habían hablado de Nerina. La conversación había durado seis horas, y eran tan intensos el tono compungido y la elocuencia de Murena que el periodista no se había permitido siquiera la incredulidad. Salió del geriátrico creyendo que el profesor decía la verdad y anduvo con esa sensación absurda durante mucho tiempo. Luego, un día aceptó que Murena tenía Mal de Alzheimer, arterioesclerosis o algo por el estilo, y que su relato merecía otra novela que él era incapaz de escribir. Sin embargo, en la alta noche, cuando tenía insomnio y estaba completamente solo a merced de sus pensamientos, o cuando simplemente se enfrentaba con las ideas metafísicas que de vez en cuando nos asaltan si seguimos empeñados en entender cuál es el sentido de la vida y cómo funciona el universo, Fernández se preguntaba con vergüenza y escalofríos: *Che, ¿y si fuera cierto?* Después, en la mañana, o cuando el mundo real se le metía atropelladamente en la vida, descartaba todo de plano y se reía de sí mismo.

Hacía rato que no charlaban del asunto. Jugaban dos o tres partidas, y después Fernández le regalaba una novela histórica. Dos días después de

aquella tormenta que transformó ese junio pegajoso en una heladera, el periodista le propuso a Milagros que fueran a verlo. A propósito, Fernández forzaba ante ella la chance de que Murena hubiese descubierto una puerta hacia los mundos pasados. La mexicana, que era extremadamente inteligente, no lo tomaba en serio, pero se apoyaba en esa presunta creencia para contarle las diferentes teorías del alma en las religiones que había estudiado. Los sucesos inexplicables en la historia espiritual del mundo y los descubrimientos esotéricos que la ciencia negaba.

Murena le posó los ojos marrones y sonrió con levedad al verla. Fernández, al presentarlos, le contó lo que la fotógrafa se proponía hacer en Palermo, y el profesor le preguntó si sabía jugar al ajedrez. *Un poco*, respondió ella, y eligió las blancas. Murena tuvo la cortesía de perdonarle muchos errores y de dilatar una tenida que habitualmente hubiera liquidado en segundos. Ella miraba los alfiles, los caballos y las torres, y movía con lentitud y duda. Él movía sin fijarse en el tablero y sin dejar de contemplarle el pelo brillante y los rasgos aindiados. Fernández le había traído una novela de Patrick O'Brien y le estaba narrando las últimas travesías del capitán Aubrey cuando Murena le preguntó, sin apartar la vista: *¿Le contaste cómo perdí a Nerina?* Los ojos grises de Mili se alzaron, relampagueantes: *Sí, cuánto lo lamento*. Murena bajó por primera vez la mirada y adelantó su reina. *No me cree, Fernández, no sé para qué la trajiste*. La impunidad de los viejos, pensó Fernández. La mexicana se había quedado cortada al medio. *Juegue* —le ordenó Murena—. *Le hago mate en tres*. Milagros respiraba como si estuviera alterada u ofendida, o como si tomara impulso para decir algo. Fernández se dio cuenta de que no podía intervenir, y no intervino. Ella bajó su pierna, tomó su mochila, tiró el rey sin mirar el tablero y atravesó el jardín. El periodista sentía un extraño regocijo que no podía explicarse. Su viejo profesor de ajedrez se sonó la nariz con un pañuelo pulcro de tela y le advirtió: *Tené mucho cuidado, yo sé lo que te digo*. Fernández iba a preguntar de qué debía cuidarse pero se detuvo, le entregó el libro, le acarició la cabeza y tomó por el mismo camino de la *Guapa*, temiendo que se le escapara. Eso no era posible. Mili estaba en la galería y apuntaba con su Canon Mark III a la magnolia y al ciclista del tiempo. Apretó diez o doce veces desde distintos ángulos, y después disparó contra una anciana que regaba flores. *Esa es Nerina*, decidió y salieron juntos a la calle Bonpland, anduvieron en silencio varias cuadras y se tomaron una copa en un *pub* irlandés.

Siete semanas y media de idas y venidas, de besos frustrados y declaraciones elusivas con mucho ruido y pocas nueces, con charlas profundas pero jamás personales y caminatas románticas sin manos y sin romanticismo. Cincuenta y cuatro días de leyendas urbanas e historias antiguas, de rastrillajes y preguntas y fotos y más preguntas y más fotos y

callecitas y vecinos y narcolepsias y ocasionales cefaleas e interminables conversaciones nocturnas en los umbrales. Casi dos meses de cuadernos garabateados en el bar Montecarlo y de crónicas con nombres cambiados que se iban apilando en el escritorio de Patricia Masquelet sin que la editora diera muestras de haberlas leído o de haberse formado una opinión sólida sobre ellas. *No las publico porque no son crónicas de Palermo* —le diría por fin una noche en el dúplex de Dorrego—. *Son capítulos de una novela todavía inconexa. Y acá no pagamos por literatura.* Se lo dijo delante de la mexicana, que Fernández había llevado de sorpresa para presentarla en sociedad. No se cayeron bien, y al promediar la comida, Fernández se dio cuenta de que las dos hembras se medían con astucia, como si fueran a morderse. También percibió que aquella hostilidad contenida nada tenía que ver con los celos. No peleaban por él, peleaban entre ellas.

Cuando Patricia entendió que a Milagros le molestaba hablar de su vida en México y de su propia historia, comenzó a hundirle el escalpelo. El juego del gato y el ratón duró quince minutos, y terminó con la declaración de otra jaqueca. Fernández acompañó a la *Guapa* hasta el hostel y ella lo despidió rápido: *Tu jefa me odia*, le dijo con un beso en la cara. Y se marchó dejándole la palabra en la boca.

Para entonces ya sabía Fernández que estaba perdido. A las siete semanas y media de haber conocido a Mili, un día hizo lo que nunca: se miró detenidamente en el espejo del pasillo y no se reconoció. Tenía la cara tostada pero cadavérica. El sol de los largos paseos no le había borrado las ojeras. Toda la ropa le quedaba grande y se le caían un poco los pantalones. En su dormitorio se desnudó para observarse de cerca y después, con espanto, comprobó que los agujeros de los cinturones ya no eran suficientes, así que calentó en la hornalla la hoja más delgada de la tijera y con ella al rojo vivo abrió dos nuevos orificios que le sostuvieran los lienzos.

Al espejo había llegado por una maldad que Masquelet le había formulado en plena redacción, como al pasar: *¿Tenés cáncer?* Por alguna razón estaba muy enojada con su protegido. Tal vez por las ausencias cada vez más notorias o porque su jefa adivinaba lo que estaba ocurriendo. O porque le indignaba que Fernández se aprovechara de su amistad: a cualquier otro redactor ausente o esquivo Patricia Masquelet lo hubiera puesto de inmediato en vereda con un par de gritos. En cambio, con Fernández no podía. Solo podía joderlo. *¿Cáncer?* No. Tenía que aceptarlo. Muy a su pesar se había enamorado de aquella flaca con tetitas que lo hacía desear y que lo tenía en un puño. Los síntomas le daban rabia pero eran inequívocos: a Fernández no le interesaba gran cosa el trabajo, sentía todo el día un sable en el esófago, no tenía apetito y solo pensaba en una cosa. En aquellos ojos grises. Ahora bien, el descubrimiento de lo evidente le parecía devastador: *¡Cómo puede*

*pasarme esto a mí, carajo!* Se puede estar de vuelta de la guerra pero no se puede estar de vuelta del amor. Por más que estaba curtido y que había visto y escuchado tantas historias de corazones desatados, y las había escrito con un toque de escepticismo superador, la verdad es que el amor lo sorprendía en paños menores, mal parado; tan vulnerable, anhelante y ridículo como cualquiera. Y era como si los personajes cómicamente sufrientes de sus cuentos, los que se habían metido hasta el caracú, los que habían llorado y habían vivido encuentros clandestinos e ilusiones vanas, se estuvieran matando de risa con esta dulce venganza. Con este pobre desgraciado que se las daba de experto en amores ajenos y que ahora probaba su propia medicina.

Quiso distraerse del punto empuñando su hipocondría, y se realizó un chequeo general en busca de cáncer, sida, pancreatitis y peste bubónica, pero solo le sirvió para confirmar que la enfermedad que lo estaba consumiendo venía de México.

Casi borracho, enojado con el maleficio, esa misma noche de la confirmación le pidió a Milagros que lo dejara pasar a su cuarto. En los umbrales del hostel, los ojos grises se endurecieron. *Quiero ver tu trabajo*, agregó Fernández para diluir sus intenciones. Mili pestañeó tres veces, muy lentamente, como si estuviera sopesando los peligros, y luego asintió despacio y se hizo a un lado.

Atravesaron juntos el patio silencioso y perfumado, y entraron en una pieza amplia de techos altos con cama de plaza y media, silloncitos y mesa ratona, un pequeño escritorio con *notebook* encendida e impresora láser de color, y decenas de fotos almacenadas en la computadora, bajadas rudimentariamente a papel de resma y pegadas con cintas de pintor sobre las cuatro paredes.

Con la llave en la mano, cruzada de brazos y en actitud de tránsito, la *Guapa* lo dejó husmear sin invitarlo a que se sentara. El periodista, con las manos en los bolsillos, recorrió las imágenes sin hacer comentarios. Había retratos de ancianos, escenas microscópicas robadas al Montecarlo y al Maldonado y también al club Palermo; un pescador furtivo en el Regatas, un *jockey* acariciando los belfos de su yegua, un profesor de pintura dando indicaciones, un encuadre con gran angular de la cúpula estrellada del Planetario y muchas fachadas y veredas vacías con más historia que relieve. *Sos bastante buena* —dictaminó sin mirarla, girando la cabeza para ver desde otra perspectiva un paisaje con empedrado—. *Y no lo digo porque me esté enamorando de vos, eh. Lo digo porque conozco el oficio. Me pasé la vida entre colegas. Sé muy bien cómo les funciona el ojo, aunque te confieso que nunca entendí del todo cómo tienen organizada la cabeza.* Milagros no le respondía, y Fernández avanzaba contemplando todo de cerca. De repente,

algo le llamó especialmente la atención. No era una foto sino un retrato a lápiz. El perfil altivo y bello de una mujer desnuda. Un medio cuerpo en sombras con una dama de rasgos europeos, ojos brillantes y pezones pequeñísimos. Era un trazo esmerado pero mediocre, una muestra de arte menor, con la firma N. desparramada lánguidamente al pie. Y pegados a un lado, tres bocetos donde el artista había dibujado experimentalmente los detalles de la mano, del brazo y del cuello antes de rematarlos en el cuadro sin marco que dominaba la escena. N. había practicado primero los detalles, que siempre son tan difíciles, y solo después los había aplicado al dibujo completo. Fernández se puso los bifocales para examinar mejor el conjunto, y entonces descubrió que los bocetos tenían parentesco con la mujer: eran su mano, su brazo y su cuello, pero pertenecían a otra posición, no encajaban en la pieza general y acabada. *Qué raro —dijo—. Por un momento pensé que eran bocetos del cuadro, pero solo son bocetos de la misma mujer. ¿La habrá dibujado muchas veces?*

—Muchas —oyó que le respondía Milagros—. Estoy segura de que muchas.

Algo nuevo traía su voz. Un tinte dramático que Fernández no le conocía y que lo obligó a volverse y a quitarse los anteojos. Milagros estaba sentada en la cama y lloraba sin pucheros y sin ocultar las lágrimas. Se iba en llanto sordo, pero con la cara inmutable. Fernández se arrodilló frente a ella e intentó abrazarla. Pero Mili lo madrugó agarrándole la cara con las dos manos y diciéndole: *Te mentí. Vine a buscar a un hombre. ¿Y yo qué soy?*, estuvo a punto de repreguntar, pero ella enseguida llenó los puntos suspensivos: *Vine a buscar al hijo de puta de mi padre.*

Presuntamente, el hijo de puta de su padre se llamaba Luis Durmas y era argentino. Milagros no había viajado a Buenos Aires por ninguna otra razón que para encontrarlo. *Verás que se trata de una historia parecida al asunto de tu abuelo ebanista*, dijo luego de llorar cinco minutos seguidos en su hombro. Ahora preparaba un té para dos y mojaba kilómetros de pañuelos descartables. Una parte de Fernández le seguía los gestos y las oraciones con angustia y expectación. Otra parte trataba de pensar ligero en cómo sacar partido. Una última parte, escondida muy dentro y postergada, trataba de elaborar el hecho innegable de haber sido engañado y manipulado por esa mujer que lloraba y lloraba. A veces las mujeres que llevan máscara, cuando se la quitan lloran para protegerse. Lloran porque saben que las lágrimas son inexpugnables y porque los caballeros tiernos no resisten ver a las damas en ese trámite íntimo y penoso. Fernández también lloró, pero lo hizo cuatro horas más tarde, cuando llegó a su casa y quiso tomarse un *whisky* para digerir los malos sentimientos: no pudo abrir la botella, se le resbaló de las manos, cayó estruendosamente al piso y estalló en mil pedazos. Y él, completamente sacado, pegó un puñetazo en la pared y se despellejó los



nudillos. Limpió todo con paciencia, recogió los vidrios, se lavó con alcohol fino la herida, se vendó con un pañuelo de mano, se acostó en el somier y entonces sí, entonces se puso a llorar como un imbécil.

Durmas era un calco modernizado del viejo asturiano que había abandonado su familia a la hambruna de la posguerra española. Hacía treinta años, el padre de Mili era un peregrino maduro y solitario que trabajaba en la administración de un hotel cinco estrellas de Los Cabos, pero que en sus tiempos libres dibujaba peces, barcos y rostros de personas. Afirmaba ser viudo y carecer de hijos, y se había aficionado a las camareras, que no eran especialmente bonitas. Salvo, claro está, una entre todas: Mercedes, la reina maya que limpiaba habitaciones y *bungalows*. Mercedes venía de un poblado ignoto, de la pobreza y del analfabetismo, pero Durmas quedó prendado de su piel. La vida verdadera no es muy original: Mercedes quedó embarazada y el galán cosmopolita de ojos grises le pidió que se hiciera un aborto. Como la madrecita era católica fervorosa se negó y entonces el argentino renunció en secreto a su trabajo y se escapó una noche. Mercedes estuvo seis meses echando panza y sufriendo la soledad y el desamparo, apoyándose únicamente en sus compañeras de limpieza, y a la buena de Dios. Pero Durmas, como el ebanista, regresó un día, pidió su antiguo empleo y aceptó alquilar un cuarto en una posada de los suburbios y hacerse cargo del paquete. Le dijo que estaba arrepentido y que se había dado cuenta de que la quería. Hasta se casaron por iglesia. Mercedes dio a luz a un varón, el hermano mayor de Mili. Y volvió a quedar embarazada. Hubo cuatro hijos en seis años. Mili era la chica del medio. Todavía recordaba, aunque borrosamente, las ausencias de su padre y su voz enojada y terrible. Las ausencias no obedecían a nada, como no fuera a sus amantes, y los gritos en casa se debían a su mal carácter y a que Mercedes le recriminaba sus infidelidades. También recordaba Mili que Durmas podía ser cariñoso y que a ella le gustaba verlo, desde la cama, dibujar en las traspasos aquellos barcos, aquellos peces y aquellos rostros seductores de mujeres extrañas. Vivían los seis encerrados en cuartos de pensiones de mala muerte, y siempre se estaban mudando. Los sueldos del hotel eran magros y Durmas estaba acostumbrado a gastar en juergas.

El conflicto se ahondó cuando en la administración del hotel cinco estrellas llegaron a la conclusión de que Milagros y otras dos cometían pequeños hurtos. Juró durante años la mamacita que se trataba de un infundio, pero el asunto terminó con investigación y despidos múltiples. Al principio, para no quedar pegado al escándalo, Durmas ni siquiera intentó defenderla. Poco después, cuando la mishiadura empezó a sentirse en casa, el dibujante los llevó a todos de pícnic a la playa, y a media tarde les dijo que debía volver al hotel para cubrir a un compañero. Cuando Milagros y sus

cuatro hijos pequeños llegaron a la pensión, descubrieron que el malparido se había marchado. Había metido toda su ropa y sus obras en dos maletas, había robado chucherías y se había llevado hasta el álbum de fotos, como si no quisiera dejar absolutamente ningún vestigio de su paso por México. Todos entendieron: se había escapado a la Argentina sin dejar notas y sin dar explicaciones. Se había escapado para siempre.

Luego un compañero de copas le dio a Mercedes unos objetos que Durmas había olvidado en su casa: una foto de joven en la Plaza Falucho, un disco del Trío Los Panchos y Gigliola Cinquetti, y cuatro bocetos: uno de un bergantín y aquellos tres dibujos con la mano, el brazo y el cuello de una mujer. Algunos años después, ese mismo compañero le confesó a Mili que Durmas se lo pasaba hablando de una dama argentina: Amapola. Gigliola cantaba, con aquella voz increíble: *Amapola, lindísima Amapola, será siempre mi alma tuya sola. No seas tan ingrata y ámame, Amapola. Amapola, ¿cómo puedes tú vivir tan sola?* Mili creció odiando a su pinche padre y a la pérfida mujer que les había saqueado el hogar, y a ese triste bolero aterciopelado que escuchaba de vez en cuando mientras se fumaba un porro.

La historia tenía golpes bajos. Pero en ellos radicaba la diferencia entre el rencor de una simple hija abandonada y el odio ciego de una familia entera condenada al infortunio. Desacreditada por un robo que no había cometido, abandonada a su suerte por su marido y con cuatro hijos chicos que no podían salir a trabajar, Mercedes hizo de todo hasta que un conserje le propuso poner su foto y sus señas en el *book* de un hotel. La madre de Mili ejerció la prostitución durante varios años, ante los ojos primero negadores y luego abiertos y dolientes de sus hijos. Uno de ellos murió en un accidente, otro cruzó la frontera y se ganó el pan como fontanero en San Diego, y Benita, la más pequeña, se casó con un gringo y no la veían desde hacía rato. Solo Mili se había quedado con su madre en el Distrito Federal, y la había visto morir en la más seca y callada de las amarguras. Su paso por las religiones orientales había persuadido a la *Guapa* de que algún tipo de justicia divina alcanzaría alguna vez a Luis Durmas, o como se llamara ese grandísimo hijo de la chingada. Porque varios amigos y algún pariente habían viajado a Buenos Aires y habían intentado localizarlo inútilmente. Ninguno de los escasos Durmas de la guía telefónica era el susodicho, y nadie había podido averiguar nada. Era como buscar una hebra de lana en una hilandería.

Mili, en cambio, siempre había sido remisa a rastrear su origen, y cuando ya era demasiado tarde, y tenía dinero propio, eludía prolijamente ese destino maldito. Cambió de opinión cuando, cinco meses después de haber sepultado a su madre, una amiga que venía de Buenos Aires le trajo una baratija que había comprado en el barrio de Palermo, a cinco cuadras de la Plaza Falucho. La había comprado porque recordaba aquellos bocetos que Mili le había

mostrado en su adolescencia, cuando las mujeres se cuentan las unas a las otras la vida entera. Los bocetos que tenía efectivamente no encajaban con el dibujo, pero los trazos eran parecidos. Con una lupa en su mano, Mili le demostró a Fernández las similitudes de aquel artista callejero. *Sé algo de arte* —le recordó—. *Es él.* Fernández volvió a mirar la dama dibujada, y fue como si la viera por primera vez: tenía el pelo larguísimo y trenzado, y los labios llenos y la mirada altanera y sensual. *Amapola*, murmuró. Mili asentía: *¡Las veces que la habrá dibujado!* Tomaron en silencio el té sin apartar la vista de los dibujos.

—Estoy segura de que él ni siquiera usa el mismo nombre —dijo la *Guapa* colocando la taza sobre el plato—. ¿Me ayudarás a encontrarlo?

—¿Para qué?

—No lo sé —dijo ella sonriendo por primera vez en toda la noche—. Porque lo necesito. Necesito verle la jeta y pedirle una explicación.

—Una vez le preguntaron a mi abuelo por qué había abandonado para siempre a su familia. ¿Sabés lo que respondió? «Porque siempre hice lo que quise». Así de simple, sin misterios.

—Mi amiga le preguntó al puestero a quién pertenecía el dibujo, y el muy pendejo no supo responderle. Le dijo que había muchos artistas callejeros y que esas piezas se vendían y revendían, y que nunca había oído hablar de N. Preguntó a todos sus compañeros de Plaza Italia, y nada. Nadie sabía nada.

—Me imagino que durante estas semanas vos también preguntaste.

—Fue lo primero que hice.

—Como te habrás dado cuenta, Palermo es más grande que muchas ciudades europeas. Y además no hay certezas de que tu viejo esté vivo.

—Está vivo. Nos arruinó la vida y está vivo.

—¿Por qué no me dijiste todo esto desde un principio, Mili?

—Porque nunca le digo la verdad a los hombres —su voz titubeó—. Son traicioneros.

Mili lo besó por primera vez en la boca, y Fernández ni siquiera la vio venir. Lo tomó tan por sorpresa que no pudo devolverle el gusto. Milagros de nuevo le agarraba la cara con las dos manos; estaban sentados al borde de la cama. Ella respiraba como un animal perseguido, él estaba aturdido y anestesiado. *Pero ahora sé que puedo confiar en alguien*, dijo Mili; sus ojos grises eran dulces. Fernández parpadeó dos o tres veces, luego bajó la vista y al final se levantó y dio dos o tres pasos hasta la puerta. Al volverse para decir algo, vio que Mili se había quitado la camisa. Pero de inmediato se dio cuenta que era una ilusión óptica. Mili permanecía sentada, mirándose las manos.

Estuvo caminando dos horas por Palermo Hollywood, contemplando la luna de agua y absorto con los malos pensamientos del hombre engañado. Después llegó al departamento y trató de emborracharse y se hirió, y

finalmente se durmió en medio del llanto. Pero en la mañana se pegó una ducha y bajó hasta el Montecarlo con energía y raro optimismo. Previsiblemente, Mili lo estaba esperando frente a una jarra de cerveza y un platito de dados de jamón y queso. Con una mancha de espuma en el labio superior, le dijo: *Ni se te ocurra abandonarme*. Ahora Fernández la besó en serio, delante de todos, con los labios y con la lengua, y luego se limpió con la servilleta de papel, pidió un americano y dijo, mirando hacia la calle: *Vamos a encontrar a Luis Durmas, y vos te vas a casar conmigo*.



# 8

## Objetos perdidos



**H**abía un sujeto en una isla del Tigre que vivía rodeado de fierros y antigüedades. Era bajito y roñoso, y calzaba unos anteojos de carey remendados con cinta adhesiva. Se llamaba Miura, y lo seguían siempre cinco perros malos. Miura pasó tres años en la cárcel por hurto, y más tarde, en reincidencia, otros cuatro por defraudación y estafa. Tenía una casa caótica y sucia, y detrás, un galpón ominoso que parecía un mercado de pulgas. Compraba, arreglaba y vendía todo tipo de cosas, y mientras trabajaba con lupas, sopletes, pinceles y martillos, escuchaba atronadoramente óperas y música clásica. Era bastante rutinario: por las noches estudiaba historia y arte en libros de su propia biblioteca, cumplía las rutinas del radioaficionado y jugaba ajedrez a la distancia con navegantes aburridos.

Miura había traficado en el pasado obras de arte robadas, y nadie sabía si había abandonado del todo ese oscuro negocio. Lo único cierto era que se lo conocía en las ferias de artesanos, entre los muebleros y los galeristas, entre los martilleros y los coleccionistas, y sobre todo entre los anticuarios. Cuando alguien del ambiente buscaba algo en la ciudad y sus alrededores, solía llamarlo por teléfono. Miura era una especie de detective de los objetos perdidos. Había rastreado durante meses cuadros, muebles y efectos personales de familias acomodadas, y era un experto en genealogía.

Fernández lo había frecuentado en sus tiempos de cronista policial y había incluso fantaseado con escribir un libro sobre su vida. Pero a poco de andar se había percatado de que si llegaba a publicar la verdad, aunque más no fuera desdibujando las circunstancias y cambiando los nombres, corría el riesgo de que Miura fuera a buscarlo con su Luger de 1944 y le abriera un agujero en la barriga. Miura tenía mal genio y era temible.

Le constaba, por confesiones de distintos anticuarios de San Telmo, que aquel pequeño personaje había vivido intrincadas pesquisas y había encontrado lo que nadie imaginaba. En los noventa, una gerente de un grupo inversor español había llegado desde Madrid para pedirle que buscara dos pistolas de chispa, en caja de caoba, que habían pertenecido a un pariente de una familia distinguida de Cádiz. Le puso delante un cheque abultado de parte de los accionistas, y Miura dejó todo para buscar las pistolas. Era una larga historia. Parece que Miura, luego de varios meses, descubrió que el pariente perdido había muerto en un duelo en los bosques de Palermo, a fines

del siglo XIX, y que su padrino había sido un Mansilla. Después de lucir en una distinguida casa de Buenos Aires, las pistolas pasaron por herencia a un jugador empedernido que las malvendió. Más tarde las compraron sucesivamente un armero y un decorador, y una de ellas se perdió en un incendio. Miura le compró la pistola sobreviviente a una maestra jubilada de San Antonio de Areco. Pagó cincuenta dólares. Y le cobró a la española veinte mil. Los gastos aparte. Tardó tres meses y se hizo una reputación en Europa. De hecho, a partir de ese entonces, les otorgaba prioridad absoluta a los europeos, porque pagaban en euros, y no daba abasto con el trabajo. Tomó de ayudante a un pintor cordobés que estuvo preso por haber falsificado un Quinquela, y también a un excrítico de arte que alguien despidió de una redacción por corrupto: cobraba quinientos pesos para hablar bien de una muestra, de una obra o de un artista. En marzo de hacía ya dos años, manos anónimas habían baleado a los perros de Miura; un auto había atropellado al pintor, que resultó milagrosamente ileso, y dos tipos habían molido a palos al experiodista a la salida del Bingo Avellaneda.

Al enterarse, Fernández lo había llamado por teléfono para solidarizarse y para ver si estaba bien, pero sobre todo con la ilusión de hacerle una entrevista. Miura lo atendió en el mismo teléfono de siempre, después de treinta timbrazos. *Qué le vas a hacer* —murmuró—. *Son los gajes del oficio*. La conversación fue corta y no dio espacio ni siquiera para un pedido. Desde entonces, el negocio de los euros había mermado y Fernández lo había perdido de vista. Volvió a pensar en él cuando se cansó de mostrar el dibujo de N. en todas las ferias, puestos y locales de San Telmo, Palermo y Plaza Francia, y después de obtener magros resultados subiendo el dibujo a Internet e incluso ofreciendo una recompensa. Ni Fernández ni su amiga mexicana tenían plata, pero se movían como si la tuvieran. Ella alquiló un Megane plateado y lo llevó por la ciudad haciéndole escuchar en la compactera a Los Tigres del Norte. Eran días largos. Fernández entrevistaba a los escasísimos «Durmas» de la guía, consultaba a vecinos antiguos y memoriosos o recuperaba fuentes de información olvidadas, como cuando habló con un viejo contacto en Migraciones y con un comisario de la Federal que había conocido a lo largo de la investigación de un crimen que había quedado impune.

Esa misma semana, Migraciones le confirmó que ninguna persona con el nombre Luis Durmas había entrado al país en el año que se señalaba, ni en los subsiguientes. Y que revisar las miles de fichas de ciudadanos que habían arribado al país por cielo, mar y tierra llevaría meses, que Fernández no podía acceder a esos papeles y que se olvidara de buscar por ese lado. El comisario le aseguró que el nombre y las señas particulares no figuraban en los registros

nacionales, y que por supuesto no había antecedentes policiales de ningún tipo. Oficialmente, Luis Durmas no existía.

—Tal vez nunca conocimos su verdadero nombre —colijo Milagros—. Ni su identidad.

—No era tan difícil en aquellos tiempos conseguir un pasaporte trucho —asintió Fernández—. A lo mejor tenía una historia pesada en la Argentina y se fue de raje y con documentos falsos. Andá a saber.

—¡Estás novelando! —se escandalizó—. No le pongas *glamour* a ese pinche cabrón. —Como Fernández no movió los labios, ella giró para apremiarlo—. ¿Qué? ¿Se estuvo escapando de todos los sitios? ¿Era un espía o un terrorista? Por favor. Era un simple mujeriego y un cobarde.

—No vaya a ser cosa que el desalmado resultara un héroe —se rio entre dientes.

Ella se mordió una uña, sin quitar la vista de la Panamericana, Ramal Tigre. Iba cubierta de bambula y la minifalda de *jean* se le subía peligrosamente por culpa del freno, el acelerador y el embrague.

—¿Dónde nos dejaría que mi padre y tu abuelo terminaran siendo héroes secretos?

—Ya no existen los héroes de corazón puro —dijo él tratando de no mirarla—. Solo existen los canallas heroicos.

Dos o tres veces los besos intensos que Fernández le daba habían derivado en caricias íntimas y desnudeces parciales. Pero Mili nunca tomaba la iniciativa ni aceptaba que durmieran juntos, y cada vez que la temperatura alcanzaba su punto máximo, ella lo paraba en seco, le susurraba «*todavía no, todavía no*» y se vestía. ¿*Por qué todavía no?*, le preguntó la última vez, perdiendo la paciencia. *Porque no*. Fernández se sentía de nuevo en el secundario, intentando acostarse con una colegiala. Sin embargo, el temor al abandono, a cometer un día un error y echarlo todo a perder, lo mantenía ridículamente a raya. Eso y las rotativas sospechas de que ella era asexual, no lo quería o lo estaba cebando con el único propósito de tenerlo agarrado del escroto para poder usarlo de lazarillo. Tampoco era tan descabellado pensar que, con semejante ejemplo masculino en la familia, ella hubiera desarrollado aversión por los hombres y por el intercambio heterosexual. Pero, en realidad, también era factible que ella tuviera sus tiempos y que la obsesión por hallar a su padre le quitara toda la libido.

Así como antes debía contar historias para salvar su vida, ahora Fernández debía moverse para encontrar un holograma escondido entre millones de seres anónimos e igualmente invisibles y etéreos. El asunto tenía, no obstante, su encanto. Un verdadero cronista policial nunca deja de serlo. Por más que la vida había empujado a Fernández por el sendero de la edición, el análisis político y la literatura, en una zona de su corteza cerebral seguía siendo aquel



cagatintas que había pasado horas y horas con canas, asaltantes, secuestradores, carteristas, boqueteros, buchones y putas. Una vez, hacía dos años y sin que Patricia Masquelet se lo hubiese pedido, había arrancado un cartel de un poste de luz de Arévalo y Santa Fe y se había dedicado a rastrear durante un mes a una chica de dieciséis años que había desaparecido camino al colegio. La encontró en una villa de Quilmes: se había fugado con un electricista de Lanús Oeste. Reconcilió a la chica con la madre desesperada y escribió la crónica al estilo de Ross MacDonald. Nadie en el diario le dio mucha importancia, pero Fernández se sentía justificado; no por el culebrón del desenlace sino por la diversión y la adrenalina que había vuelto a sentir siguiendo pistas y jugando a Lew Archer.

Buscar a Durmas lo ponía cachondo, le permitía entrar en el otro lado del espejo y vivir aquella vida aventurera y misteriosa que había soñado de niño y que tan poco se parecía a esta opacidad que había sabido forjarse.

Bordeando el Mercado de Frutos, en dirección norte, había un lancharo de alquiler dispuesto a llevarlos al Polo Sur por treinta dólares. Dejaron el Megane estacionado y remontaron el río en un bote crujiente con motor fuera de borda. Era una tarde fría pero soleada, y la *Guapa* iba ahora protegida con una campera de cuero. Fernández la observaba con una sonrisa cansada; el lancharo les contaba la historia del Tigre. Media hora pasó hasta que llegaron a la pequeña isla y amarraron sobre la margen izquierda, en un muelle astillado. Al fondo se adivinaban la sombra de un caserón de madera, tejas y chapa, y la puerta de hierro del galpón que asomaba detrás de unas palmeras. Bajaron solos y caminaron un trecho mientras el lancharo fumaba mirando la vegetación. Se escuchaba, como asordinado, el prelude del tercer acto de *La Traviata*.

De pronto, dos doberman les salieron al paso: uno tenía la cara horriblemente dañada por un disparo y le faltaba una oreja; el otro estaba entero y desbocado. Comenzaron a ladrarles y a gruñirles con tal ferocidad que Fernández pensó seriamente en agarrar del cuello a Milagros, dar media vuelta y echar a correr. Pero ella no se inmutaba. *Me encantan los perros*, dijo.

Fernández se mordió el labio y trató de dominar su pavor. Los doberman los empujaban con sus hocicos abiertos y babeantes, como si los torearán antes de comérselos vivos. *No los mirés*, le dijo Fernández. Mili se agachó a acariciar la cabeza de uno y retiró rápidamente la mano cuando le tiró un tarascón. *¡Negros!*, oyeron de repente. Era el do de pecho de un petiso inflexible y malhumorado. Los doberman se callaron de inmediato. *¡Negros!*, volvió a gritar el hombrecito. Y entonces los perros giraron, corrieron hasta un porche y se tiraron al sol. *¿Miura?*, preguntó Fernández, largando un

suspiro. *Vengan*, le respondió desde alguna parte. Pasaron por delante de la casa ruinoso y anduvieron por un sendero de tierra hasta la puerta del galpón.

Miura estaba vestido con su delantal de goma y tocado por su máscara de soldador, y tenía una escopeta de dos caños en el brazo. Parecía una figura sacada de un comic de Oesterheld. *Se llama Milagros y es fotógrafa*, le dijo Fernández para romper el hielo. Miura la miró de arriba abajo sin lascivia, como si la estuviera radiografiando, y después asintió y apoyó la escopeta contra la puerta. Hizo un gesto mínimo y lo siguieron hasta el vientre oscuro del hangar. La *Guapa* avanzaba con la boca abierta. Era un almacén lleno de curiosidades: mobiliario antiguo, cuadros, esculturas, adornos, elementos de todas las épocas y estilos. Y hasta vehículos de colección: una pick-up Chevrolet de 1929 y la carcasa casi intacta de un avión Fokker DR1, de 1917, suspendida con sogas del techo.

Milagros se quedó rezagada examinando esas maravillas, y Fernández acompañó a Miura hasta la zona del tallercito, donde el tipo estaba soldando una escultura de hierro. *¿Qué se cuenta?* —preguntó Fernández—. *¿Pasó el mal trago?* Miura se colocó los guantes de goma, tomó el soplete, lo encendió, se bajó la máscara y estuvo aplicando fuego y chispazos al metal durante treinta segundos. Después apagó el soplete, lo dejó a un lado, se quitó la máscara y los guantes, y abrió una heladera Siam verde, que estaba junto a la mesa de las herramientas. Sobre la mesa descansaba la Luger de 1944. *¿Querés una cerveza?*, le preguntó. Fernández negó con la frente arrugada. Miura tomó una botella chica y la abrió con una picoloro, se tomó un largo trago, se limpió la boca con la manga de la camisa y se acodó. *Lo que más me dolió fue el asunto de los perros; hay que tener mala entraña para agarrarse con esos animalitos de Dios*, dijo de corrido, con voz cavernosa. Fernández observó que sonreía bajo su barba rojiza y plagada de canas y migas de pan. También le observó los dedos regordetes y sucios, y las uñas negras. *Acá también se nota la crisis*, añadió, pero sin ironías, y liquidó el resto de la cerveza.

Después embocó la botella en un cesto de basura y miró de lejos a la chica, que probaba una mecedora. *No parece una fotógrafa, parece una mina* —dijo como si las dos cosas no combinaran—. *Una mina con buenas gambas*. Fernández se sentó en una banqueta después de comprobar que no tenía grasa ni polvo ni telarañas, y le dijo: *Es un asunto personal y no tenemos un mango*. Miura se sacó los anteojos de carey y se acarició la marca colorada que tenía sobre el puente de la nariz. *Te cambio tres días de laburo por una nota en la revista dominical* —lo apuró Fernández—. *«El detective de los objetos perdidos cuenta los secretos de su éxito»*. *Ponemos abajo tu dirección postal, tu teléfono y tu e-mail. ¿Cuánto vale eso en estas épocas de vacas flacas?* Miura se colocó de nuevo los anteojos, miró a la chica, que ahora lo

miraba mientras venía del fondo, y abrió la heladera. *¿Querés una cerveza?*, le preguntó a ella. Mili asintió moviendo el pelo negro. El hombrecito destapó dos botellas con la pinza y le alcanzó una: tomaron juntos. *Tres días*, le insistió Fernández. Miura no le quitaba los ojos de encima a Milagros. Tampoco esta vez era una mirada lasciva. *¿Te cuento?*, preguntó Fernández. *Que lo cuente ella*, dijo Miura. Ella lo contó rápido, sin muchos detalles, haciéndolo ver como si se tratara de la búsqueda tierna y amorosa de un padre desaparecido, y no de un ajuste de cuentas. Miura parpadeó unos instantes. *Dame*, dijo estirando la mano. Fernández le entregó el dibujo de Amapola. Miura lo tomó con sumo cuidado, lo llevó hasta el otro extremo de la mesa, encendió una luz cenital y potente, y lo puso bajo una lupa especial. Estuvo recorriendo palmo a palmo el dibujo, y luego mirándolo a trasluz. Al final dijo: *Es una mierda*. Detrás se escuchaban los epílogos trágicos de Verdi. Se quedó un rato con el dibujo en la mano, evaluando la situación, y después lo enrolló delicadamente y lo colocó dentro de un estuche para planos. *Vení y sentate*, le ordenó a Mili. Y le señaló un sofá desfondado. La estuvo interrogando durante quince minutos, luego Fernández le contó dónde y cómo él mismo había fallado pateando rastros, ferias y anticuarios de Buenos Aires.

Ahora había silencio. Miura caminó hasta su equipo de música, que era increíblemente moderno, quitó un disco y puso otro, y sonó una versión impresionante del *Turandot* de Puccini. Después volvió a calzarse los guantes de goma y la máscara, y tomó el soplete. Un minuto antes de encenderlo explicó: *Tres días, Fernández. Ni uno más*.

En el transcurso de aquellas setenta y dos horas vio lo que la espera producía con el verdadero deseo de Milagros Concepción Durmas. Durante aquellos tres días la *Guapa* dejó de correr y de hacer tai chi, y no se apartó del teléfono del bar Montecarlo, adonde Miura iba a llamar cuando tuviera alguna noticia. Fernández le prestó una novela de Turgueniev y ella se puso a leerla en una mesa de un rincón. En realidad, a simular que la leía, puesto que pasaban las horas y no avanzaban las páginas. Cada vez que sonaba el teléfono en el mostrador, la *Guapa* levantaba la vista y aguardaba en vilo que el mozo le comunicara la buena nueva. Fernández, durante aquellas semanas de enamoramiento, había sufrido la obsesión clásica: cuando no estaba con Mili, la imaginaba o la soñaba, o esperaba que se apareciera, que le tocara el timbre, que lo llamara por teléfono o le escribiera un *e-mail*. Esa fiebre de los comienzos del amor es tan dulce y cruel, y uno envejece por dentro como si tratara de curarse de una adicción mientras espera la próxima dosis. Fuera del amor, esa desesperación únicamente la despiertan el miedo a la muerte o el odio. Mili no amaba ni temía, solo odiaba a su padre y sabía que se estaba jugando la última oportunidad de su vida. Lo encontraba ahora y lo encaraba,

o lo perdía definitivamente. Mili solo estaba enamorada de ese encuentro imaginario donde ella le contaría lo que había ocurrido con su madre y cómo se había malogrado el destino de toda una familia, y le pediría explicaciones y lo haría sufrir como solo las mujeres duras pueden hacerlo.

La constatación de que Mili no amaba otra cosa más que ese encuentro largamente planeado dejó a Fernández malherido y apagado, sin ganas de escribir y ocupado en caminar por el invierno de Palermo Chico, más solo que antes, inmerso en sus pensamientos. Cuando se cumplió el plazo, sin embargo, marcó el número de Miura una y otra vez sin que nadie lo atendiera. Mili lo hundió a Fernández en una serie de enloquecidas especulaciones sobre lo que podía haber sucedido, mientras el periodista discaba cada hora el maldito número de la casa del Tigre.

En la quinta mañana, Fernández recibió un llamado de Miura. *Vengan*, dijo solamente el hombrecito, y cortó. Fueron. El lancharo los acercó al muelle carcomido: desde allí se escuchaba tímidamente una ópera de Rossini. Tal vez fuera *Otello*, aunque a esa distancia no había forma de estar seguros. Avanzaron a tranco largo y se chocaron con Miura recién duchado y afeitado, sin anteojos y vestido de arriba abajo con una mezcla de traje de astronauta y de apicultor. Estaba enjabonando a sus dos perros en una pileta del costado. *Quiero que salgan limpios en la foto* —dijo y echó un vistazo a la chica—. *¿Trajiste tu equipo?* Por un segundo Mili no supo de qué hablaba. Luego movió la cabeza, abrió la mochila y sacó la Canon Mark III. *Siempre lista*, dijo sonriendo forzosamente. Miura arrojó el cepillo y tomó la manguera. *Demasiado lista*, dijo como para sí y antes de abrir la canilla agregó, sin mirarlos: *Esperen en el taller. Voy en un rato*. Se acomodaron en el sofá desfondado como dos novios en la sala de espera del ginecólogo.

Tardó un cuarto de hora en regresar sin los perros, sin el traje y sin las botas de goma. Venía en *jeans*, camisa leñadora, tirantes y mocasines, y con una pipa en la boca. *Estoy seguro de que me contaste la mitad de la movida* —le dijo a Mili—. *Pero eso ya no importa*. Señaló el estuche tubular que tenía el dibujo de Amapola. *Lo reconoció un retirado de Caminito que trabajó mucho con buscas. La N. es de Nahuel. Nombre artístico. Del apellido ni noticias. No lo conocía bien ni se acordaba de nadie que lo tratara mucho. En un tiempo, Nahuel dibujaba en la calle retratos para turistas. Te estoy hablando hace diez años o más. Quería vender sus obras como si valieran mucho. Se tenía por bueno, y su laburo era una cagada. Un viejo de Caminito le había comentado que lo había visto hacía poco en la cola de un banco, que se conservaba bastante bien, que aparentemente no pasaba apuros y que le había comentado que vivía cerca de la Plaza Cortázar. Palermo Soho. Tus pagos*. Fernández abrió los brazos y Milagros se pasó la lengua por los labios como si tuviera sed. Miura se encogió de hombros:

*Hasta ahí llegó mi amor. El resto se lo arreglan ustedes.* Ahora los novios parecían dos estatuas. Mili hizo unas muecas y comenzó a repreguntar. Miura le respondió dos veces y luego le ladró: *¡No hay más nada que decir! Es eso. Y punto. Pasemos a otro tema.* Fernández se levantó como un resorte y dio algunas vueltas para ver la locación. Milagros se sobrepuso al impacto y lo siguió con la Canon.

Le tomaron fotos con clima en la oscuridad y bajo un haz de luz, junto a la lupa del taller. Y después, con la Luger en el cinto, junto a la *pick-up* y bajo el Fokker, afuera con los doberman, y solo y cruzado de brazos mirando el muelle y el río. Mili volvió a su asiento y Fernández tomó nota de su historia oficial y de los casos en los que había participado. No era la crónica soñada porque no tenía autorización para contar el lado oscuro del negocio, pero era al menos un texto curioso lleno de color y anécdotas. *No me falles*, le dijo Miura al final, le palmeó la espalda, y después imitó el acento mexicano mirando a Mili. *Y usted vaya con Dios, señorita.* Milagros agradeció sin agradecimiento, y el lanchero los llevó hasta el Mercado de Frutos. Comieron en una parrilla. Fernández le dijo que no era bueno andar preguntando en Plaza Cortázar por su padre porque el pájaro podía volar. *Lo mejor que podemos hacer es una guardia periodística —le confesó—. Uno dentro de un auto estacionado y el otro tomando un café en una esquina estratégica, y vigilar hasta que aparezca y abordarlo. Estará distinto de esa foto vieja de Plaza Falucho, pero los rasgos deben ser reconocibles. No creo que sea muy difícil ubicarlo.*

Fue muy difícil. Pasaron dos días viendo gente pasar. Mucha gente y muy diversa. Buscaban ancianos de ojos grises, pero así y todo no había suerte. La segunda tarde, Fernández se la pasó escribiendo en su cuaderno la crónica del detective Miura y mirando, de vez en cuando, el movimiento de la feria y de la placita. En un momento dado, Mili lo llamó desde el Megane. Fernández pagó y fue a ver qué pasaba. *Fíjate*, le dijo ella haciendo pasar lentamente las fotos que había tomado durante aquellas horas. Era un desfile de viejos y de gestos. Mili se detuvo en uno. *Salió un momento a dejar la basura y entró, pero tiene mucho pelo*, dijo extrañada, mostrando un perfil furtivo. Pusieron la foto ajada de Plaza Falucho junto a la imagen digital. *Qué sé yo*, dijo Fernández, rascándose la nuca.

Se metieron los dos en el auto y afrontaron la nohcecita. Sin dejar de mirar los alrededores, se concentraban en una casa chorizo pintada de amarillo que había sobre la calle Honduras, a cincuenta metros de la plaza. Fernández recordaba las guardias que se había comido en su época de cazador de celebridades y se reía por lo bajo. Mili no estaba para risas. Permanecía nerviosa e inquieta, dando sorbitos a un agua mineral. Directamente pegó un grito cuando vio que el viejo volvía a la vereda y echaba a caminar por

Honduras hacia el sur. *¡Ahí está, puta madre!*, saltó ella prendiendo el motor y dando un largo rodeo para entrar de nuevo por Honduras cinco cuadras más adelante. Mientras desarrollaba la maniobra no dejaba de putear. Al encarar la calle desde otra dirección hubo treinta segundos en que pareció que lo habían perdido, pero a poco de andar lo vieron caminando cabizbajo por la acera luminosa. Iba metido en un gabán negro, con las solapas levantadas y las manos en los bolsillos. Fernández alcanzó a ver que llevaba botitas de gamuza, y no le pareció tan viejo como pensaba. ¿Sería Durmas? Mili lo sacó de toda duda. Estacionó junto al sospechoso, bajó la ventanilla y le gritó: *¡Luis, cuánto tiempo!* El viejo pegó un respingo, se echó levemente hacia atrás y miró a la chica. La miró con sus inequívocos ojos grises. Fernández se dio cuenta de que era Durmas, Nahuel o como mierda se llamase. Era aquel mismo joven apuesto de Plaza Falucho, vuelto ahora un hombre fatigado y triste, con pelo blanco y arrugas, y con un vencimiento de la columna que lo hacía marchar levemente encorvado. *¿Te dio pena?* —le preguntaría Mili después—. *Los jércas nazis al final también daban pena, ¿te acuerdas? Parecían viejitos inofensivos.* Pero en ese instante del cruce callejero y la comprobación no hubo metáforas ni comentarios, Milagros puso primera y salió disparada por Honduras, y rodeó la plaza y más adelante dobló y cruzó Juan B. Justo, y pidió dos tequilas en un bar.

A la miseria, ebria y llorosa, la hija de Luis Durmas durmió todo el día y no dio señales de vida hasta el anochecer, cuando pasó a buscar a Fernández por la redacción. Patricia Masquelet había aceptado la crónica de Miura, pero objetaba las fotos. *Dejate de joder con los celos*, le dijo Fernández mirando el reloj. *Andate a la concha de tu hermana*, le respondió Patricia, y eligió cuatro imágenes entre sesenta. Fernández se quedó a escribir los epígrafes y luego bajó en ascensor y se metió en el Megane. Mili le dio un beso en la boca. Estaba desconocida, como si le durase la borrachera o acabara de fumarse un porro. *¿Qué pasa?*, le preguntó él, extrañado por su iniciativa. *Estoy un poco en peda*, dijo ella con las pupilas dilatadas y el acelerador a fondo. Cruzó en ese estado de euforia la ciudad, zigzagueó por el tránsito de la avenida Córdoba, entró vertiginosamente en Palermo Soho escuchando narcocorridos, y estacionó sobre Honduras a setenta metros de la casa amarilla. Dejó el motor encendido y puso el freno de mano, se volvió hacia Fernández y lo siguió besando con ansias inéditas, lo tocó entre las piernas y se dejó acariciar sin remilgos ni censuras. Había pocas luces y los vidrios estaban empañados, y la gente pasaba muy cerca de ellos sin ver más que un amasijo.

En un momento dado, ella lo apartó y miró la calle de la casa de Luis Durmas. Respiraba agitadamente y Fernández tenía su bombacha en la mano. —¿Qué estamos haciendo acá? —le preguntó él, con súbita frialdad.

—He venido a hablarle —dijo Mili en un castellano rotundo, mirando la puerta de madera—. No he viajado tanto, no he llegado tan lejos para irme así nomás y dejarlo tan tranquilo, guey.

Fernández se dio cuenta, por el tono bajo de su voz, que la franela había terminado.

—¿Y qué vas a decirle?

Milagros parpadeó unos instantes y luego apagó la música. Tenía ahora la mirada gris en un punto ciego.

—¿Qué hubiera hecho tu abuela si el ebanista tenía los huevos de regresar a su pueblo después de tantos años y tanto odio? —preguntó. Fernández sabía que era una pregunta tramposa: en su libro había quedado escrito que su abuela asturiana tenía pensado, para esa indignante eventualidad, esperarlo a la vuelta de la carretera, pegarle un tiro y arrojarlo al río de montaña. Mili se sonrió—: ¿Y quién la hubiera culpado?

—La justicia española —dijo Fernández.

La *Guapa* lo contempló con ternura, le acarició una mejilla, le quitó la bombacha de la mano y se la volvió a colocar en aquel lugar estrecho metiendo una a una sus dos piernas largas y flexibles. Ya era completamente de noche, y a una cuadra y media la placita empezaba a arder con sus luces y colores y su agitación humana. Fernández se subió el cierre del pantalón y se ocupó de abrocharse los siete botones de la camisa. Quitó luego el disco de Los Tigres del Norte y puso una grabación de Eleonora Eubel. Era como pasar de un tren bala a un paseo en un Rolls-Royce. Luis Durmas fue puntual. Salió a la vereda con su gabán negro y cerró con llave. Su hija gritó como si tuviera un orgasmo, soltó el freno de mano, metió primera, giró el volante y puso segunda en tres segundos. La salida fue tan fuerte que el cuerpo de Fernández salió lanzado hacia atrás como si hubieran chocado. Sintió un golpe en la nuca y un tirón en el cuello, y vio como en un mal sueño que la trompa del Megane enfilaba hacia el blanco a velocidad del rayo, que las ruedas subían el escalón de la vereda y que Mili le tiraba encima a su padre desalmado dos toneladas de hierro, vidrio y goma. Fernández no tuvo tiempo de pensar en nada porque todo fue rapidísimo, pero imaginó que el auto daría de pleno en el cuerpo de Durmas y lo levantaría por el aire. Fue casi así, solo que, en el ultimísimo momento, Mili giró el volante hacia su derecha y lo esquivó por un pelo, bajó a la calle y salió a más de cien kilómetros por hora haciendo rechinar las ruedas sobre el asfalto de Honduras.

Fernández vio, en retrospectiva, cómo el viejo se quedaba pasmado, los ojos grises abiertos y redondos como claraboyas, y cómo se sacudía por efecto de la inercia y cómo se caía de culo mientras el Megane plateado se escapaba, doblaba más allá, atravesaba calles, cruzaba Juan B. Justo y se detenía en el cruce de Ravignani y Paraguay. *Estás loca*, empezó a decir. *Vamos arriba* —le

dijo ella tapándole la boca con besos—. *Vamos arriba, estoy mojada.* Fernández no pensaba, solo se sacudía por el miedo y la calentura. Ella lo abrazó en el vestíbulo del edificio, lo desnudó en el ascensor, se arrodilló en el palier para saborearlo y lo empujó adentro con una autoridad nueva y apremiante. No hablaban, se habían terminado hasta las miradas. Era un acto tantas veces postergado que venía como un vendaval silencioso y ciego, aunque arrasador. Se tropezaron en la cocina quitándose las ropas y los zapatos, y ella lo arrastró al piso, se le puso arriba y tomó el mando con energía y plasticidad. Primero la cosa fue salvaje, como venía de afuera: Fernández con los dientes apretados y Mili con la boca abierta, arqueándose cada vez que acababa. Cuando lo hacía, Fernández no la dejaba descansar y volvía a hamacarla, conteniendo su propio deseo. Una vocecita que sonaba muy atrás, dentro de su cabeza, le decía: *No acabes, Fernández, no acabes, pinchale el corazón, no acabes.* El último orgasmo de ella fue larguísimo, y quedó por unos segundos desmadejada. Pero él se rehízo y la subió a la mesa, y la lamió hasta hacerla suplicar. La penetró sabiendo que debía anular su propio placer. Que su placer no era importante: debía borrarlo de sus funciones. El supremo placer para él, en ese instante dramático y determinante de su vida, consistía en oír los quejidos de ella, las constataciones sonoras de que podía no solo satisfacerla, sino darle lo máximo que hombre alguno le podía dar. Quería enamorarla para poseerla, como si eso fuera posible. Quería cogerla, agarrarla para sí porque ella, como Nerina y como casi cualquier otra mujer, era resbalosa e inasible. Así siguieron con las luces prendidas en el comedor y luego en el somier, y mucho más tarde en el *living*, cuando Fernández se sentó en el sofá y se la sentó encima. En ese rincón, mientras la maestra de tai chi se movía con suavidad, Fernández volvió a mirarla a los ojos. Y también a ver de cerca, por primera vez, esas tetitas y ese cuerpo delgado, y entonces le saltaron las lágrimas de la alegría de tenerla. De tenerla al menos en ese instante fundamental.

A las cuatro de la mañana ella fue al baño y cuando regresó a la cama le dijo que tenía hambre. Él la acarició con la mano derecha, en profundidad, hasta hacerle cambiar de opinión. La acarició hasta que los calambres le agarrotaban los dedos, preguntándole una y otra vez: *¿Se puede estar más adentro?* Milagros negaba con la cabeza. *No*, decía en un suspiro. *¿Se puede estar más adentro, Mili?*, insistía él, metiéndose aún más. *No, no se puede*, respondía ella. No se sabía si hablaban del cuerpo o del corazón, o de ambas cosas. Cuando Fernández retiró la mano se quedó de costado mirando el perfil de su cuerpo desnudo, las subidas y bajadas, los huesos y los pezones, los pies y las nalgas y la cintura. Comieron un sándwich rápido, preparado entre risas, y siguieron haciéndose el amor sin desmayos. Mili se retorció y contorsionaba, lo recibía en posiciones imposibles, lo tomaba por asalto y lo



guiaba con técnicas tántricas por la madrugada. *¿Por qué tardaste tanto?*, le preguntaba él entre susurros. Mili no le respondía porque era una pregunta estúpida. Cuando Fernández volvió a bajar por su ombligo y a demorarse con la lengua entumecida en aquel centro de gravedad, Mili le pidió a los gritos que la clavara. Pero Fernández no lo hizo hasta último momento, hasta que se apoyó finalmente en la puerta de ella y le preguntó: *¿Me querés?* Mili le gritaba que no fuera cabrón y que finalizara su trabajo, y que no la torturara más, pero Fernández se negaba. *¿Me querés?* Mili se detuvo una fracción de segundo y después le empezó a pegar cachetazos y golpes y a decirle que sí. *¿Que sí qué?* —la instó Fernández—. *¿Que sí qué?* Milagros entonces le golpeó el pecho con los puños y le gritó: *¡Que sí, que te quiero!* Y luego, como llorando: *Que sí, que te quiero, pinche hijo de la chingada.* Fue entonces cuando Fernández entró hasta el fondo, la hizo acabar y él se fue también en un polvo tardío, en un temblor descomunal, en un gemido animalesco que reencendió de pronto a la chica. La reencendió tanto que quiso que Fernández siguiera cuando Fernández no tenía nada más para dar. Ella respiraba como si hubiera corrido veinte horas alrededor del Rosedal, y él esperó a que la locomotora fuera apagándose lentamente. Cuando se apagó del todo, se abrazaron y se quedaron dormidos.

Se despertó diez horas después, cuando ya estaba cayendo de nuevo el sol. Mili se había marchado y a Fernández le ardía la vejiga y lo devastaba la sed. Meó un litro entero y se tomó de parado una botella de agua saborizada. Ni en la heladera ni en las alacenas había algo para picar, así que tomó la decisión de bañarse rápido y bajar a comerse un lomito en el bar Montecarlo. No comprendía cómo había dormido tantas horas, pero por primera vez en muchos años se sentía feliz. Lo retuvieron un rato los tres olores distintos que Mili había dejado en la cama, estuvo acostado con esos olores rememorando todavía un poco más las piruetas de la madrugada. Luego tardó quince minutos en ducharse porque sentía que el agua caliente y deliciosa era reparadora. Salió sin arreglar la casa, devoró un lomito al plato y una tarta de manzana en el bar, y le preguntó al mozo por la *Guapa*. No la había visto. Fernández la echaba de menos, pero no quería rebajarse a buscarla en el hostel de Costa Rica. Después de aquel encuentro bíblico de anoche se sentía habilitado para una esperanza. Que Milagros volviera para continuar lo que habían empezado.

Un toque de prudencia lo empujó hasta la redacción. Patricia Masquelet también brillaba por su ausencia, de manera que estuvo revisando las efemérides y planeando algunas crónicas especiales, y después dando una mano en el cierre de la edición. Le resultó extraño no recibir ninguna llamada, y dedicó toda la tarde a chequear el correo electrónico. El autocontrol y la

ilusión le habían durado poco: de nuevo estaba pendiente de que Mili se comunicara o apareciera. La obsesión no se había ido.

Llegó a Palermo a la medianoche y, antes de entrar en su departamento, fue caminando hasta el hostel. Se quedó un rato en la vereda sin atreverse a entrar, y al final volvió pensando que tal vez Mili había dejado de hacer locuras y había tomado el toro por las astas. *Está con Luis Durmas* —pensó en la cama—. *Tienen mucho de que hablar*. Hasta sintió una punzada de celos porque otro hombre acaparara la atención de la *Guapa*, pero lo venció el sueño y durmió hasta la mañana siguiente. Sin desayunar, fue directamente al Rosedal y estuvo buscándola sin ningún resultado. Tampoco ese día había noticias de Mili en el Montecarlo, y le daba rabia tener que llamarla por teléfono. *Ella tiene que aprender a llamarme a mí*, se decía. Por la noche la llamó desde el diario. La encargada del hostel le dijo que la señorita Milagros Concepción Durmas había abandonado su cuarto esa misma mañana y que había regresado a México.

Un cable de una agencia de noticias daba cuenta de que un automovilista había atropellado a un anciano en proximidades de la Plaza Cortázar y se había dado a la fuga. El anciano había fallecido en el Hospital Rivadavia y la policía informaba que no había testigos, salvo un artesano de la placita que hablaba de un auto plateado de marca dudosa. El redactor adornaba la información con una alusión a la inseguridad vial de los argentinos.



# 9

## Álbum de fotos



Un Durmas talentoso y delicado hubiera tenido tiempo de bocetar aquel cuadro hiperrealista: ninguno de los dos hombres se había movido en el transcurso de las dos largas horas y ambos componían una escena de algún modo trágica. El más viejo tenía la mirada demolida y el cuerpo derrumbado. El más joven tenía apoyados sus brazos en los muslos y estaba echado hacia delante mirando sin ver los zócalos y sosteniendo con una mano floja el vaso vacío de su tercer *whisky*. Parecía como si el joven estuviera confesándose, o rezando una oración por el alma de su padre. Y que este permaneciera silenciado por el cansancio y por la resignación, tal vez por la indolencia. Casi todo ha sido contado y casi nada puede hacerse. Eso sugería esa pintura de luces cambiantes: estaba amaneciendo y a Leno Frangolini no lo azuzaban ni la curiosidad ni el asombro. Fernández, por su parte, se había quedado sin palabras, como si la historia que importaba efectivamente ya hubiese terminado en el cable de aquella agencia noticiosa. En esa pequeña gran sorpresa de escasas líneas estaban cifrados todos los dramas y estados de ánimo de su amor malogrado: el estupor de quien ha sido burlado, el miedo del cómplice, la ira del despechado, el ardor del abandono, la ensoñación de la venganza, la soledad del perdido.

Por quincuagésima vez, intentó explicarle al dermatólogo que debía descansar y que seguirían en otro momento. Pero, por quincuagésima vez, el doctor Frangolini había suplicado que no se fuera, y le había dicho que no tenía sueño y que quería escucharlo todo. Lo decía en forma breve, como si estuviera administrando las últimas gotas del tanque de combustible de su cuerpo fatigado por esa última noche de seducción fallida y revelaciones sórdidas. No le quedaba energía ni para dormirse. El periodista movió la cabeza sin poder creerlo y echó un suspiro. Tenía los ojos brillosos y se sentía nublado por el alcohol. Había estado narrando a media voz su derrotero, sin tantos detalles como luego pondría por escrito, aunque sin evitar los nudos esenciales, y al revisar lo ocurrido había vuelto a sufrir los lanzazos en el costado, y le dolían las costillas y los pulmones como le dolieron aquella noche en la que se dio cuenta de que Mili había asesinado a su padre y había dejado el país. También que había arrojado a su lazarillo a la basura luego de haberlo usado, y que lo había hecho sin despedidas, sin cartas ni notas ni llamados, sin lágrimas, sin explicaciones y sin arrepentimientos. Por las

noches, cuando completamente insomne revisaba la película, Fernández sentía que esta última afrenta era más grave que el crimen, y lo dominaba un temblor demencial, una rabia revanchista y enceguecedora. Pero cuando por la mañana pensaba que debía denunciar a Milagros, los restos del amor volvían como cuervos a comerle las tripas, y se justificaba diciéndose que ese acto lo metería en graves problemas con la ley. Y que acaso tendría que dar una explicación imposible: ¿cómo era que se declaraba inocente si había sido el artífice de que aquella mujer pudiera cometer un parricidio? *Porque soy un boludo, señor juez. Un gran boludo.* No, no se trataba de eso. No denunciaba a Mili por algo más vergonzoso: porque la amaba a pesar del engaño y el homicidio. Porque la quería más allá de la moral y las consecuencias, y a pesar de que le había abierto un tajo narcisista en el centro del pecho.

En el terreno de la realidad objetiva, Luis Durmas se llamaba Faustino Deter, según había leído en una pequeña noticia ampliada que había difundido un diario de la competencia. Esa insignificante publicación redobló en Fernández su paranoia, pese a que por ahora era un accidente más, el único testigo no podía identificar la marca del auto y el diario ni siquiera había incluido una foto de la víctima. Pero Fernández leía una y otra vez ese recuadrado como si fuera un titular de primera plana en tipografía catástrofe.

Se sentó a su mesa del Montecarlo y tomó su cuaderno, que pasó de sus anotaciones de hombre separado a las leyendas urbanas y que ahora se iba llenando de preguntas y conjeturas alrededor del caso Durmas. La principal era si podían conectar a Fernández con el hecho. ¿La policía había encontrado dentro de la casa amarilla algún indicio del pasado de Deter? ¿O Durmas era como su abuelo ebanista, que había destruido todo vestigio de su anterior vida? ¿Milagros se llamaba Milagros? ¿Se apellidaba verdaderamente Durmas? ¿Podía Miura darse cuenta de que Deter era Durmas y era Nahuel? ¿Había leído Miura ese recuadrado? Y aquel viejo amigo de un amigo de Caminito, ¿también lo habría leído? Si no salían su foto ni más detalles en las páginas de los diarios y nadie hablaba demasiado en la radio o en la televisión, si nadie mencionaba, por ejemplo, que era un dibujante callejero, ni Miura ni aquellos dos viejos de La Boca tenían por qué darse por enterados, ¿no? Y aunque se dieran, ¿conectarían la búsqueda de aquella hija con este accidente mortal? Y aun si la conectaran, ¿acudirían a la policía? Descontaba que al menos Miura no haría algo semejante.

Luego de dos ginebras con hielo, servidas por el mozo del Montecarlo con gran cautela y suspicacia, Fernández se puso un poco más optimista. Si los días pasaban y no aparecía nada en los medios, significaba con toda seguridad que la investigación había llegado a una vía muerta. Por experiencia sabía que si los canas no veían nada raro ni había mucha presión de la opinión pública, no le pondrían demasiada tecnología a la pesquisa. Si no sabían investigar un

homicidio evidente, ¿iban a ser tan perspicaces con un accidente vial? Podía ser, pero era raro. Muy diferente sería si Durmas le hubiera comentado a algún vecino que casi lo habían atropellado el día anterior: ese solo dato habría disparado una investigación a fondo. Estaría frito si las cosas habían sucedido de esa manera. ¿Y el Megane plateado dónde estaba? Tal vez ni siquiera había sufrido un rasguño. Y si lo había sufrido tal vez Mili había pagado a la agencia por el raspón al devolverlo, muchas horas antes de que un diario publicara un sueltito con una noticia que no llamaba demasiado la atención. Ningún agenciero, con tan baja exposición, tenía por qué sospechar. Y si sospechaba, mejor mirar para otro lado, no fuera a ser que lo metieran en un gran lío. Bueno, era de rigor preguntar por un auto plateado en las agencias de alquileres de autos, ¿no? Sí, pero estábamos en la Argentina. Y pistas mucho más evidentes de casos resonantes y gravísimos habían sido pasadas por alto. Como en México, la corrupción y la negligencia eran patrimonio policial. Nada que ver con las series sobre infalibles policías científicas. Esto era el Tercer Mundo, y los propios policías habitualmente ensuciaban y borraban las huellas en las escenas de los crímenes. Las pericias resultaban mal realizadas, y las irregularidades y la mala praxis de la yuta eran el pan nuestro de cada día.

Llegó borracho a su departamento y se detuvo en el vano de la puerta. Las conclusiones lo beneficiaban; sin embargo, no podía con el vértigo y con el cagazo. Tenía un secreto terrible y no podía cargar solo con ese peso. *¿Llamo o no llamo al comisario?* —se preguntó—. *¿Le cuento todo y me curo en salud? ¿Hago eso y afronto las consecuencias, y que se vaya todo a la puta madre que lo parió?* Fue hasta el teléfono y marcó el número del comisario. Pero cortó antes de que la llamada se completara. ¿Dónde estaba el sentido de justicia? Durmas era un malparido, pero matarlo resultaba una aberración. Un acto horroroso cometido por la mujer de la que se había enamorado. ¿Debía entregarla como Bogart entrega a su novia al final de *El halcón maltés*? El miedo y la paranoia no habían logrado despertarlo de esa hipnosis amorosa en la que un hombre es esclavo psicológico de una mujer, o viceversa. Le pegó una patada a una puerta, arrasó con la vajilla, patinó en el baño y se pegó un golpazo en la cabeza. Después se tomó un *whisky* con dos Alplax y durmió horas y horas, deprimido y narcotizado, soñando con precipicios y malformaciones. Cuando pudo ponerse en pie fue hasta la computadora y entró en todos los portales de noticias. Buscó una secuela del accidente de la calle Honduras y, como no encontró nada, puso en Google las palabras «Durmas» y «Deter», y «Milagros Durmas», y «Milagros Deter», y estuvo navegando de madrugada sin hambre y sin frío, con obsesión morbosa, sin hallar nada.

Dio parte de enfermo y se puso a esperar y a tomar vino, *whisky* y ginebra. Y al tercer día sintió un fuerte dolor en el pecho, creyó que era un infarto y se hizo llevar en taxi hasta el Hospital Fernández. No era un infarto sino un pico de presión arterial. Estuvo dos días en observación médica, haciéndose exámenes y recuperando la sobriedad y el buen tino, y regresó al trabajo como un convaleciente a quien su jefa trataba con fría distancia.

Al cumplirse la tercera semana de calvario, espera y desesperación, una noche de garúa, Fernández llamó por celular a Patricia desde la esquina de Ravignani y Paraguay, y ella lo volvió a atender con voz pastosa. Estaba viendo *Double Indemnity* mientras se tomaba su Luigi Bosca. *¿Qué pasa?*, le preguntó. *Es una película muy apropiada*, le respondió Fernández. Hubo un silencio al otro lado de la línea, mientras se escuchaba un parlamento de Barbara Stanwyck. *Ya te cagó* —dijo Masquelet—. *Te cagó feo*. Fernández tragó saliva: *Ni siquiera te imaginás lo feo que fue*. Ella de nuevo guardó silencio: ahora se escuchaba la voz del pobre Fred MacMurray. Patricia Masquelet suspiró: *Está bien, vení*. Fernández llegó empapado, y la mucama salteña le acercó de mala gana un toallón blanco para que se secara y una taza de café. Patricia en robe prendió un cigarrillo, cruzada de brazos, y dijo con cierto regocijo: *Dale, Fernández. ¿Qué pasó?*

La reina Masquelet también había visto y vivido mucho, pero igualmente estaba espantada. Había advertido desde el principio el tufo de la mala leche en aquella mestiza de ojos grises que se había apoderado de las voluntades de su viejo amigo, pero no sospechaba que tuviese una historia tan turbia. Cuando salió de su azoramiento, tuvo una pequeñísima idea. Para ese entonces ya Fernández dormía en la habitación de huéspedes. Patricia no pegó un ojo en toda la noche, se fumó un paquete entero de cigarrillos, y llamó a una redactora de Policiales para que preparara un informe periodístico de fin semana sobre la irresponsabilidad de los automovilistas que atropellaban a los peatones y escapaban. Le pidió que se metiera en el archivo y recordara uno por uno los casos publicados en los últimos dos años, y que no se olvidara de uno en especial, que había ocurrido en su barrio, cerca de la Plaza Cortázar. También le ordenó que con todo ese material armara una infografía y que llamara a las distintas seccionales y tratara de actualizar cada expediente. Cuando Fernández se enteró, mientras desayunaba frente a un ventanal soleado de Dorrego, estuvo a punto de vomitar la tostada. *Tranquilo* —le dijo Patricia—. *Es la única manera de saber qué progresos hicieron sin preguntar directamente. Cuando preguntás por todos no preguntás por ninguno en particular. ¿Me entendés? Billy Wilder me entendería.*

Esa tarde Fernández, beneficiado por unas vacaciones decretadas por su propia jefa, vagó por Palermo pensando en Mili y viendo su espectro en cada lugar donde había estado con ella, y terminó sin querer en el geriátrico de la

calle Bonpland, frente al tablero de ajedrez del profesor Murena y bajo la sombra de aquella magnolia. Jugaron un buen rato sin abrir la boca. Fernández lo hacía con impaciencia y osadía, sacrificando piezas. Murena le devolvía golpe por golpe, y así lo fue arrinconando. *Te dije que tuvieras mucho cuidado*, le recordó en un momento. Fernández lo miró en los bordes del llanto: *¿Se puede volver el tiempo atrás?*, le preguntó inocentemente. Murena no lo quería mirar. Sus ojos marrones estaban fijos en el tablero. *Se puede viajar al pasado* —dijo con dificultad—. *Luego de un número determinado de vueltas alrededor de un mismo círculo de agua, en determinados períodos de días y de noches, y teniendo en cuenta la posición de los planetas, y siguiendo siempre el sentido del reloj, si se gira en contrario siete veces se retrocede en el tiempo.* Fernández no pudo reprimir alargar una mano y tocarle la cara. Iba para caricia fugaz, pero Murena le retuvo la mano y cerró los ojos como si los cerrara para siempre. Al escribir esa escena, mucho después, Fernández sentía que acariciaba a la vez las caras de su padre muerto, su abuelo desalmado, su profesor de ajedrez y su médico dermatólogo. Una caricia a través del tiempo, donde todas las caras y todas las manos y todas las despedidas eran una sola.

Ese mismo sábado soñó que encontraba a la *Guapa* flotando boca abajo en el lago del Rosedal, y que al darla vuelta y abrazarla tenía las facciones de Nerina. Patricia lo invitó a una galería de arte. Había vuelto a noviar con un pintor de Trenque Lauquen que alguna vez la había traicionado, y quería llevar a Fernández con ella para que comprobara la calidad y la fuerza de los nuevos trabajos. En el auto, camino a la galería, Masquelet le dijo: *Tengo una buena noticia. El asunto de la calle Honduras es caso cerrado. Nunca encontraron el auto, ni pudieron establecer siquiera la marca. Deter no tenía familia. Nadie lo reclamó y fue de la morgue a fosa común, en Chacarita.* Se suponía que Fernández sentiría un enorme alivio, pero la verdad es que no sentía más que tristeza. *Ahora bien* —agregó Patricia—. *Nunca y por ningún motivo le digas nada a nadie. ¿Me entendiste? Ni un comentario por mínimo que sea. A veces uno mete la pata y reactiva una causa dormida. Esta causa, te lo aseguro yo, más que dormida está muerta. Pero por las dudas no se lo cuentes ni a tu sombra. Olvidate de todo. Y principalmente olvidate de esa conchuda. Que ella y ese padre mal nacido ardan en el infierno. Para vos queda el purgatorio. Y ponete contento, pelotudo. En el purgatorio hay clima templado.*

Brindaron desganadamente con *champagne* en la muestra, y Patricia tuvo la intuición de que Fernández rompería su doble juramento. Efectivamente. No se olvidó ni por un día de Milagros y ahora le estaba confesando todo a Leno Frangolini. *Ay, muchacho, muchacho* —decía el último seductor desde



su postración de bailarín quebrado y ronco—. *¿Y a quién se lo voy a contar yo, decime? Si yo no vuelvo a ningún lado.*

El periodista se levantó de la silla y cruzó la sala de espera del consultorio para cerrar una ventana por donde entraba chiflete. Leno le pidió que abriera un cajón del aparador y sacara un álbum de fotografías. Fernández encontró un álbum pesado y lo abrió sin volverse. Eran retratos de las múltiples novias de Frangolini. Empezaban en sepia, pasaban al blanco y negro, y terminaban a todo color. Primero eran mujeres de porcelana y carmín, luego eran guerreras enruladas y multicolores, al final eran damas antiguas bien revocadas. Había cientos de ellas, y al verlas pasar se tenía la impresión de que aquella era una película estremecedora y que su coleccionista era un dios. *Dámelo* —escuchó que decía Leno—. *Es mi gran obra.* Fernández se lo llevó hasta el sofá y se lo acomodó en los brazos como si fuese un bebé. *Nunca pude tener hijos* —dijo Leno—. *Pero si los hubiera tenido, ¿cómo no hacerme cargo de ellos? No me gusta lo que le hizo a Durmas, pero soy un anciano inimputable y no puedo evitarlo: estoy de parte de la chica.*

Fernández volvió a la silla dispuesto a terminar su relato. A terminarlo de una vez por todas, y a marcharse a su casa para dormir y también para empezar a olvidar. Pronunció entonces lo que tenía que decir de un modo directo. Dijo: *Fui a México. Y la encontré.*

Cuando el amante es obligado a traicionarse a sí mismo para sostener el vínculo, cuando para no derrumbar el débil castillo del amor comete actos que van contra sus convicciones y sentimientos, tarde o temprano despierta al desengaño y a la soledad y se detesta por haberse degradado a esos límites, y pasa sin escalas a odiar hasta el infinito a quien le permitió caer tan bajo. El dinero y el tiempo que había malgastado, las concesiones que había hecho, la insultante espera del encuentro erótico que se postergaba una y otra vez, la compraventa de favores con un entrevistado para lograr que este pusiera el hombro en una investigación, el uso de fuentes profesionales para una cuestión personal y las mentiras que había pronunciado eran clavos y agujas que le atravesaban la piel sensible y lo derribaban. Ya no temía que viniera la policía y se lo llevara por ser partícipe necesario de un homicidio. Temía no poder recuperarse jamás de aquel golpe al ego, y en un momento dado, incluso de no poder levantarse de la cama donde pasó tres días con la luz apagada, sin poder leer libros ni ver películas, sin bañarse ni afeitarse y sin atender el teléfono. En la nochecita de ese tercer día aciago, Patricia Masquelet se apoyó tres minutos seguidos en el timbre, y a Fernández no le quedó otra alternativa que abrirle la puerta.

La editora levantó las persianas, sacudió la ropa y los almohadones y lo obligó a meterse de inmediato bajo la ducha. Después lo sacó a comer a los empujones: cenaron en un restaurante de Palermo Chico, y Patricia no dejó

por un segundo de retarlo y de llenarlo de insultos amistosos. Cuando iba por la mitad de un lenguado se hizo un silencio entre los dos y ella puso los cubiertos sobre el plato, se tiró hacia atrás y prendió un cigarrillo. Estaban en el área de no fumadores. *Bueno, está bien* —dijo con los párpados caídos—. *¿Qué sabemos de ella?* Fernández, que no había probado bocado, sonrió levemente, tomó el tenedor y pinchó un trozo de calamar. Lo masticó con lentitud y después pinchó otro y otro, y tomó un sorbo de vino antes de devolverle la mirada.

—No sabemos ni su nombre ni su procedencia —dijo—. Y preguntar por ella a nuestros amigos de la Federal o de Migraciones podría ser catastrófico. Volví al hostel y la administradora me dijo que la tiene anotada como Milagros Concepción Durmas, con domicilio en el DF, pero que no le había pedido el pasaporte. Llamé a un colega del Distrito Federal y me dijo que ese domicilio era falso. Así que no podemos estar seguros de nada. Ni siquiera de que venía directo desde México.

—Está bien, no hagamos de esto una novela de espías —dijo Patricia revoleando los ojos—. Porque por ese camino podríamos caer en el ridículo de creer que era un sicario enviado por los narcos del Cartel de Sinaloa. Partamos del hecho de que algo de verdad te dijo.

—No figura en las guías de la capital de México ni de otras ciudades importantes —reveló Fernández—. A lo mejor no usa el Durmas ni el Deter.

—Puede ser que use el apellido de la madre.

—En ese caso estamos como cuando vinimos de España.

—Pensá, pensá —se tocó la sien derecha—. Algo te habrá contado con tantos días juntos.

—Era muy abierta con temas generales y muy cerrada con cosas de su vida.

—La becó una universidad.

—Supuestamente.

—Trabaja *freelance* para diarios y revistas.

—Andá a saber.

Masquelet fulminó al mozo con una mirada de bruja cuando este se acercó a pedirle que apagara el cigarrillo. *El lenguado es incoloro, inodoro e insípido*, le respondió, y el tipo se quedó patitioso. Patricia apagó el cigarrillo en el plato, levantó la copa de vino y la miró a trasluz. *A fin de mes hay una convención de diarios en México* —dijo, y el cuarto trozo de calamar quedó pinchado a mitad de camino entre la mesa y la boca de Fernández—. *Tendrías como máximo una semana*. El periodista le dedicó una mirada tierna, dejó caer el tenedor y le chocó la copa con la suya. *No te creas que esto lo hago por vos* —le aclaró ella a regañadientes, sin aflojar—. *Necesito que vuelvas al trabajo y dejes de romperme las pelotas*. —En ese tramo levantó la voz—: *¡Y*

*si vas a seguir hecho un boludo no vuelvas más! El purgatorio terminó, querido. ¡A laburar, que esto sigue y nos comen los albatros!*

El viaje se transformó en una zanahoria y la gratitud de Fernández se tradujo en jornadas laborales de quince horas, sin francos ni deserciones. Estar entretenido, cobijado por la redacción, lo mantenía bastante alejado de los extremos en los que había caído, pero de todas maneras no podía sacarse de adentro la gran pena que cargaba ni la ansiedad que la situación le producía. Al llegar a su departamento de separado —más que nunca una oficina fría e impersonal—, atravesaba el insomnio con viejas películas de Hollywood y páginas de Chéjov y de Tolstoi, quien al hablar de la desdicha sexual la llamaba «la tragedia del dormitorio».

Era la segunda vez en su vida que recalaba en México, aunque en la otra oportunidad había sido todo demasiado rápido y a cuento de una entrevista a un viejo escritor del *boom* que se estaba muriendo de cáncer. Guardaba por lo tanto una imagen distorsionada, brumosa y melancólica de una ciudad apasionante, colorida y fatal.

La convención abría en los salones del mismo hotel internacional donde se alojaban cientos de editores periodísticos de todo el mundo. Se trataba del tema de rigor: la desaparición del papel, el avance de Internet, la innovación declamada pero rara vez cumplida y otros lugares comunes del oficio. Fernández no exponía y no tenía más obligación que confeccionar a la vuelta un informe de lo que había visto y oído, algo que podía hacer desde la cama de su habitación canibalizando párrafos de las presentaciones por escrito y reproduciendo los comentarios maliciosos que se hacían durante los cócteles.

El primer día se fue en aterrizajes y aprontes. Fernández saludó a algunos conocidos de la prensa internacional y simuló que le interesaban las quejas ingeniosas y los comentarios políticamente incorrectos que se daban los unos a los otros sobre las alfombras rojas. En un *break* se asomó a un ventanal que hacía esquina con el cielo y observó la ciudad inabarcable, una colmena de millones de seres sin rostro, infantería azteca, mexicas de a pie, las barriadas pobres y las zonas residenciales, los rascacielos y las casitas bajas, los paseos arbolados y el centro histórico. ¿Cómo encontrar a una hormiga entre millones de hormigas iguales que iban y venían, laboriosas, por ese plano laberíntico y alucinante?

El colega que, por correo electrónico, le había dado una mano con las guías y las direcciones, le tenía preparada una lista con nombres y teléfonos de Durmas y Deter. Era un periodista farandulero de Televisa y, por lo tanto, no poseía contactos firmes en la policía ni en el gobierno como para pedirle que además rastreara a una chica supuestamente llamada Milagros Concepción Durmas, o Milagros Deter, o como fuera que se llamase aquella guapa maldita que le había jugado tan fiero. Así que le agradeció con una cena

y al día siguiente se levantó bien temprano para llamar desde un locutorio a los Deter y a los Durmas de la lista. No había muchos, pero pasó seis horas con el teléfono pegado a la oreja hablando con personajes de toda índole y calaña, haciéndose pasar por un primo argentino que buscaba a su primita perdida, dale que dale, sin resultado alguno.

Por la tarde fue con una delegación de periodistas hasta el Zócalo y subió las escalinatas del Palacio Nacional y estuvo media hora mirando los personajes secundarios del mural de Diego Rivera que reproducía la historia entera de México, desde la Conquista hasta Lenin y Frida Kahlo. Durante la cena se sentó con el grupo de editores locales y les dijo a cuantos pudo que buscaba a una excelente fotógrafa *freelance* que se llamaba Milagros. Le tomaron el pelo y le preguntaron, tequila por medio, si se había enamorado de la tía y si la andaba buscando para cogérsela. Algunos editores se dedicaron esa noche a los mariachis y a las prostitutas, y Fernández salió a recorrer las calles.

En el tercer día asistió a dos aburridísimas conferencias que dictaron dos argentinos sabelotodo, y logró que los bloggers de la sala enviaran el pedido de ayuda: Fernández buscaba a una reportera gráfica independiente que se llamaba Milagros y a quien tenía intención de contratar para una cobertura periodística. Hubo solidaridad: un miembro del sindicato de fotógrafos pidió especificaciones y rastreó arriba y abajo todas las publicaciones mexicanas, desde los periódicos nacionales hasta los diarios locales, pasando por semanarios, mensuarios y pasquines. Nadie tenía informatizado ningún nombre parecido a Milagros Deter o Milagros Durmas. Fernández no tenía una foto de ella, pero la describió detalladamente en un *e-mail* que envió a todas las delegaciones utilizando el *mailing* de los organizadores.

En el atardecer del cuarto día regresó al Zócalo y bajó a las entrañas del Templo Mayor. Estuvo tres horas metido en el pasado, recordando la humillación de Moctezuma, la «noche triste» de Hernán Cortés y los sacrificios humanos. Y luego al volver a la Plaza de la Constitución le pareció que seguía en el tumultuoso mercado de Tenochtitlán, y sintió escalofríos.

Esa noche, frente a un mojito en la barra del bar del hotel, se dio cuenta de que le quedaban tres días y que Mili no aparecía por ningún lado. *¿Y si volvió a Los Cabos, y si vive en Yucatán, donde empezó todo?*, se preguntaba. Subió a la habitación, consultó su agenda y marcó el prefijo y el número de un teléfono polvoriento de una isla del Tigre. Miura atendió a los treinta timbrazos. Estaba jugando ajedrez con un navegante solitario que había echado anclas después de rodear el Cabo de Hornos. Su tono, habitualmente parco, era esa noche demasiado amable. Tal vez la nota publicada le había traído muchos clientes y beneficios, o quizá simplemente era el resultado de haber tomado media docena de cervezas. Lo imaginó en su casa, frente a la

computadora y la radio, con los dos mastines dormidos a sus pies. Fernández le contó dónde se encontraba y a quién estaba buscando. Se saltó la verdadera y trágica historia del medio, y Miura no le preguntó nada. *No sé qué hacer en tan poco tiempo*, le confesó Fernández, apremiado y expectante. Miura se tomó treinta segundos para responderle. *Yo busco objetos, no sé buscar personas* —dijo el hombrecito. Fernández estaba seguro de que se había quitado los anteojos remendados y se los estaba limpiando con un pañuelo—. *Al revés no me pasó nunca, pero muchas veces los objetos me llevaron directamente a sus dueños*. Fernández emitía señales de confusión: *¿Objetos?* Miura hizo un ruido y el periodista se dio cuenta de que había abierto otra botellita. *Esa mina sacaba fotos, ¿no?* —dijo y eructó—. *Nadie que saca fotos artísticas resiste la vanidad de darlas a conocer*. Fernández parpadeaba. *Exposiciones, museos, ferias*, enumeró el detective de los objetos perdidos, y le cortó.

En la mañana del quinto día firmó el presente, esperó que se apagaran las luces del salón de conferencias y se fue en taxi a recorrer la ciudad con una guía ilustrada que había comprado en el aeropuerto. Estuvo en Polanco, Coyoacán y San Ángel viendo exposiciones fotográficas. Visitó los mercados de artesanías de la Ciudadela y de Buenavista, pidió información en una oficina turística sobre fotografía artística *underground*, caminó y caminó mirando fotos y listas de autores, y preguntando por una fotógrafa de apellido Deter o Durmas. Y esa noche se durmió vestido, sin bajar a cenar, y se despertó bien temprano y volvió a salir. Anduvo deprimido por el DF mirando mujeres y tratando de encontrar una cara entre mil. Estuvo en el Museo de Antropología y escuchó en una sala el llanto de una chica y cuando se acercó a su pelo negro, lacio y reluciente percibió que por supuesto no se trataba de la *Guapa* sino de una mexicana mucho más fea que acababa de recibir un mensaje telefónico doloroso y que estaba llorando en medio de imágenes prehistóricas.

Pasó la tarde entera en sótanos, en galerías, en rastros. Y cuando cayó el sol sobre Tenochtitlán, con llagas en los pies y en el corazón, se sentó en un parque a ver de lejos una muestra informal de *amateurs* que ocupaba cien metros de largo, de ida y de vuelta. No podía detenerse en cada imagen, de modo que anduvo por esa fila paseando la mirada como quien juega a la ruleta. Y cuando volvía por el lado opuesto, con las manos en los bolsillos y la quijada caída, creyó por fin notar algo. Algo que había pasado de largo, dos o tres metros atrás, pero que se había incrustado en su cerebro. Reculó un poco, sospechando que podía ser un espejismo, y se colocó los bifocales frente a una foto extraña. No era la foto en sí lo que le había llamado la atención, sino el paisaje que se eternizaba detrás del objeto colocado en primerísimo plano. Había pasado demasiados años en Palermo como para no darse cuenta de que se trataba de un tramo del lago del Rosedal. En primer plano había un farol

antiguo. Y atada al farol, con cadena y candado, una bicicleta despintada de competición. A Fernández el corazón le latía en todo el cuerpo. Bajó la vista buscando una firma pero no la encontró. Solo encontró el título de esa obra poética: «El ciclista del tiempo».

Mili se llamaba María Milagros Lima y era hija de Concepción, una rara mestiza de buen ver que había envejecido muy mal. Mili la había retratado durante veinte años como si aquel ejercicio fuera parte de un crudo ensayo fotográfico que intentara capturar la degradación del cuerpo y el lento extinguir de la vida. Había una galería de ciento sesenta fotos en un sitio de Google: «Concepción Lima, cronología de una amargura». Nada se explicaba sobre la obra, pero en las últimas imágenes podía verse a la anciana madre, piel y hueso, en un hospital de muros grises, atada a un respirador, y luego una toma en gran angular de su lápida en un camposanto. Había otras series de fotos, y un currículum donde Mili revelaba todas las muestras y presentaciones y también las becas con las que había sido premiada. No se trataba de grandes antecedentes: Mili no pasaba de ser una artista menor de provincias. Pero al menos figuraba allí claramente el último subsidio: se lo había extendido una fundación con asiento en el estado de Guanajuato. No había otra dirección que la de un *e-mail*, pero Fernández vio demasiadas fotos y menciones a San Miguel de Allende, y dedujo que ese «pueblo mágico», que se ubicaba a 274 kilómetros del Distrito Federal, tenía forzosamente que ser su verdadero lugar de residencia.

Tomó un ómnibus hasta San Miguel de Allende y se sentó junto a un viejo mexicano que era guía turístico luego de haber sido un «espalda mojada». Durante treinta años, había cruzado esa frontera caliente por el camino de los desesperados, de los contrabandistas y de los narcos, y había trabajado en forma ilegal en los Estados Unidos. Antes de volver definitivamente a su tierra, el hombre había oficiado de enterrador en un cementerio privado: *Me traían al muertito y yo lo maquillaba y lo vestía —le contó en la ruta—. Luego, cuando los deudos se iban y nos quedábamos solos, agarraba la pala y le preguntaba a mi compañero: «¿Y a este qué le cantamos? ¿Una ranchera o un corrido?». ¡Y entonces yo les cantaba y les bailaba sobre su tumba! ¡Tengo el orgullo de haber enterrado a 2500 gringos, amigo!*

El guía no dejaba de hablar de su pueblito, de contar que muchos gringos de dinero se jubilaban y se venían a vivir la buena vejez en aquellos pagos, y de recordarle a cada rato que a San Miguel lo habían declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad. Había tomado un curso de arte sacro y parecía un especialista en el barroco: se regocijaba recomendándole visitas a varias capillas y, sobre todo, al santuario de Atotonilco. *Estoy más para las aguas termales*, le dijo el periodista en broma. *Tenemos varios balnearios, señor*, respondió el guía, muy gustoso. Fernández tomó impulso y nombró al objeto

de sus desvelos. *¿Milagros?* —se sorprendió—. *Le compré los otros días un cuenquito para chiles. Trabaja en una fábrica de cerámica pero, usted la conoce, está más loca que una cabra: enseña gimnasia china para aprender a respirar, y se lo pasa entrenando para las olimpiadas regionales.* Fernández tuvo una ocurrencia: *¿Y se casó nomás?* El guía achaparrado achicó los ojos negrísimos y miró por la ventanilla. *Tiene demasiadas amigas como para casarse, amigo* —dijo a la retranca—. *¿Está seguro de que la conoce bien?* Y así como esa máquina parlante se había encendido, repentinamente se apagó: Fernández había logrado su máxima desconfianza.

Se hospedó en una posada paradisíaca, llena de pájaros y flores, a dos cuadras de la plaza principal. Sentía dos cosas contradictorias: dolor y paz interior. Solo se había sentido de esa manera cuando le avisaron que su padre había finalmente muerto después de tanta agonía. Paseó por calles empinadas y coloniales, y preguntando llegó hasta una especie de bazar: Mili ya se había retirado. A esa hora podía encontrarla, con toda seguridad, en un parque boscoso que quedaba cerca. Se escuchaban los tañidos de las campanas de las iglesias y el murmullo de los turistas. Ya sin prisa, llevado por el atardecer, llegó en cinco minutos al parque Benito Juárez, un área de estilo francés con fuentes y bancos de hierro. Un pequeño bosque de Palermo con moras y nogales, caminos y sendas, juegos infantiles y canchas de básquet. En un claro de la vegetación y el recreo, Mili guiaba a seis ancianos en las prácticas del tai chi. Iba vestida con su uniforme de bambula aunque llevaba calzas azules, vincha negra y hebillas. Parecía muy concentrada en la danza de la sombra, en la redondez, en las manos de nube, y en darles indicaciones a sus alumnos, la mayoría de ellos caucásicos y evidentemente anglosajones. Fernández ya no sentía nervios, flotaba ahora en un insólito alivio, como si alguien le hubiera quitado con magia blanca la cathedral que cargaba en su mochila.

Eligió un banco en un rincón, se sentó, se cruzó de piernas y puso un codo en el espaldar. Era una tarde maravillosa y se escuchaban el canto todavía entusiasta de las aves y algunos rumores de agua. También los chicos que gritaban al hamacarse y el rebote de una pelota y el temblar de un aro. Fernández entrevió que lo consolaba tremendamente haberla encontrado, no porque guardara la mínima esperanza ni porque deseara vengarse haciéndola sufrir. La verdad es que haber localizado aquella aguja en aquel pajar lo reivindicaba frente a su propia estupidez. Y ahora no importaba lo que fuera a suceder porque lo importante ya había sucedido. *Son cosas serias las heridas del narcisismo*, se dijo y sonrió. Pero lo hizo como si fuera un soldado recién salido de un hospital de campaña donde le acababan de amputar una pierna. *Que otros se jacten de sus éxitos* —parafraseó—. *Yo me jacto de mis derrotas. De haber salido vivo de ellas.* Vaya autoindulgencia, qué modo de festejar un fracaso.

Cuando los movimientos lentificados del tai chi terminaron, la maestra los despidió inclinándose levemente hacia delante y después tirándoles besos graciosos. Recogió de los pies de un tronco su bolso, se sacó la vincha y las hebillas y revoleó el pelo negro para que cayera sobre su espalda. Después se puso a la par de dos alumnos y caminó por un sendero con ellos comentando cualquier cosa. Fue a mitad de esa subida que descubrió a Fernández y se quedó tiesa. Los viejos siguieron caminando como si no hubieran percibido la tensión, pero ella permaneció rezagada, con los ojos grises abiertos hasta lo imposible. Fernández se mantuvo también en su posición. Y entonces la cabeza de Mili empezó a moverse hacia los costados y los ojos grises empezaron a buscar histéricamente a alguien escondido entre la vegetación o bajo la alameda. *No traje a la policía*, dijo Fernández en un susurro. La *Guapa* estaba pálida y desorbitada, pero parecía haberle leído los labios: bajó la vista, respirando con fuerza, como si necesitara oxígeno, y después volvió a levantarla y a caminar hacia el banco de hierro. No caminaba con su contoneo providencial sino como si le pesara una catedral en el hombro. *Tomá mi mochila*, Guapa —pensó Fernández—. *Te la ganaste*.

Trastocando los hechos, ella cobró velocidad y firmeza a medida que se le aproximaba y cuando estuvo a centímetros le cruzó la cara con el revés de la mano. Fernández acusó el golpe, se puso de pie y le dio un puñetazo en el pómulo. El periodista no sabía pegar. La última vez que le había pegado a alguien había sido en un baile del secundario, así que le sonaron horriblemente los dedos y la trompada terminó en rasguño. Aun así, Milagros trastabilló y soltó el bolso. Estaba bien entrenada y entonces Fernández temió lo peor. Y lo peor sucedió: la chica le pateó los testículos y lo dejó agachado y dolorido, haciendo flexiones junto al banco de hierro y bajo la mirada de tres niños horrorizados. Mili saltaba de un lado a otro en puntas de pie como si fuera una boxeadora bailando a un rival, con los brazos adelante y los puños cerrados. En ese instante se dio cuenta de lo ridícula que resultaba la situación. Se tomó la cabeza y se agachó junto a Fernández y lo abrazó llorando. *Mi amor, mi amor* —le decía, mientras varios vecinos se acercaban a socorrerla—. *¿Cómo me has encontrado, guey? ¿Cómo te has venido desde el culo del mundo? ¿Has venido a llevarme contigo, guey? ¿No lo entiendes? No puedo irme contigo ni con nadie*. Faltaban Gigliola Cinquetti y el Trío Los Panchos. El sainete se completó cuando dos de los tres vecinos intentaron hacerse cargo del agresor. Entonces ella volvió a erguirse y les gritó que los dejaran en paz, que era su novio y que estaban teniendo una discusión romántica. Fernández pasó del gemido a la risa. Y Mili se contagió, y empezaron a reírse como dementes, y ella lo llevó hasta su departamento y lo metió presurosamente en su cama.



Vivía en los altos de una fábrica de muebles rústicos con una novia que estaba de viaje. Dos habitaciones con cocina y excusado, y una pequeña terraza para tomar sol y margaritas. El dormitorio combinaba toques budistas con motivos locales, y era de un misticismo incómodo. El comedor era un *living* tapizado de acuarelas y fotos artísticas. Sobre una cajonera había dos imágenes enmarcadas: María Concepción con una mantilla en el Oratorio de San Felipe Neri y Milagros abrazada de una gringa morruda y lechosa de ojos verdes. *Es galerista y trabaja tres días por semana en Guanajuato*, le informaría luego Mili acariciando el vidrio que protegía la foto.

Entraron besándose y refregándose con fuerza, y estuvieron un rato en un sillón y otro en la cama de dos plazas, pero a las efusiones del comienzo siguieron algunos lapsus y flaqueos vinculados a que Fernández no podía concentrarse ni dejarse llevar. Esta vez sabía que no podía cogerla, agarrarla, poseerla, y que estaban haciendo una mímica de lo que habían hecho aquella vez. Que era el epílogo de una segunda despedida y que ya no podía preguntar lo que había preguntado: *¿Me querés? ¿Me querés, Mili?* Ella podía acabar con él varias veces, pero no lo quería. En el mejor de los casos, sentía por él lo mismo que había sentido Fernández por Lola Bianco: afecto amistoso y erotismo hormonal. Esos dos ingredientes juntos podían ser confundidos con el amor. Pero el amor era otra cosa.

La pasión de esa noche se deshilvanó y fue derivando hacia un vigoroso masaje de espalda y cintura, que la flaca de tetitas y ojos grises le hizo a horcajadas. La herida del pecho se había cerrado un poco más: aunque Mili vivía libremente su bisexualidad, estaba enamorada de una mujer. Fernández no tenía la culpa de no ser suficiente hombre para ella. No podía ni siquiera aspirar a «curarla», como fantasean algunas mujeres con los homosexuales. Y, a su modo, los orgasmos de Mili eran una ofrenda y no una fingida estrategia para engañarlo. Quiso creer, boca abajo, que Mili no había querido dañar, que no había premeditado todo y que se sentía verdaderamente compungida frente a esa fuga sin explicaciones después de un hecho que ella no podía explicar. *¿Sabes las veces que estuve a punto de llamarte o escribirte?* —oyó que ella le decía como si estuviera leyendo sus pensamientos—. *En Ezeiza empecé a marcar tu número y me arrepentí. En el DF me senté en un ciber para enviarte un correo y por la mitad desistí. ¿Qué decirte? ¿Y cómo hacerlo?*

Como Fernández no decía nada, Mili se levantó y cruzó la habitación desnuda. Puso un disco de Jorge Negrete, pero bajito, y preparó dos margaritas. Fernández tomó un traguito y le acarició el pómulo lastimado. *Sos un hombre violento* —dijo ella con humor doliente—. *Un rasguñador de mujeres indefensas.* Y le tocó la mejilla todavía enrojecida. Fernández se pasó la lengua por la comisura de los labios porque los sentía entumecidos y trató

de comprobar si le había salido sangre. Mili se apoyó en el espaldar con la margarita a medio beber y la sábana a medio tapar, y dijo: *Desde que murió mi mamá no pude dejar de pensar en mi padre. Fue una obsesión, te lo aseguro. Y cuando viajé a Buenos Aires lo hice a conciencia, soñando que lo mataba de un tiro y regresaba, y que me curaba, y que empezaba por fin mi segunda vida.* La segunda vida de las flores, pensó Fernández, pero se quedó callado. *Me movía como si fuese a cometer verdaderamente un crimen — siguió Milagros con una mueca—. Pero en mi fuero íntimo me daba cuenta de que era un delirio y que cuando llegara el momento no podría hacerlo. Después apareciste tú y tus detalles y enamoramientos, y aquel último día en que traicioné a mi compañera contigo... fue tan perturbador, no puedo describírtelo. Manejé como poseída hasta esa calle y lo esperé a Durmas, y me le fui encima como la otra vez, aunque de un modo más lento, creyendo que se haría a un lado en el último segundo y que de nuevo se llevaría un susto de muerte. Pero el cabrón me miró a los ojos. ¡Dios mío! Tenía los mismos ojos que yo. Y no quiso moverse, como si me retara o como si tratara de ver si había llegado su hora. Te juro que pegué el volantazo para evitarlo pero ya era tarde. Sentí un golpe horrible y escapé sin mirar. No te estoy mintiendo. Te lo juro por lo más sagrado. ¿Y qué era lo más sagrado que Mili tenía? Presentaba un parricidio como si fuese un descuido, hasta un suicidio asistido en virtud de una justicia poética o de una resignación existencial. No había podido llamarlo ni escribirle a Fernández, el imbécil que la amaba, porque no sabía cómo explicarle lo que había hecho, olvidando que lo dejaba atrás, en la tierra de la paranoia y a merced de los lobos. ¿Cómo creerte, Guapa? ¿Y qué relevancia tiene ahora esta argumentación?*

Fernández se levantó de la cama y comenzó lentamente a vestirse. Desde donde estaba vio la terracita llena de caireles y figuras de San la Muerte que pendían del techo y giraban con la brisa. *¿Nunca tuviste miedo de que te denunciara?*, preguntó sin dejar de mirar los esqueletos y las calaveras sonrientes. Mili no le respondió. *Todavía puedo hacerlo*, dijo sabiendo que era una gran mentira. *Tu abuela hubiera disparado aquella escopeta*, escuchó que decía Milagros Lima desde la cama. *¿A qué vine?* —se preguntó Fernández—. *¿A qué mierda vine? ¿A probarme que podía venir?* Se puso los zapatos y avanzó despacio hacia la puerta. *No te vayas, mi amor*, le dijo ella, pero no quiso mirarla ni por última vez. Fernández abrió y bajó las escaleras, se perdió en las calles, encontró la posada, se desvistió por completo y se metió en la piscina del jardín. Estuvo flotando una hora con la mente en blanco y después se acostó a pasar la noche en vela, aunque cerca del amanecer se encontró soñando que la *Guapa* se acercaba en la oscuridad con sus ojos grises y le clavaba un puñal de obsidiana en el corazón.

Desayunó muy rápido y tomó el bus de regreso. No le interesó ni siquiera el paisaje. Volvió tomando algunas notas en su cuaderno y al llegar al Distrito Federal comprobó que las páginas se habían acabado. Arregló la reprogramación del vuelo, estuvo unas horas vagabundeando por el Zócalo, compró una novela usada de Juan Villoro, hizo el *check out* en el hotel y el *check in* en el aeropuerto, y se subió al jumbo de Mexicana. Desde el aire vio que sobre la ciudad se cernía una gran nube oscura, tóxica y amenazante.

*Una vez un joven discípulo me preguntó cómo había hecho para mantenerme sesenta años en esta profesión —dijo Frangolini, y su voz ya era un filamento—. Lo pensé mucho y al final le develé el misterio. Es un misterio que vale oro, muchacho. Resulta que después del primer día siguió el segundo, y luego el tercero y así. Después de un año sigue otro, y otro. Y un día son sesenta. Después de un momento vienen otro y otro, y resulta que eran nada más que momentos. Eso era todo. Qué cosa extraña, ¿no? Eso era todo.*

Fernández se levantó de la silla como si tuviera zapatos de buzo y caminó pesadamente hasta la mesita de licores. Colocó con pulso vacilante el vaso vacío de *whisky* en su lugar y luego se asomó a la ventana que daba a Paraguay. El sol ya despuntaba y la noche de la última seducción había terminado. Volvió junto a Frangolini y comprobó que seguía despierto y blanco, arropado en su sillón y abrazado a su álbum de fotos. *Anoté una frase de Kundera —le dijo el gran seductor de Palermo Pobre, y extendió su preciada obra maestra—. Leela en voz alta, por favor. Quiero escucharla una vez más.* Fernández recogió el álbum de fotos y amantes, y empezó a pasar las hojas pesadas hasta el final, hasta la retirada de contratapa, donde Leno había transcritto con pluma y caligrafía señorial un largo párrafo: *«Comprenda usted que la mera diversión del cuerpo, si se queda exclusivamente encerrada en su mudez, es siempre fastidiosamente igual, una mujer se parece en ella a la otra y todas caen en el olvido. ¡Pero si nos lanzamos a la alegría del amor es para recordarlas! ¡Para mantener nuestra memoria en una llama eterna! Y debe creerme, amigo, tan solo una palabra, la más corriente que existe, pero dicha en ese contexto, es capaz de iluminar a esa mujer de tal modo que resulte inolvidable. Dicen de mí que soy un coleccionista de mujeres. En realidad soy mucho más un coleccionista de palabras».*

Levantó la vista con una sonrisa ladeada y descubrió que Leno estaba dormido. Tiró de la manta y lo tapó mejor, cerró el álbum y lo depositó en el aparador, y luego se quedó parado mirando la sala de espera y, más allá, el consultorio abierto que conocía desde chico. *Tenés una piel de mierda*, le había dicho la primera vez que lo había revisado con la gran lupa. Fernández había vuelto a casa con pomadas y lociones, y con la sensación de que la cara

se le iría despellejando con los años y que se convertiría en un monstruo rojizo: tenía nueve años.

Retrocedió hasta la puerta y vio que estaba sin llave, y que podía abrirse con facilidad desde afuera. Buscó en los bolsillos del saco de Frangolini y revisó también los alrededores, pero no encontró el llavero. *A lo mejor se lo dejó en el pantalón* —pensó evaluando las posibilidades—. *Pero si le meto la mano ahora se vuelve a despertar.* Así que cerró la puerta y caminó cincuenta metros hasta el bar Montecarlo, que estaba levantando sus persianas. Tuvo que esperar un rato para que la máquina del café se calentara y le sirvieran un tazón con medialunas. El mozo no aguantó más y le preguntó qué había pasado. *Fue una noche inolvidable* —declaró el periodista desperezándose. Vio la expectativa del mozo y sintió que tenía una suerte de obligación moral. Se arrellanó y le dijo—: *Vos vieras la técnica del viejo. Se levantó primero a un minón en una confitería de Santa Fe y luego a otra en un club de San Telmo. Pero las descartó porque en una milonga lo esperaba la más linda: Cecilia, una cantante deliciosa y recontrafuerte, una yegua madrina. Bailaron unos tangos y se la llevó a la catrera. Yo lo estuve esperando en el coche dos horas, y después lo acompañé a casa. Estaba más fresco que yo, te lo aseguro.* El mozo dejó la bandeja de metal y juntó las manos: *¡Un maestro!* Y Fernández dijo: *Un verdadero maestro.*

Enseguida volvió a quedarse solo y a mirar por la ventana. Pasaba el 39 lleno de oficinistas y corrían por la calle ejecutivos bien empilchados y mujeres de taco alto que trabajaban en el centro. De pronto a Fernández lo asaltó una idea. Una idea que lo remordía. *Yo no puedo dejar a este viejo solo y con la puerta abierta* —se dijo—. *Tengo que llamarle a un médico y quedarme con él hasta asegurarme de que todo está bien. ¡Tiene ochenta años! No puedo ser tan hijo de puta.* Pagó y salió a la vereda, y se acarició los riñones y tomó fuerzas antes de volver. Entró en la casa y se acercó despacio al sofá. Nada había cambiado, salvo un pequeño detalle: el dermatólogo tenía un ojo abierto y otro cerrado. Un paramédico de Emergencias, que tardó cuarenta y cinco minutos en llegar, le confirmó que Leno Frangolini había muerto.



**10**

## **Las chicas del Montecarlo**



**H**ubo semanas enteras en las que Fernández seguía escribiendo sobre su experiencia de hombre recién separado, y otras en las que abría un archivo de Word para narrar con pelos y señales la última noche del último seductor. Cuando le parecía que por fin estaba tocando tierra firme, algo lo hacía cambiar una vez más de rumbo y de pronto se encontraba adulterando el crimen de Luis Durmas y recreando con identidades cambiadas y circunstancias equivalentes el amor autodestructivo que había mantenido con María Milagros Lima: en el texto, ella era una rubia colombiana y el homicidio de su padre sucedía en la boca de la estación Carranza del subte D; la *Guapa* lo empujaba en un impulso y Durmas caía por las escalinatas y se rompía el cuello. Fernández iba a buscarla a Bogotá y la encontraba en Cartagena de Indias. En ocasiones, el dolor o la paranoia lo arrepentían y entonces dejaba todo ese paquete y saltaba a las penas y los ardores de la Colorada, volvía a las leyendas de Palermo, se sumergía en las fantasías del ciclista enamorado o regresaba, como en puntas de pie, al dermatólogo irresistible. Una nochecita, sentado bajo la glorieta del Rosedal, mientras veía pasar a las últimas patinadoras y a los primeros travestis, en ese particular instante en el que la zona verde se transforma en roja, todas las piezas encajaron como por arte de magia.

Se dio cuenta de que todo tenía que ver con todo. Que no estaba escribiendo varias novelas sino una, que mientras vivía de algún modo narraba y también que de algún modo había sido narrado, y que ahora debía ensamblar las partes para que significaran algo. Corrió hasta su casa con esa visión y se reunió con los textos dispersos. Decidió en un rato el esqueleto y la amalgama, y se puso a escribir doce horas por día hasta que la novela se le fue de las manos y se le terminó sola. *Tiene algunos cabos sueltos hacia el final*, dictaminó Patricia Masquelet al leerla de un tirón: era fanática de P. D. James. La reina estaba un poco borracha, metida en la cama y tapada hasta el mentón, y aun así era capaz de diseccionar la novela de atrás para adelante y de exigirle respuestas sobre Durmas que Fernández no tenía. El periodista la escuchaba por teléfono mientras se cocinaba unos fideos a la manteca. *Está bien, no es una novela policial, aunque en algún punto lo parece* —dijo ella al fin—. *Hay que dar un anticipo y después presentarla en el bar Montecarlo. ¿Qué otra nos queda?* Hubo una pausa para terminar la sexta copa:

probablemente tenía la botella del Luigi Bosca en el piso y el copón de sommelier sobre la metálica mesita de luz. *Esa chirusa ni siquiera entendió la filosofía del tai chi* —atizó despectivamente—. *Se piensa que el tai chi es solo una coreografía.*

*Las chicas del Montecarlo* tuvo un aceptable lanzamiento y algunas críticas maliciosas, y se presentó un mes y medio más tarde en el café de Ravignani y Paraguay, que fue cerrado para la ocasión. El mozo sonriente sirvió calentitos, malbec y *champagne*, y la editora contrató los servicios de Cecilia, la última conquista del genial conquistador, para que cantara con guitarra criolla *Nieblas del Riachuelo* y una milonga de pesares que la bailarina de la tanguería había escrito para otro novio furtivo. Un maduro productor de Palermo Hollywood se le acercó y la estuvo chamuyendo largo rato: le prometía contratos fabulosos y le tiraba los galgos con voz meliflua.

Esa noche vinieron hasta las hermanas del dermatólogo que vivían en San Antonio de Padua, y sus discípulos colocaron una placa en la entrada que decía: «*Aquí daba cátedra con discreción y elegancia una leyenda: Leno Frangolini, el maestro total de la seducción*».

Damas de todas las edades llegaron bien temprano y ocuparon las mejores mesas. Había varias desconocidas, pero Fernández las saludó una por una con un beso, mortalmente agradecido de que se hubieran tomado la molestia de venir. No pintaban por allí ni la deslenguada del gimnasio ni la tetona holandesa, pero la lánguida actriz de Ideas del Sur, la Colorada y el chef, Mora y Lola Bianco, aquella beldad que se le había resistido a Leno en una confitería de Santa Fe y hasta la joven veterana que se había ido llorando del club de San Telmo estaban ubicadas en lugares estratégicos. A Fernández el bar le parecía más pequeño que de costumbre y las mujeres menos agraciadas de como las recordaba. Temió por un momento que el local se desbordara y, por otra parte, también que ellas se hubieran descubierto en el texto, a pesar de que los personajes femeninos estaban contruidos con retazos de todas, con virtudes y defectos de otras, y con toques de imaginación pura. Temía una escena de sofocación y otra de escándalo. *No te preocupes tanto* —le dijo Masquelet al oído—. *Ninguna es tan tonta como para no entender el juego. Están acá porque se creen las musas del libro. Y porque son cholulas argentinas. ¡La idea de que la literatura las homenaja es irresistible, querido!* Patricia también estaba de estreno: el pintor de Trenque Lauquen había caído en desgracia y andaba en pleno frenesí con un violinista judío que leía a Schopenhauer. El mozo logró que la gente se sentara en las ventanas, y que otros permanecieran parados en la vereda de esa noche primaveral, donde se podía fumar escuchando la música de Cecilia y los palabreríos persuasivos de los presentadores. Patricia pidió silencio tomando el micrófono y comenzó a decir algunas cosas. *Estamos aquí para presentar*

*este tratado de pesca —anunció—. No pudiendo escribir Moby Dick ni El viejo y el mar, Fernández se ha contentado con escribir un manual de pesca de altura. Acerca de cómo los hombres y las mujeres se pescan y eluden los unos a los otros durante toda la vida. Es una novela que contiene, en sí misma, una primicia mundial que revolucionará la ciencia: ¡Los hombres también tienen corazón!* Hubo risas y aplausos, y Fernández se enterneció al ver entre el público a su primo Beto, que había venido desde Bahía Blanca. Para haber estado en el infierno, el miembro más sufriente de la Sociedad de los Hombres Felices se veía bastante repuesto. También saludó con la cabeza al profesor Murena, que había sido traído por una enfermera y ubicado en un costado, con su andador y su aire aristocrático. Al terminar la presentación, cuando Fernández se acercó a saludarlo, Murena señaló a la enfermera y le dijo en voz muy baja: *Es Nerina*. Fernández la miró y se dio cuenta de que encajaba con la descripción. Nerina se lo llevó lentamente hacia el olvido.

Cuando le tocó hablar, Fernández quiso dar otra primicia mundial, en honor al ajedrecista: *Luego de un número determinado de vueltas alrededor de un mismo círculo de agua, en determinados períodos de días y de noches, y teniendo en cuenta la posición de los planetas, y siguiendo siempre el sentido del reloj, si se gira en contrario siete veces se retrocede en el tiempo.* Incursionó después en el emputecimiento del amor, en las segundas partes de la vida y en los territorios barriales que signan la infancia y adolescencia de los hombres y también de las mujeres.

Hubo más aplausos y brindis, y Cecilia arrancó con aquella vieja canción: *«Amapola, lindísima Amapola, será siempre mi alma tuya sola. Yo te quiero, amada niña mía, igual que ama la flor la luz del día»*. Sucédían mientras tanto abrazos y besos, saludos afectuosos e ironías, y enseguida se armó una fila para que el autor firmara libros. A la que primero le firmó fue a la Colorada, que no le trajo la novela nueva sino un libro de cuentos anterior que ya tenía las tapas sobadas y amarillentas. Cuando Fernández abrió el ejemplar para estampar su dedicatoria, descubrió que estaba subrayado en varias páginas y que escondía, por el medio, una gerbera disecada, anaranjada y descolorida. Aquella flor última. *Ya ves —dijo la Colorada—. Hay una tercera vida de las flores, y está en los libros.* Fernández la miró y en ese brevísimo instante la quiso con todo su corazón. Después intervino el chef macanudo, le hizo un chiste bien cocinado y lo saludó con un beso en la mejilla. Los demás miembros de la cola se impacientaban, y entonces Fernández les dio las gracias y los dejó partir. Tenía una gerbera disecada en la barriga, pero sus lectores lo obligaron a digerirla rápidamente: desfilaron casi todos los personajes del libro buscando una palabra y una firma. Lola Bianco le preguntó al oído si el asunto de Mili era cierto y, a pesar de que Fernández lo negó dos veces, ella le dio el pésame. Su marido estaba tieso y



distante, con su dentadura de publicidad y su apostura de yudoca. Mora, su suegra, lo apartó para asegurarle al periodista que esta novela le permitiría seducir a muchas mujeres. *No hay nada de malo en la vida sensual* —le dijo, guiñándole un ojo—. *En cuanto a la vendetta que me tomé con Leno, no me juzgues demasiado. Hay cosas que una dama tiene que hacer para seguir viviendo.* Fernández intentó darle una explicación, una excusa o una negativa, pero Mora no quiso oír nada de eso: no estaba enojada, ni mucho menos; solo quería dejar sentado su punto de vista. El narcisismo es terco y vicioso. «*Amapola, lindísima Amapola, no seas tan ingrata y ámame, Amapola. Amapola, ¿cómo puedes tú vivir tan sola?*». Cecilia terminaba y arrancaba de nuevo, como si estuvieran pasando los títulos finales de una película y ella tuviera que sostener el tema con el *leitmotiv* hasta que la proyección finalizara. La reina Masquelet fue quien empezó a cerrar el acto. Había un cóctel en su casa y estaban invitados los más íntimos, es decir, casi todos. *Y me parece que esta noche no dormís solo* —le murmuró a Fernández—. *La chica de Ideas del Sur está a punto caramelo. No tardes.* Los empezó a arrear con aires de sargento de caballería que ordena a la tropa. Cuando ya casi se habían marchado todos, y hasta Cecilia había enfundado su guitarra y ya partía para el dúplex de Dorrego con aquel productor babeante, el mozo le avisó a Fernández que había una lectora rezagada. Era verdad. Se trataba de una mujer alta y distinguida, que había llegado antes que nadie y que se quedaba después de todos, y que ocupaba una mesa individual contra la pared. Era una anciana vestida con una elegancia discreta, tenía el cuello apergaminado y las manos manchadas por la vejez, pero su rostro conservaba cierta frescura natural, y sus ojos azules iluminaban varios metros a la redonda. Llevaba un vestido negro y joyas sutiles pero visiblemente caras. Parecía una actriz argentina de los años cuarenta, se había tomado una copa de Chandon y portaba un ejemplar de *Las chicas del Montecarlo*.

Fernández se sentó frente a ella abusando del agradecimiento, y cuando le pidió el nombre para hacerle la dedicatoria, la dama dijo: *Usted sabe quién soy.* Lo dijo con una voz imponente y tabacal. La voz de una mujer importante. Fernández la miró a fondo, vio sus pómulos y el trazo de su boca, y tuvo una revelación divina. Asintió varias veces sin atreverse a pronunciar ese nombre. Pero al final lo pronunció: *Amapola*.

La gran dama vestida de negro fumaba sin pedir permiso y jugaba con un Dupont de oro. No tenía una mirada inquisidora ni anhelante: el azul intenso deslumbraba pero trasuntaba un toque inequívoco de pena y cansancio moral. De nada habían valido los maquillajes literarios: detrás de aquella falsa colombiana que había empujado a su padre por las escaleras del subte, Amapola había detectado la verdad verdadera. Y eso significaba, para Fernández, una pesadilla recurrente vuelta realidad: alguien leía el libro y

descifraba las claves; intervenía la policía y destapaba el crimen. El libro como detonador de calamidades. Lo había vencido la soberbia, nunca debió haberlo escrito. Amapola pareció leerle el sufrimiento: *No se preocupe* —le dijo en seguida, y una voluta de humo le pasó por la cara—. *Al revés de esa guapa, no quiero ningún tipo de justicia. No hay justicia posible en estos asuntos.* Fernández la veía como un testigo de cargo y se insultaba íntimamente por no haberse reprimido. Ya era tarde, ya había admitido con una sola palabra toda su culpa. Ella sabía que él sabía, y no había forma de volver atrás. *No digas nada* —se ordenaba ridículamente Fernández—. *No digas nada, pueden estar grabándote.* Nadie, por supuesto, lo grababa, y el mozo les hizo el último café mientras bajaba las persianas y subía las sillas.

—Solo vine para explicarle que siempre hay otra historia —dijo la gran dama manchando de carmín los bordes de su vaso de agua. Sonreía de costado y movía un poco la cabeza—. Vengo a unir los cabos sueltos.

Fue en ese momento en el que Fernández se vio desde afuera, como si se tratara de otro. Vio a un cuarentón charlando con una digna anciana, en ese bar triste, solitario y final, y entonces cayó en la cuenta de que Amapola no venía en son de guerra, que venía nada más que para cerrar una vieja llaga.

—¿Cuándo se conocieron? —le preguntó con voz finita.

Tardó en responder. Se tocaba un aro dorado con la vista congelada. Fernández recordó aquel retrato al lápiz. El perfil altivo y bello de la mujer desnuda. Aquel medio cuerpo en sombras, aquellos rasgos europeos y aquellos pezones pequeñísimos. Y los bocetos de la mano, del brazo y del cuello que había dibujado N.

El mozo sirvió los cafés y siguió con sus últimos menesteres. Amapola manchó el borde del pocillo y golpeó con los nudillos la tapa del libro como si estuviera tocando a la puerta de una casa.

—De muy joven quiso ser alguien —dijo al fin, y se rio—. Pero terminó siendo nadie. Qué cosa. Se creía predestinado para el arte, ¿sabe? Y después para los grandes negocios. Pero el único éxito concreto que tuvo fue con las mujeres. Hay una gran carga erótica en un hombre apasionado por un ideal o un oficio. Sus sueños de grandeza me hechizaban.

Fernández intuyó que no debía interrogarla. Que era su historia y que él estaba allí solamente para escuchar lo que ella tenía para decir, con los detalles que ella quisiera y del modo en que eligiera contarlos. Le hubiera gustado, en circunstancias normales, formularle cien preguntas, pero se mantuvo en el molde, bebiendo sorbitos de café y mirándole las pupilas dilatadas.

—Yo era la niña bien y engrupida —siguió—. La hija del dueño. Me voló la cabeza conocerlo. Piel, deseo, celos, encuentros, peleas, reconciliaciones. Supongo que nos volvimos locos. Pero como su amigo Frangolini, yo también

sabía leer los subtextos. Y a medida que iba pasando el tiempo, me palpitaba que para aquel hombre no había logro ni empresa ni mujer que le bastaran. Le confieso que lo dejé con un gran dolor, y que tal vez lo hice un poco frívolamente, como hacía yo las cosas en aquellos años. Pero no quería atarme a una incertidumbre que caminaba, y le cerré la canilla. Las mujeres somos drásticas cuando cerramos, usted lo sabe bien.

Tomó de nuevo su paquete de cigarrillos rubios y le convidó uno. Fernández no fumaba desde 1989, pero necesitaba hacer algo con las manos. Amapola le acercó el Dupont y el periodista dio una pitada sin tragar el humo. No le gustó nada y dejó que el tabaco se le fuera consumiendo entre los dedos.

—Tenía tanto orgullo que no podía aceptarlo —dijo entonces la gran dama quitándose una hebra de la lengua. Fumaba acodada en la mesa, con el antebrazo en alto—. Se le metió en la cabeza que yo lo había pateado porque él no tenía nuestro nivel social. Así que dejó el dibujo y la pintura, y empezó a desvivirse por hacer plata. Me daba mucha rabia eso. Y traté varias veces de explicarle que se equivocaba, pero siempre terminábamos en la cama y él trataba de manipularme. No dejó de hacerlo ni siquiera cuando me puse de novia, ni cuando me casé. Nunca se lo conté a nadie. Él era una debilidad y una confusión. Pasaban los años pero seguía de algún modo incrustado en mi vida. A lo mejor, yo nunca había dejado de quererlo. No sé. Realmente no sé si se puede querer a dos personas a un mismo tiempo.

—A veces se puede.

—No sé —repitió tragando saliva; luego se alzó de hombros—. El asunto es que se metió en líos financieros, y después cayó en una quiebra fraudulenta y se tuvo que escapar al Paraguay. Y la verdad es que no sé qué hizo allá. Me escribía cartas de amor, me pedía que dejara a mi marido y que fuera a verlo. Pero no le devolví ni una sola carta. Así como venían, les pegaba una leída rápida y las tiraba a la basura. En esa época pensaba que podía olvidarlo.

—¿Qué hizo en Paraguay? —Fernández no podía con su genio.

—Malos negocios, es todo lo que sé. A lo mejor se casó y tuvo diez hijos. Nunca me dijo nada. Sí me enteré, pero muchos años más tarde, que se fue con nombre cambiado a México. También desde Los Cabos me escribía cartas y me mandaba sus dibujos.

La voz imponente y tabacal estaba flaqueando, como si remover aquellos escombros le estuviera quitando fuerzas. A Fernández se le había llenado la mesa de ceniza inútil. Apagó el pucho en el cenicero de metal y se pasó una mano por la boca.

—A mi marido lo trasladaron a San Pablo y recomenzamos ahí nuestra vida —dijo parpadeando. A Fernández le pareció que sus pómulos actuales no se correspondían con los pómulos del dibujo, pero todo lo demás encajaba de una manera notoria. Fernández pensó una obviedad: cómo pasa el tiempo y

cómo destroza—. No sabía, hasta ahora, que había formado una familia. Y tampoco sabía que la había abandonado para venir a buscarme.

—¿A buscarla?

—Tiene algo de irresistible para cualquier mujer que un hombre no se rinda después de tantos años. —Lo miró ahora con picardía—. Aunque Leno y Mora demuestran que la vanidad lastimada del seductor puede ser poderosísima. Un seductor serial puede tenerlas a todas porque no puede tener a una.

—Veo que ha sabido leer.

—Me localizó en San Pablo gracias a unos amigos en común —dijo terminando su café frío—. Fuimos amantes durante cinco años. Nunca pudo convencerme de que me divorciara.

—Se ve que usted amaba de verdad a su marido —acotó Fernández irónicamente.

—Se ve que sí —respondió ella sin ironías, con una sombra en el rostro. Luego se acomodó mejor en la silla, como si estuviera por afrontar un dolor de pecho—. Tuve que poner en la congeladora a ese amante despechado, hasta me amenazó con hablar con mi esposo. Imagínese, yo tenía para ese entonces tres hijos, ahora tengo nueve nietos. Lo mantuve a gran distancia. Y muy de cuando en cuando me llegaban noticias de que estaba metido en tal o cual asunto, que se había vuelto alcohólico, que estaba muy desmejorado y que al final se había vuelto a Buenos Aires.

—La causa judicial había prescripto.

—Sí, y él había vuelto con su verdadero nombre. Quería dedicarse por entero a ser un artista. Pero lo que escribió en su libro es cierto: nunca tuvo verdadero talento.

—¿Cuándo lo volvió a ver?

—Enviudé hace diez años y toda la familia regresó a la Argentina. A los cinco o seis meses se presenta una tarde en casa. Yo no podía reconocerlo. Estaba hecho pelota. Quería que retomáramos algo que se había muerto hacía rato.

—Se negó. Pero con recaídas.

—Con varias recaídas —volvía a reírse con sus dientes immaculados de nicotina y alquitrán—. Y un día éramos viejos y él estaba enfermo. Nos dedicamos a ser amigos ocasionales. Tomábamos un té en Palermo Soho cada muerte de obispo. Charlábamos de cualquier tema, y cada uno se volvía por su lado. Una vez, hace dos años, me dio la llave de su casa y me dijo que si le llegaba a pasar algo, si lo encontraban muerto de un bobazo o algo por el estilo, me hiciera cargo de sus cosas. Hace unos meses me llamó por teléfono y me dijo que yo era lo único que verdaderamente le había importado en toda su vida. Me enteré por los diarios que había muerto en un accidente. Después

leí ese anticipo en la revista del domingo y una amiga me contó toda la novela, de punta a punta, una tarde que fuimos al cine. Y me entró curiosidad por la historia del dibujante. Cuando la leí, comprendí que se trataba de la misma persona. Había demasiadas coincidencias. Además, no podía ser inventado ese asunto de la colombiana. Fue entonces que usé la llave y entré en la casa amarilla. ¿Y a que no sabe qué encontré sobre el tablero de arquitecto?

—Dibujos.

—Bocetos de ojos grises. Ojos asesinos.

—Los ojos de la *Guapa*.

—Hay hombres que infligen a otros lo que le han hecho a ellos. Como esos niños violados que de grandes se transforman en abusadores. Me sentí mal. De alguna manera, esa guapa tenía razón. Yo era culpable. Culpable de no quererlo lo suficiente, y aun así, de no haber sabido apartarlo completamente y de una vez por todas. De haberme convertido en un imán negativo. E incluso de haber fantaseado en algún momento con una segunda oportunidad.

Buscó algo en su cartera y lo puso sobre la mesa. Tomó lo que quedaba del cigarrillo, le dio una última pitada y lo aplastó. Fernández miró el llavero.

—¿Quiere ver esa casa por dentro?

Fernández sopesó unos segundos la propuesta. Ya no tenía miedo a una trampa. Estaba descarnado y vencido. Ni siquiera miró su reloj, ni pensó en los retos de Masquelet. Solo asintió en silencio mirándole los ojos azules y húmedos. Se abrazó con el mozo y salieron a la noche. La dama tenía un auto azulado y lustroso. No había un alma en Ravignani y Paraguay, a pesar de que no era tan tarde. El interior del auto olía a nuevo y al prender el motor se encendió la radio: sonaba *La muerte y la doncella* de Schubert.

Llegaron en diez minutos a la casa amarilla de la calle Honduras. Ninguno de los dos cruzó una palabra en el trayecto. Pero cuando la gran dama estacionó contra el cordón, dijo volviéndose hacia Fernández: *Fui su Nerina. Y a la vez yo sé lo que es el no vivir, y las jaulas de oro. Sé lo que es encontrar al hombre ideal en el momento ideal, y confundirse y quizás no amarlo, y entregarse a ese engaño durante décadas.* Fernández vio en la oscuridad que estaba llorando. La respetó un minuto entero, hasta que ella buscó un pañuelo en la cartera, se secó los párpados y salió a la calle. La puerta tenía dos cerraduras. Tuvieron problemas con una de las llaves. Finalmente, la puerta cedió y Fernández entró sintiendo que entraba a un mismo tiempo en la carpintería de su abuelo ebanista y en el aguantadero lleno de aserrín del inefable señor Reguera, y que todos los lugares abandonados eran de pronto el mismo lugar.

La casa de Luis Durmas o Faustino Deter, el atelier de Nahuel, los pasillos y las habitaciones de aquel canalla que no era más que un pobre infeliz, los

interiores de un maldito que había sido maldecido por el amor estaban llenos de polvo y de tierra. Era la casa de un hombre solo y rancio a quien la policía seguramente le había birlado algunos efectos de valor en el allanamiento del final. Solo quedaban ropa vieja, adornos de mal gusto, pinturas horrendas, pinceles, lápices y bocetos de peces y barcos antiguos, y ojos grises trazados a último momento. Solo había dos imágenes que valían algo: un mural gigantesco y una foto pequeña y rasguñada. Deter había pintado en el fondo de su casa una pared entera con el rostro de la gran dama. Era ya un rostro maduro pero todavía extraordinariamente bello, y estaba cruzado por meridianos y paralelos, y sobreimpreso en un mapamundi hecho sobre la idea de que el pintor había recorrido el mundo para encontrarla. La foto estaba pegada con una chinche a un corcho lleno de dibujos menores. Allí sobrevivían Concepción Lima con sus cuatro pequeños hijos en una playa de fondo. Entre los cuatro, Fernández creyó reconocer a Mili.

Había también un equipo de música, y un disco de Bocelli. La gran dama lo puso a medio volumen con mano temblorosa. El tenor cantaba la canción de Amapola, aquella ingrata que no lo había amado suficiente. *Leyendo el capítulo de Murena me pregunté qué pasaría si pudiera dar las vueltas necesarias para regresar en el tiempo* —dijo la mujer, y encendió un nuevo cigarrillo—. *Estoy segura de que volvería al momento en que lo dejé por primera vez, y también de que todo hubiera sido diferente.* Fernández la veía en tres dimensiones: en el muro, en el disco y dentro de ese vestido negro y elegante. Arrancó del corcho la foto y le pidió permiso para llevársela. *Decile que la perdono* —dijo Amapola—. *Y pedile que me perdone.* Fernández se metió la foto en el bolsillo y salió a la calle Honduras. Hacía un poco de frío, pero Palermo no se daba por enterado. Caminó esquivando gente y luego anduvo por veredas oscuras y desiertas tratando de eludir el bullicioso dúplex de Dorrego. Al cruzar Ravignani vio que su sombra se alargaba, pegaba en una pared y subía hasta perderse en los techos. Fernández tuvo en ese segundo una certeza absoluta. Así como había llegado a ese barrio por segunda vez en la vida, ahora tenía que irse.

Tenía que irse para siempre.

*Victoria, 12 de mayo de 2009*



JORGE FERNÁNDEZ DÍAZ (Buenos Aires, 8-6-1960) es un periodista y escritor argentino. En sus novelas aborda temas cotidianos, donde los marginales, los perdedores, los humillados, en la mayoría de los casos, se convierten en protagonistas. Escribe ficciones desde 1972 y es periodista profesional desde 1981, cuando creó *Retruco*. Desarrolla sus dos vocaciones de un modo paralelo. Actualmente secretario de redacción de La Nación.

Durante muchos años fue cronista policial de La Razón. Fue además analista político, jefe de redacción de diarios y director de revistas, y realizó también periodismo de investigación. Durante el tiempo que vivió en la Patagonia, se desempeñó como jefe de redacción de El Diario de Neuquén. Fue miembro fundador y subdirector del diario Perfil y estuvo a cargo de la dirección de la revista Noticias. Fundador de la revista cultural *adnCultura* (suplemento del diario *La Nación*) junto con otro periodista y amigo, Tomás Eloy Martínez, revista reconocida en 2009 con el Premio Atlántida y que hoy en día él dirige. Es un gran amigo de Arturo Pérez-Reverte. Dice que «el periodismo no está acostumbrado a narrar el sentimiento de las personas».

Tiene un estilo muy personal, irónico y sentimental, claro y directo, con una prosa sobria y adecuada que va a lo profundo, al meollo del sentimiento.

Es autor de las novelas también cuentos, biografías y ensayos. Recibió la Medalla de la Hispanidad (2003), el Premio Konex Diploma al Mérito (2007) y la Cruz de la Orden Isabel la Católica por sus aportes a la cultura. Conoció un *boom* editorial con su libro *Mamá* que fue un *bestseller* en Argentina en 2002 con varias reediciones.

